DE LA AUTORA DE *EL ÚLTIMO OSO*

HANNAH GOLD

LA BALLENA PERDIDA

SU AMISTAD LOS HARÁ LIBRES

ILUSTRADO POR LEVI PINFOLD

LA BALLENA PERDIDA

HANNAH GOLD

Ilustrado por Levi Pinfold

Traducción de Marcelo E. Mazzanti

Duomo ediciones

Índice

Portada
La ballena perdida
Capítulo Uno. Llegada
Capítulo Dos. Ocean Bay
Capítulo Tres. Mamá
Capítulo Cuatro. La llamada
Capítulo Cinco. La caja de las alegrías
Capítulo Seis. Ballenas grises
Capítulo Siete. El museo
Capítulo Ocho. Perseguida
Capítulo Nueve. El muelle
Capítulo Diez. Marina
Capítulo Once. Observando ballenas
Capítulo Doce. El Espía
Capítulo Trece. Happywhale
Capítulo Catorce. Una idea afortunada
Capítulo Quince. La excursión en barca
Capítulo Dieciséis. En mar abierto
Capítulo Diecisiete. Arcoíris con forma de corazón
Capítulo Dieciocho. Morro Blanco
Capítulo Diecinueve. Sonriente
Capítulo Veinte. Enviando fotos a casa
Capítulo Veintiuno. Superoído
Capítulo Veintidós. Invitación
Capítulo Veintitrés. Entrenamiento
Capítulo Veinticuatro. Tiempos felices
Capítulo Veinticinco. Fran
Capítulo Veintiséi.s Malas noticias
Capítulo Veintisiete. Desaparecida
Capítulo Veintiocho. Susurros en el viento
Capítulo Veintinueve. El plan
Capítulo Treinta Huida
Capítulo Treinta Y Uno. Atrapados
Capítulo Treinta y dos. Un nuevo plan
Capítulo Treinta y tres. Prisas
Capítulo Treinta y cuatro. Ningún avistamiento
Capítulo Treinta y cinco. Tormenta marítima
Capítulo Treinta y seis. El área de búsqueda
Capítulo Treinta y siete. La escucha
Capítulo Treinta y ocho. Problemas

Capítulo Treinta y nueve. Rescate
Capítulo Cuarenta. El salvamento de Morro Blanco
Capítulo Cuarenta y uno. Te lo prometo por el océano
Epílogo Llegada
Nota De la autora
Recursos
Agradecimientos
Créditos

A Chris, mi océano y mi mundo

CAPÍTULO UNO

Llegada

Lo primero en que se fijó Rio Turner al entrar en la sala de llegadas del Aeropuerto Internacional de Los Ángeles fue en el ruido. Los aeropuertos nunca son lugares tranquilos, y aquel monstruo gigantesco y en constante movimiento era como un estadio de fútbol con todos los aficionados rugiendo. Lo segundo en que se fijó fue en su abuela.

Aunque habían pasado cinco años desde la última vez que la había visto, Rio la reconoció de inmediato. Era la más alta de entre toda la gente, con una sudadera turquesa brillante, gruesas gafas de pasta negras y una mata de pelo blanco como púas.

La mujer tardó unos instantes en reconocerlo.

—¿Rio? —le dijo—. Eres tú, ¿verdad? —Se detuvo frente a él—. Apenas te he reconocido. Estás tan…

No acabó la frase, y él se preguntó qué era lo que iba a decir. Fuese lo que fuese, no pensaba preguntárselo. Se limitó a cruzarse de brazos en un gesto defensivo.

—Has conseguido llegar —dijo ella apresuradamente, con los ojos repletos de algo que Rio no supo reconocer—. ¡Me alegro tanto de que hayas venido…!

Y entonces lo envolvió en un abrazo. No era el tipo de abrazos al que él estaba acostumbrado: este fue profundo, cálido, apretado, todo ángulos rectos y codos punzantes, y olía a menta. Rio contó hasta tres antes de verse incapaz de soportarlo y apartarse de golpe.

—Rio —siguió ella como dudando, con dos brillantes puntos de color en las mejillas—. Ha pasado mucho tiempo, y sé que ahora todo esto debe de parecerte muy raro, pero quiero que te sientas como en casa mientras estés conmigo. A fin de cuentas, soy tu abuela.

Él, que se había quedado mirando al suelo durante la última parte del monólogo, alzó la vista de nuevo, sorprendido. La mujer le había enviado tarjetas de cumpleaños y de Navidad en nombre de «la abuela», pero nadie parecía menos una abuela de verdad. Al menos, no comparada con la otra, que llevaba pantuflas gruesas con suela de goma y a la que le gustaba llamarlo «patito» por mucho que, la última vez que él había mirado, no le habían salido pico y plumas. No, esa persona no parecía una abuela en absoluto, y decidió en silencio que la

llamaría por su nombre de pila, Fran.

Al ver que el niño no respondía, ella se frotó las manos, aunque no hacía frío.

—Bueno, supongo que será mejor ponernos en marcha.

Rio rechazó su oferta de llevarle la maleta —era perfectamente capaz de hacerlo él mismo— y la siguió hacia la salida, donde, en la zona de aparcamiento, se detuvo junto a un cuatro por cuatro cubierto por una gruesa capa de polvo.

Se subió al asiento del acompañante, se ciñó el cinturón de seguridad y se mordió el labio, intentando ignorar la repentina y desesperada necesidad de orinar.

Como si sintiera su incomodidad, Fran se volvió a mirarlo y pareció a punto de decirle algo, pero, de nuevo, fuese lo que fuese, murió en sus labios. Lo que hizo fue carraspear.

—Siento… lo de tu madre.

Rio notó al instante el cálido aguijonazo de las lágrimas y se frotó los ojos con furia, confiando en que ella no las hubiera visto. Para evitar más conversación se puso a mirar fijamente por la ventanilla. Tras una breve pausa, puso el motor en marcha con una enérgica vuelta a la llave y salieron.

La madre de Rio había nacido y crecido en California. Se fue por primera vez con apenas veinte años, primero a Nueva York, con una beca para estudiar música, y después, tras graduarse, como violinista en la Orquesta Filarmónica de Londres. En todo ese tiempo solo regresó una vez; se había llevado a Rio con ella cuando él era poco más que un bebé minúsculo.

Hacía tanto tiempo de eso que Rio no recordaba nada.

Pero técnicamente, y dado el lugar de nacimiento de su madre, él era medio americano. Aunque se trataba de una mitad muy pequeña, porque había estado en Londres sus once años y cuarto de vida y hablaba con un marcado acento londinense. Así, aquel lejano y exótico mundo de sol sin fin, altas y ondulantes palmeras y playas doradas siempre le había parecido un sueño. Y, la verdad, se había pasado casi todo el tiempo deseando regresar allí.

Pero no de esa forma.

Abrió la ventanilla del coche y tragó tanto aire californiano como fue capaz. Por desgracia, eso no era lo más inteligente en mitad de una autopista. Tosió y masculló al sentir la polución en los pulmones.

Así que eso era California. Todo parecía tan grande… Los coches, las señales de tráfico, los edificios. Incluso el aire, que se elevaba por encima de sus cabezas en un vasto silencio de color índigo. Como si alguien hubiese agarrado el coche y lo hubiera lanzado a un mundo

lleno de gigantes. Londres era una ciudad, pero no se parecía en nada a aquello.

Su madre siempre le había dicho que California era diferente. Que era pacífica. Que su estilo le iba a gustar. Que…

Cerró la ventanilla de golpe. Ignoró los intentos de conversación de su abuela, cerró los ojos e intentó hacer como si siguiera en un universo en el que su madre no lo había enviado al otro lado del mundo para quedarse con alguien a quien apenas conocía.

CAPÍTULO DOS

Ocean Bay

En algún momento Rio debió de quedarse dormido, porque lo siguiente que notó era que el coche estaba parado.

—Hemos llegado —le dijo su abuela—. Bienvenido a Ocean Bay.

El crepúsculo había llegado a hurtadillas, y Rio tuvo que parpadear varias veces para asegurarse de que veía bien. El pequeño pueblo costero de Ocean Bay estaba más o menos una hora al norte de Los Ángeles, aunque tampoco era que en ese momento pudiera distinguirlo: su abuela vivía en las afueras y la luna iluminaba un enorme caserón de madera. Era un edificio de formas extrañas, con tres plantas y pintado de arriba abajo en un color verde pastel suave. Al verlo, Rio se sintió relajado de repente, como si el edificio tuviera propiedades curativas mágicas y fuese capaz de suavizar hasta los ánimos más soliviantados.

Se frotó los ojos. El piso que compartía con su madre era tan pequeño que seguramente cabrían media docena en aquella casa.

—Es bonita, ¿verdad? —murmuró Fran, con un punto de orgullo en la voz.

Pero si la casa le pareció especial, cuando Rio salió del coche el ruido le resultó totalmente nuevo. Un rugido potente, majestuoso, la clase de sonido que solo algo extraordinariamente poderoso puede

producir.

Era el rugido del océano.

Y Rio, a quien no le gustaban los ruidos, descubrió para su sorpresa que aquel era diferente. Sintió cómo la fuerza de ese sonido se adentraba en su cuerpo, y notó un repentino e intenso deseo de absorber la sensación en la barriga y librarse de la apretada cinta de dolor que le oprimía el pecho.

—Tendrás mucho tiempo para explorar la playa. — Fran le hizo un gesto desde el otro lado de la puerta para que pasara—. Ahora, ven dentro.

A regañadientes, él la siguió por el ancho pasillo hasta la cocina, donde, al contrario que en su casa, no había fotos, dibujos del cole o listas de la compra pegados desordenadamente en la pared. Ni siquiera había tazas sucias o platos abandonados con galletas de jengibre a medio comer. En vez de eso, el lugar estaba lleno de muebles de frío acero que brillaban tanto que podía ver su reflejo en ellos: un niño delgado y de cara pálida con expresión desconfiada y una mata de pelo marrón ingobernable que nunca parecía bien peinado por mucho que lo intentara. El único rastro de color era su camiseta amarilla favorita, la que su madre le había comprado por su último cumpleaños.

Tras unos momentos, Fran colocó delante de él un humeante plato de comida.

—Chili vegetal. Lo hice antes; es una receta secreta. Come.

—Gr-gr-gracias —contestó Rio. Odiaba la forma en que le temblaba la voz cuando estaba nervioso. Lo único que sabía de su abuela era que había sido directora de un colegio, que llevaba toda su vida en Ocean Bay y que tenía acento americano.

Mientras él comía, Fran no dejó de hablarle desde el otro lado de la cocina.

—He pensado que mañana podría enseñarte Ocean Bay —dijo—. Podríamos ir de compras, o… o quizá al puerto deportivo, o incluso llevarte al faro. Desde ahí arriba se tiene una vista de kilómetros y kilómetros. Es una gran vista. Aunque, si estás cansado, podríamos dar un simple paseo juntos por la playa.

Lo miró por encima de las gafas, esperando la respuesta de Rio.

Las palabras que de verdad quería decir él se le habían quedado atascadas en la garganta: que no estaba allí para divertirse o ir de compras, ni, desde luego, para pasar el tiempo con alguien que ni siquiera había formado parte de su vida cuando más la hubiese necesitado.

Por suerte, a su abuela la distrajo la entrada de un gato blanco de pelo largo con un parche de piel sobre el ojo izquierdo, y que anunció su presencia con un maullido melancólico.

—¡Aquí estás, Pirata! ¿Quieres conocer a nuestro invitado?

El gato no parecía muy interesado, pero algo en el pecho del niño se ablandó igualmente. Siempre había querido tener una mascota, aunque solo fuese un hámster, pero las reglas del apartamento lo prohibían. Se inclinó para acariciar al minino detrás de las orejas, y fue premiado con un sonoro ronroneo.

—Este es mi nieto, Rio. Ha venido desde muy lejos, desde Londres, para pasar las vacaciones con nosotros. ¿Quieres saludarlo?

Él no supo si fue la voz tonta que había usado su abuela para hablarle a Pirata —igual que hacen los adultos con los bebés—, o el hecho de que estaba exhausto después de un vuelo de doce horas, o el acento americano de ella. Quizá fue todo junto. En cualquier caso, las palabras brotaron de su pecho antes de que pudiera detenerlas.

—¡No son unas vacaciones! ¡No he venido a divertirme! ¡Solo estoy aquí por obligación!

Fran abrió la boca y volvió a cerrarla. A Rio le pareció que iba a decir algo, pero solo le hizo un ruido a Pirata para que se bajara de la mesa, y después se puso a quitarse pelos blancos de la sudadera.

El resto de la comida transcurrió en silencio.

A la hora de irse a la cama, Rio siguió a su abuela por unas crujientes escaleras de madera, desde donde podía oír el océano a través de las paredes. Tras señalarle dónde estaba el baño principal —que tenía la ducha más grande que había visto nunca y donde seguramente cabrían al menos dos elefantes—, lo llevó por otra escalera hasta lo más alto de la casa.

—Aquí tienes tu habitación —le dijo mientras abría la puerta.

Era un desván grande y abovedado, y los ojos de Rio se posaron de inmediato en la cama doble, mucho más grande que la enana de su casa de Londres. Había una ventana de forma rectangular oculta tras unas persianas verticales, y el lugar olía a limpio y fresco, con un mínimo toque de desinfectante.

Instintivamente decidió que aquella era una habitación pacífica. Le provocaba una sensación cálida, cómoda, familiar. Y no oyó el menor ruido de coches, autobuses o motos; solo el ir y venir del mar.

Esperaba que entonces su abuela se esfumara, por lo que le sorprendió ver que seguía allí, indecisa, en la puerta. Rio dejó su maleta sobre la cama. La abrió y se echó atrás ante el olor a jengibre que emanaba de las galletas que le había metido su madre; era un aroma tan potente que al mezclarse con el aire casi le quitó el aliento.

—¿Sabes? Esta era su habitación.

—¡¿Qué!? ¿Esta era la habitación de mamá?

Su abuela asintió.

—Ensayaba ahí, de pie, horas y horas con el violín. Frente a la

ventana. Aún pueden verse las huellas de sus pies en los tablones.

Rio miró hacia donde ella señalaba, un trozo del suelo ligeramente oscurecido y más gastado que el resto, y donde, si miraba con atención, se distinguía la silueta de un par de pies.

Sin detenerse a pensar cruzó la habitación y colocó cuidadosamente sus propios pies encima de donde los había tenido su madre tantos años atrás. Como ella era muy pequeña, encajaban a la perfección. La madera era cálida bajo los dedos de él. Y había algo más, algo crudo y vivo. Pisando sobre las huellas de su madre, era como si sintiera la música de ella en el alma de la casa, donde había estado tantos años escondida.

Rio cerró los ojos y fue como si su madre estuviese allí con el violín apoyado en el cuello, sus ojos encendidos como…

—Siento… siento que las cosas hayan ido… como han ido —dijo Fran, dubitativa. Al oír su voz, el cuello y los hombros de Rio se endurecieron y la música desapareció de repente—. Pero está en el lugar más adecuado.

—¡Va-va-va a ponerse bien! —replicó él con rabia—. ¡Dentro de cuatro semanas volveré a mi casa y… ya verás! ¡Todo volverá a ser normal!

Fran abrió la boca para decir algo, pero pareció decidir no hacerlo.

—Bueno, duerme bien. Nos vemos por la mañana.

CAPÍTULO TRES

Mamá

HACÍA JUSTO UN MES que Rio se había enterado de que iban a enviarlo a California. Fue un martes por la noche, en diciembre. Estaba sentado con su madre en el sofá mientras veían un documental sobre los osos polares del Ártico. Compartían dos gruesas rodajas de tarta de chocolate metidas en una funda de violín vacía junto con la tetera.

—Gato Rio —le dijo ella, con tono inseguro, llamándolo por el nombre especial que le había dado porque tenías las orejas ligerísimamente puntiagudas—. Te-tengo algo que decirte.

—Mmm —contestó él sin prestar mucha atención; se preguntaba si le dejaría comerse el último bocado de la tarta a pesar de que ya había dado cuenta de casi toda la rodaja de su madre.

—Tengo que irme por un tiempo —siguió ella, en voz tan baja que Rio creyó haberla oído mal.

—¿Irte? —Se volvió hacia su madre, sorprendido. Ni recordaba la última vez que habían salido de Londres—. ¿Adónde?

La mujer se recogió un mechón de pelo rojo tras la oreja, nerviosa. Estaba alarmantemente ruborizada.

—A… un hospital.

A Rio se le cerró tanto la garganta que apenas podía respirar. La miró, horrorizado.

—¿A un hospital? ¿Q-q-qué clase de hospital?

—Uno especial. —Su madre suspiró, se apartó unas migas de la barbilla y le explicó que algunos hospitales no se dedican a curar enfermedades físicas sino a ayudar a personas con otros problemas

más… invisibles—. El médico dice que si no voy…

Rio tragó saliva. Empezó a mirar a todos lados, a todo menos a la cara de su madre, que tenía la sonrisa ladeada y los ojos demasiado brillantes.

La conversación fue a peor. Ella le dijo que Rio tendría que quedarse cuatro semanas con su abuela. No podían contar con su padre debido al nuevo bebé, y su otra abuela vivía en una habitación microscópica en una granja, así que también había que descartarla.

—¡Cuatro semanas! —exclamó él; algo le subió tan rápido por el estómago que le vinieron ganas de vomitar—. ¡Pero si tú casi ni hablas con ella!

—Eso es porque tu abuela y yo somos muy diferentes, y la última vez que nos vimos aquí… en fin, no nos pusimos de acuerdo en varias cosas.

—Entonces ¿por qué vas a mandarme con ella?

—Es el mejor sitio para ti, Gato Rio. El lugar más sano. A veces hay que dejar de lado los desacuerdos para hacer lo correcto —dijo su madre con voz cansada—. Y además, solo será mientras… mientras me pongo buena.

Se hizo un silencio que quedó flotando en el aire, de aquellos que preceden a los Grandes Momentos. Esos eran los peores de todos, Rio lo sabía bien.

Su madre siempre había sido impredecible y voluble, a veces ligera y alegre como una flauta dulce y otras seria y dura como un redoble de batería. Rio creía que todos los adultos eran así hasta que su padre le informó de que ella era «diferente»; él intentó que definiera la palabra más exactamente, y su padre se limitó a decir que estaba mal de la cabeza.

Pero ¿qué quería decir eso?

Los períodos oscuros acostumbraban a surgir de la nada, atacaban en los momentos más inesperados y se mantenían durante días o, en el caso del último, durante meses. En esa ocasión incluso cogió la baja de la orquesta por enfermedad, cosa que nunca había hecho antes. Y, aunque el otoño había estado lleno de colores oro y bronce y claros cielos azules, ella se quedaba cada día en casa, como si de repente le diera miedo el mundo de fuera.

Hasta donde Rio veía, el mundo de fuera no había cambiado.

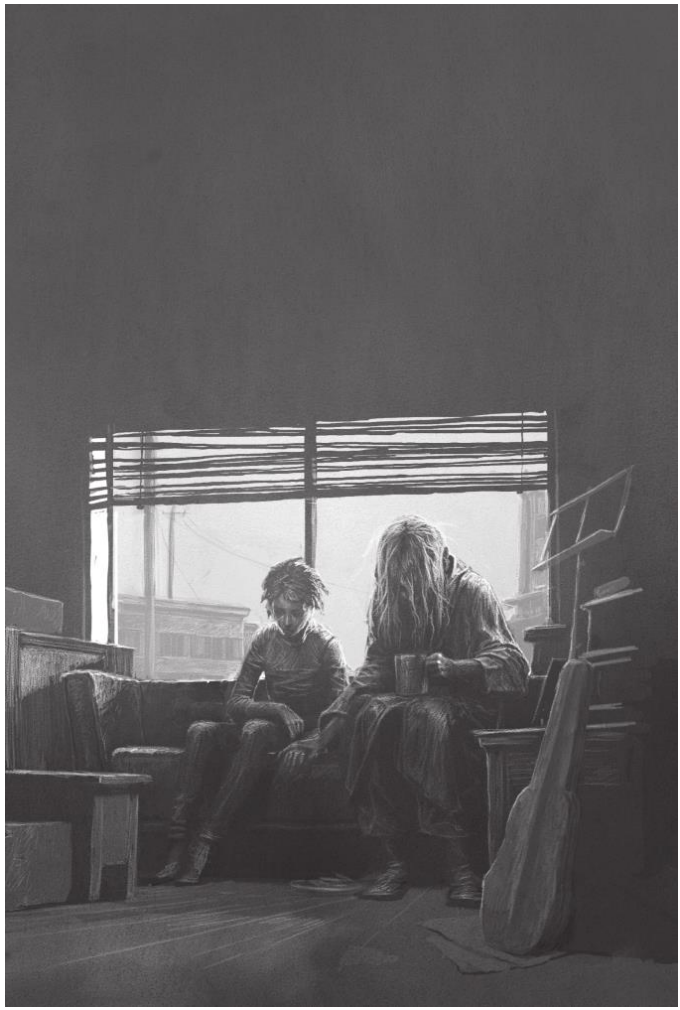
Pero su madre sí.

Nunca sabía lo que le esperaba cuando volvía del colegio. A veces ella no estaba ni vestida, o, si lo estaba, se sentaba en el sofá con las cortinas cerradas del todo. Su pañuelo de seda preferido, de colores de pavo real, que normalmente se ponía solo para los conciertos, a menudo tenía grandes manchas de té. Últimamente en el piso había un olor agrio, como de moho; no importaba cuántas ventanas abriera él,

nunca parecía irse. Rio ni recordaba la última vez que su madre había preparado una cena de verdad.

Pero ¿que lo enviara tan lejos, a California? ¿Y solo?

Echó un último vistazo a su alrededor como para absorber el entorno: miró las estanterías repletas de las biografías que a ella le gustaba leer, el inestable atril junto a la ventana, las fotos que había en la repisa y en las que aparecían los dos, en la playa, durante el séptimo cumpleaños de él; y por fin la miró a ella. Y entonces se dio cuenta de que apenas la reconocía. Su rostro era duro, tenso y hasta daba un poco de miedo. —Pero… ¿por qué no puedo ir contigo? —Oh, Rio —dijo ella—. El hospital no es lugar para niños. —¡Tú misma has dicho lo mayor que estoy! —Demasiado mayor —replicó su madre con suavidad—. Y no debería ser así. Tendrías que estar fuera, jugando, como cualquier otro niño de once años, no encerrado aquí cuidándome. —¡Pero a mí me gusta cuidarte! —exclamó él—. ¿Qué pasa si no quiero ir tan lejos, hasta América? La idea de estar separado de ella le hacía sentirse como desnudo y expuesto al mundo, como si alguien le hubiese arrancado un grueso abrigo que ni siquiera se había dado cuenta de que llevaba puesto. Se estremeció, aunque la calefacción estaba puesta al máximo. Ella suspiró y se frotó el puente de la nariz.



—El hospital es para adultos como yo… que necesitamos ayuda.

Rio deseaba protestar y seguir protestando hasta que su madre cambiara de idea.

Pero ella se había echado a llorar, unas lágrimas feas, horribles, que caían en su taza de té y se salían por los bordes. Y, aunque le daba miedo cuando su madre estaba así, la cogió de la mano. Era una mano cálida, encallecida de tanto tocar el violín, pero también era la más suave que él conocía.

Y Rio, que nunca se había considerado muy valiente, respiró más fuerte y más decidido que nunca en su vida.

—Vale —dijo con un hilo de voz—. Iré.

CAPÍTULO CUATRO

La llamada

RIO CREYÓ QUE LE IBA A COSTAR mucho quedarse dormido, pero enseguida cayó en un sueño tan vasto y profundo que era como si se hubiese hundido hasta las mayores profundidades del océano. Un paisaje lodoso, informe, cubierto por sombras, con sonidos misteriosos que lo rodeaban. Cuando se despertó por fin, fue como si hubiera hecho un viaje en submarino para regresar a la superficie.

Al ver la luz que se filtraba por las cortinas se sintió confuso. La cama era mucho más blanda que la de casa, el aire más limpio, y el ruido… aquello no sonaba a tráfico.

¡El océano Pacífico!

El mayor océano de todo el planeta, un área tan enorme que era mayor que todos los continentes juntos.

Rio saltó de la cama y corrió hasta la ventana, abrió las persianas del todo y tragó saliva.

A la luz radiante del día lleno de sol, la vista del mar resultaba impresionante, un *patchwork* de colores azul, esmeralda y turquesa con caballos blancos que danzaban como diamantes en la superficie. El agua se extendía sin final hasta fundirse con el cielo; no se distinguía dónde acababa una y comenzaba el otro. Algo suave y burbujeante empezó a circular por las venas de Rio, ahuyentando de su cuerpo los últimos restos del sueño. Y entonces, como si sintiera que algo subía por los peldaños del suelo, miró abajo. Inmediatamente, toda aquella

grata sensación se evaporó.

—Mamá —susurró con melancolía.

Cogió su móvil, aunque ella le había dicho que no podría enviarle mensajes. No porque no quisiera, sino porque al médico le parecía que lo mejor era que se desligara del todo. Pero ¿desligarse de qué? ¿De Rio? A veces, en sus momentos más oscuros, él dudaba de si no sería todo culpa suya.

En vez de usar el móvil, mamá llamaría al fijo de Fran cada domingo, a la que, dada la diferencia horaria, sería la hora del té en Londres.

Le volvió un poquito de la sensación de calidez. ¡La primera llamada era aquel mismo día!

—¡Ah, aquí estás! —Fran sonrió tentativamente a Rio al entrar en la cocina—. ¿Has dormido bien?

Él asintió y contempló el paisaje mañanero, con el aroma del café recién hecho que llenaba el aire y Pirata tumbado indolente bajo un rayo de sol.

—Así es el océano: el mejor medicamento del mundo. —La abuela hizo una pausa—. No sé qué tomas normalmente para desayunar. Puedo hacer crepes, gofres o huevos. ¿Qué prefieres?

—Yo-yo-yo… —Y se le apagó la voz. Normalmente solo comía un bol de cereales; a veces, si no había leche, secos. Pero no le gustaba hablar de esas cosas.

—Mira, te propongo hacerlos todos y que decidas después —se ofreció Fran, que había confundido el silencio de él con indecisión.

Rio alzó las cejas. ¿Todos?

Sin esperar a la respuesta, ella cogió una sartén, se enrolló hasta los codos las mangas de la sudadera verde y empezó a sacar instrumentos de cocina de varios cajones. Entonces sonó el teléfono.

El ruido fue tan agudo y repentino que Pirata, de la sorpresa, dio un respingo.

Fran contestó y, tras decir unas palabras, le pasó el auricular a Rio, que tuvo que contenerse para no arrancárselo de la mano.

—Hola, Gato Rio —susurró su madre en el aparato.

Fran ya estaba ocupada en la otra punta de la cocina batiendo masa, así que él fue hasta la puerta trasera. Fuera, el cielo era azul brillante con una pelota amarilla colgada en lo alto, mucho más luminosa y fuerte de como se veía desde el piso de Londres. Resultaba difícil de creer que el día anterior él se hubiese despertado en mitad del invierno.

Se sentó en los escalones de la puerta y oyó cómo la voz familiar de su madre lo llenaba mientras le hablaba de su primer día en el hospital —que ella llamaba «clínica»— y de lo que había hecho. Resultaba

reconfortante de la misma forma en que a veces la lluvia lo es, cuando lo que apetece es no salir, hacerse un ovillo y ver pelis.

—Ojalá estuviese allí contigo —murmuró, tragándose la bola que se le había formado en la garganta.

—Solo serán cuatro semanas —replicó ella—. Pasarán enseguida, y cuando volvamos a vernos podrás contarme todas las cosas que hayas hecho.

«¿Como cuáles?», quiso contestarle Rio.

¿Qué podría hacer en Ocean Bay durante cuatro semanas enteras? Pero, por supuesto, no le dijo eso.

—¿Cómo está tu abuela?

Él miró un segundo por la ventanita de la puerta; Fran estaba dándole la vuelta a algo en el horno. Se le ocurrieron muchas cosas que responder, pero al final eligió la más simple.

—No es como tú.

—Supongo que eso es bueno —señaló su madre con voz triste—. Gato Rio…

—¿Sí? —Él se mordió el labio, y se sintió impotente.

—Tengo que irme, pero ¿podrás hacerme un favor? Levanta el auricular al aire para que pueda oír el océano. Hace tanto que no voy… Quiero cerrar los ojos e imaginarme que estoy allí contigo.

Rio se puso en pie de inmediato. ¡Por fin algo que sí podía hacer!

—Un segundo.

Fue hacia la orilla, tanto como pudo sin perder la señal. El sonido rugiente del océano al romper las olas llenaba el aire como si fueran truenos.

—¿LO OYES?

Se produjo una mínima pausa. Rio acercó más el aparato a las olas que entraban y salían, llegaban y se iban.

—Sí —murmuró ella—. No puedo decirte lo feliz que me hace oírlo.

Cuando volvió a llevarse el auricular a la oreja, Rio hubiera jurado que oía sonreír a su madre.

Entonces ella soltó un gran bostezo.

—¿Mamá? —Agarró el teléfono aún más fuerte. No se sentía capaz de despedirse, aún no.

—¿Sí, Gato Rio?

—V-v-vas a ponerte mejor, ¿verdad?

Oyó un suspiro largo y profundo. No de los que muestran que estás contento, sino de los otros. Entonces le repitió que tenía que irse. Rio miró fijamente al océano, en el que vio un barco de crucero en la distancia, alejándose más y más de él.

—Adiós —susurró.

Y se quedó allí durante lo que le pareció una eternidad, hasta que la puerta se abrió y salió el olor de gofres, crepes calientes y huevos

fritos.

—El desayuno está listo —llamó Fran.

Pero Rio no se movió. En ese momento le hubiese resultado imposible comer nada. Se llevó las rodillas al pecho y deseó con todo su corazón volver a oír sonreír a su madre.

CAPÍTULO CINCO

La caja de las alegrías

A PESAR DEL CÁLIDO SOL CALIFORNIANO, durante los siguientes días Rio apenas salió de su habitación. Más de una vez Fran se ofreció a enseñarle Ocean Bay, pero él siempre encontraba una excusa para no ir. Quizás así ella captara por fin el mensaje.

Hasta empezó a marcar los días que pasaban en un calendario que se dibujó él mismo. Un día menos para volver a hablar con mamá. Un día menos para regresar.

Pero el tiempo seguía pasando muy lentamente. Las noches eran lo peor. Se despertaba como si una garra le apretara la barriga, y por muchas vueltas que daba no parecía abandonarlo. A veces era una sensación tan fuerte que no podía respirar.

El jueves Rio se encontraba sobre las huellas de su madre, intentando desesperadamente sentir su presencia a través de los listones del suelo, cuando llamaron a la puerta.

—¡Toc, toc! —lo llamó Fran. Ni idea de por qué imitaba el ruido en vez de llamar de verdad. Era otra de sus molestas costumbres.

—¡Adelante! —exclamó él.

—Te he traído tu ropa limpia —dijo ella, asomando la cabeza.

Rio sabía que tendría que estarle agradecido; en Londres estaba acostumbrado a hacerse su propia colada. Pero, por alguna razón, el

«gracias» se le quedó atascado en la garganta. Cogió su camiseta amarilla y se la llevó a la cara. Le dolió sentir que ya no olía a su hogar.

Con un suspiro, Fran le dejó el resto de la ropa sobre la cama y le dedicó una de esas miradas por encima de las gafas a las que era tan aficionada. Después carraspeó sonoramente.

—Sé que no es una época fácil para ti —dijo, con las mejillas un poco enrojecidas—, pero estoy segura de que tu madre no querría que te pasases todo el rato encerrado. —Rio se estremeció. ¿Cuándo entendería Fran que él no quería hablar de su madre con nadie, y menos con ella?—. He… he pensado que esto te iba a gustar.

La oyó salir de la habitación, volver a entrar y dejar algo junto a él. Algo que hizo que el cubrecama se hundiera ligerísimamente bajo su peso. Él mantuvo la vista fija en el océano, con tanta intensidad que empezó a ver borroso. No se molestó en mirar el objeto hasta que oyó que la puerta volvía a cerrarse.

Era una caja de zapatos. ¿¡Por qué le había dejado allí una caja de zapatos!?

Entonces vio la pequeña etiqueta en la esquina superior derecha, con unas palabras escritas en una letra que le resultó como un puñetazo en el corazón.

Mi caja de las alegrías

—¿Mamá? —susurró. Algo duro y frágil a la vez pareció partirse en su interior.

Pasó los dedos por la tapa. Desde que él recordaba, su madre siempre coleccionaba cosas que la hacían sonreír.

Nunca eran caras; nada de anillos de oro o detalles finos. Objetos sencillos: un billete de tren de cuando habían ido a la playa, piedrecillas con forma de corazón porque decía que los corazones hechos por la naturaleza eran los mejores, una pluma blanca del ala de un ángel y conchas en las que podía oírse el mar aunque estuviera a kilómetros y kilómetros de distancia.

Decía que coleccionaba esas cosas porque le recordaban que tenía que ser feliz.

En el momento, él no acabó de entenderlo. ¿Por qué iba a necesitar nadie que le recordaran que debía ser feliz? ¡Si eso era algo tan natural como el respirar! Pero su madre le replicó que a algunos no les resultaba tan fácil ser felices como a otros. Y así, con el tiempo, a Rio le fue gustando guardarle cosas a ella. Lo que fuese con tal de que no estuviera tan triste.

Tardó un rato en abrir la caja. Primero metió los dedos bajo la tapa. Después levantó una punta con mucho cuidado antes de retirarla del

todo. La caja estaba repleta con varios adornos, papeles y hasta una vieja bufanda de seda, que, al acercársela a la nariz, notó que aún tenía un ligerísimo olor a jazmín atrapado entre las fibras.

Fue sacando cada cosa una por una y dejándolas a su alrededor sobre la cama. Una vieja cartulina de notas del colegio en la que decía que Bella mostraba notables capacidades musicales para alguien de su edad. La factura de su primer violín. Varias tarjetas de cumpleaños. La carta de aceptación de la escuela de música de Nueva York. Una foto de ella en una barca, con el pelo agitado por el viento y la mayor sonrisa que Rio le había visto nunca. Un billete de barco.

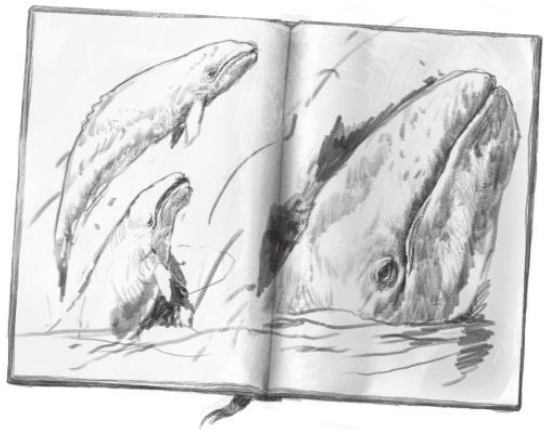
En el fondo de la caja había un último objeto. Un cuaderno de tamaño A4. Sabía que a su madre le gustaba dibujar en los ratos libres: el perro salchicha de la casa de al lado, el petirrojo atrevido que a veces se posaba en la ventana de la cocina… además de incontables retratos de Rio. Pero ¿qué había dibujado de joven? Con cuidado, pasó la primera página.

El cuaderno estaba repleto de ballenas.

CAPÍTULO SEIS

Ballenas grises

TOTALMENTE REPLETO. Una cabeza. Una cola que asoma por el océano. Agua que sale disparada de un espiráculo. Una ballena que salta en el aire. Otra flotando en la superficie. Y más dibujos de colas, saltos espectaculares, cabezas que asoman del agua. Algunos mostraban a ballenas solas y otros eran de madres con sus crías.



Rio apartó la vista y miró por la ventana hacia el océano; la

superficie estaba plana y tranquila. Recordó que su madre le había hablado de las ballenas que había visto. Por lo visto las había a montones. Grandes como un campo de fútbol. Con un corazón del tamaño de un coche. Saltando cada año a lo largo de la costa californiana.

—Esta es la mejor época para ir de visita —exclamó su madre—. Las ballenas grises van a pasar por Ocean Bay durante su migración anual al sur. ¡Hasta puede que veas una tú mismo!

Aún recordaba el tono excitado en su voz, como si ver una ballena fuese, en cierta forma, lo mejor del mundo, mejor que los helados y las montañas rusas y hasta que los cumpleaños. Rio había dudado de que ver una ballena fuera tan emocionante, aunque ahora, mirando los dibujos, una extraña sensación le bajó por la columna y le provocó un ligero escalofrío.

—Eres muy bonita —susurró, tocando el papel con suavidad.

Empezó a mirar el cuaderno página por página. Todos los dibujos eran espectaculares, pero uno destacaba sobre el resto.

Estaba hecho a lápiz, y mostraba una ballena que sacaba la cabeza por entre las olas. El ojo que mostraba era tan realista que parecía que de un momento a otro fuese a parpadear. Se inclinó más para verlo mejor, y luego acercó su propio ojo tanto como pudo.

Le costó un momento darse cuenta de lo que le resultaba tan inquietante en la mirada del animal. Y entonces lo vio: no era en absoluto la de un animal salvaje. Se sobresaltó al observar que era particularmente humana.

Iba a pasar la página cuando vio que había algo más en el borde. Unas palabras escritas. Estaban desgastadas por el tiempo, pero consiguió leerlas.

Morro blanco

Al mirar el resto del cuaderno vio que al menos diez de los dibujos eran de una misma ballena. Todos ellos hechos con el mismo amor, con la misma atención al detalle y, sobre todo, transmitiendo la misma alegría sin límites.

—¿Qué tienes de especial? —dijo en voz baja—. ¿Quién eres, Morro Blanco?

Solo había una forma de averiguarlo.

En vez de devolver el cuaderno a la caja, arrancó con cuidado la página que tenía la imagen principal de Morro Blanco y se la guardó en el bolsillo de sus shorts. Era como una cadena que le unía a su madre a través del tiempo y del espacio; y, de alguna manera extraña e inesperada, le hacía sentir un sorprendente bienestar.

Bajó las escaleras corriendo y cruzó la cocina, tan rápido que apenas

saludó a Fran antes de salir por la puerta trasera hasta donde el brillante sol de California se reflejaba en la superficie del océano con un millón de rayos de luz.

Se quitó las zapatillas y corrió por la cálida arena hasta la orilla, que estaba casi vacía, solo había un par de chicas adolescentes que cargaban con tablas de surf. Allí el sonido del océano lo ahogaba todo, incluso sus propios pensamientos. Era un golpear rítmico atronador que le llenaba los oídos, con otro ruido intercalado como de rechinar de dientes y un gorgoteo cada vez que las olas se retiraban.

Rio contempló el horizonte sin límite en el que no había nada excepto olas azules y alguna gaviota ocasional que se deslizaba por la superficie. Soltó el aliento que ni se había dado cuenta de que llevaba un rato conteniendo. En ese momento aquello no se trataba solo de un océano, una vasta llanura azul de agua brillante; también era el hogar de la ballena de mamá.

Escudriñó el horizonte de izquierda a derecha una y otra vez. No era tonto; no esperaba ver de repente cómo una ballena saltaba del agua frente a sus ojos, y menosaún que fuera precisamente Morro Blanco. De hecho, el animal podía haber muerto hacía mucho tiempo. Pero el puro deseo de ver una ballena era tan fuerte que miró y miró y miró hasta que le escocieron los ojos. Y, por mucho que lo hizo, el agua siguió en calma.

Hasta que…

CRASH.

SPLAT.

BOOM.

Una gran ola salió de la nada, le dio un fuerte golpe en el pecho y lo hizo caer de cara contra el agua.

—¡Aaaaaarggg!

Cuando consiguió volver a ponerse en pie —los shorts empapados y la boca llena de arena húmeda y áspera—, su primer instinto fue llevarse la mano al bolsillo en busca del dibujo de su madre. —¡No! —murmuró—. ¡Por favor, no! Pero el dibujo había desaparecido.

Una fuerte y horrible sensación de pánico lo envolvió. Cayó de rodillas y miró frenéticamente a su alrededor. ¡No podía haberlo perdido tan pronto!

Metió los dedos en la arena, rebuscó, sintió el tacto de conchas y piedrecillas. Pero fue inútil. Podía estar en cualquier parte y, aunque lo encontrara, habría quedado arruinado.

Soltó un grito sordo. Y entonces oyó un leve ruido fugaz.

Diez metros detrás de él había una niña más o menos de su misma edad, con el pelo rubio rizado por el que no parecía haber pasado nunca un peine. El sol caía sobre su rostro y le daba el aura luminosa de las cosas no encerradas, las cosas del exterior.

La niña no dijo nada. Extendió su mano, y en ella, increíble y milagrosamente, estaba el dibujo de la madre de Rio, plegado a la perfección en cuatro, tal como él se lo había guardado.

Apenas pudo contenerse de arrancárselo de entre los dedos.

—Se te ha caído del bolsillo. Se lo llevaba el viento, pero he conseguido atraparlo. —Extendió más el brazo—. Es tuyo, ¿no?

Rio asintió, carraspeó y se puso en pie con torpeza.

—Sí —dijo por fin—. Es mío. —Y lo cogió, sintiendo en la mano su calidez.

—Y no lo he mirado, por si te lo estabas preguntando.

Rio se sonrojó, y es que eso era exactamente, sí, lo que se estaba preguntando. Miró a la niña con desconfianza, pero no parecía desagradable ni burlona como algunos de sus compañeros de clase en Londres. Más bien tenía una expresión abierta y sincera que hacía imposible no creerla.

—Gr-gr-gracias —le dijo, sintiendo vergüenza por haberla juzgado, cosa que su madre siempre le había dicho que no hiciera.

—No eres de por aquí, ¿verdad? —preguntó ella al oír su acento—. ¿De dónde vienes?

—De Londres —respondió él, y escupió unos granos de arena—. Inglaterra.

—Pues no deberías acercarte tanto al océano si no estás acostumbrado. —Miró la ropa empapada de Rio, pero no con desagrado—. Hay una corriente muy fuerte. No se ve, pero está ahí y si no vas con cuidado puede arrastrarte.

—Yo… solo… estaba…

Él se dio cuenta de que no sabía qué decir. La niña mostraba una seguridad en sí misma como nunca había visto en nadie de su misma edad. No era su peto rojo con tantos bolsillos que resultaba imposible contarlos, o la camiseta de manga corta verde a juego con el color de sus ojos; era su expresión, su forma de estar.

Como si fuese la dueña de todo el océano.

—¿Vives por aquí?

—Allá. —La niña señaló en dirección al faro—. Con mi padre. —Y sonrió al mencionarlo. Era de esas sonrisas que iluminan todo el rostro desde dentro. Si Rio hubiera sido envidioso, se hubiese resentido de aquella sonrisa y todo lo que contenía—. En fin —le guiñó un ojo—, sabes lo que necesitas, ¿verdad? —Él negó con la cabeza—. ¡Bolsillos más hondos!

Y con una última sonrisa se fue.

CAPÍTULO SIETE

El museo

—¿F-F-FRAN? —llamó Rio en cuanto volvió a la cocina.

Su abuela estaba inclinada sobre un crucigrama, con el ceño fruncido. Así, sentada, de alguna forma parecía mucho más pequeña y más vieja. Por primera vez él notó que tenía algunos dedos hinchados por la edad, y sintió esa horrible corriente de culpabilidad que le invade a uno cuando no ha sido tan bueno y amable como debería.

—¿Sí, Rio? —Dejó el bolígrafo y le dedicó su atención. Parecía cansada. Pirata hacía guardia a sus pies.

—La caja… —dijo él, y carraspeó. Tenía la boca seca como un desierto—. Dentro de la caja había un cuaderno, y me pregunto… me pregunto por qué…

—¿Por qué tu madre hizo tantos dibujos de ballenas?

Rio asintió, agradecido.

En vez de contestarle, Fran dobló el periódico y cogió las llaves de su coche.

—Lo mejor que puedes hacer es cambiarte y ponerte ropa seca, y te lo muestro.

Rio no estaba seguro de adónde iban; Fran se dirigía hacia el centro de Ocean Bay. Aunque él ya llevaba unos días en California, era la primera vez que estaba en algún lugar que no fuera la casa o el trocito de playa tras la puerta trasera. El pueblo se extendía siguiendo la orilla; era pequeño, con una avenida llena de palmeras paralela a la playa. Había un ancho paseo peatonal lleno de *runners*, caminantes,

madres que empujaban cochecitos, chicos en *skates*, en patines, en *scooters*, y hasta un hombre disfrazado de ballena en un uniciclo.

—En esta época del año tenemos muchos turistas — dijo Fran, siguiendo la mirada de él—. Las ballenas grises atraen a gente de todas partes.

Antes de que Rio pudiese hacerle más preguntas, ella se detuvo ante un puerto deportivo en forma de U, en el que el alto y blanco faro se elevaba protector sobre el terreno, lleno de barcas de diferentes tamaños que se mecían pacíficamente a la brisa del océano. Aparcó enfrente de un gran edificio con una pequeña placita delante y un cartel pintado a mano que anunciaba que era el Museo de Ocean Bay.

A Rio se le encogió el corazón. ¿¡Lo había llevado a un museo!?

La siguió arrastrando los pies hasta la entrada, donde ella abrió la puerta de cristal y le hizo pasar. Era un espacio grande y cavernoso que tenía muebles expositores del techo al suelo con ventanas de cristal. También había una tienda de recuerdos con una cafetería muy pequeña a un lado. Pero lo que dejó a Rio sin aliento fue lo que había en el centro de la sala.

Era el esqueleto de una ballena, a tamaño real, que colgaba del techo.

Algunas de sus partes estaban suspendidas por cables finos, mientras que otras se sostenían desde abajo. Era el esqueleto más grande que había visto en su vida, mayor que un autobús de Londres. Las mandíbulas eran más grandes que él mismo.

—*Eschrichtius robustus* —dijo Fran.

Rio se preguntó si los oídos le funcionaban bien. Su abuela no tenía un acento americano especialmente marcado, pero parecía haberse puesto a hablar en un idioma totalmente diferente.

—Es latín —le explicó ella—. El nombre científico de la ballena gris. —A Rio se le ocurrieron mil y una preguntas, pero por alguna razón todas acabaron atascadas en su garganta—. Me preguntaste por tu madre y su cuaderno —le recordó—. La costa del Pacífico es la mayor ruta migratoria de la ballena gris, lo que significa que sobre esta época del año pasan por Ocean Bay en dirección al sur, a México. Dos o tres meses después vuelven a aparecer por aquí camino del norte, a veces llevando crías.

—¿Y mi madre las observaba? —preguntó él, sin aliento.

—Ah —hizo su abuela—, eso es lo quería mostrarte. ¿Ves?

Se había alejado un par de pasos y señalaba hacia unas fotos viejas en uno de los muebles expositores. Rio miró por encima del hombro de ella. La imagen mostraba una pequeña barca situada en mar abierto. Había varias personas a bordo… incluida una jovencita de pelo rojo rizado con una gran sonrisa.

—¡Mamá! —exclamó él. Fran asintió.

—Tu abuelo la llevó cuando ella tenía unos siete años. Fue su primera excursión marítima. Aún recuerdo cuando regresó a casa: ¡tenía los ojos como platos! Había visto a una ballena gris pasar al lado de la barca. Dijo que había sido totalmente mágico, que había hecho sonreír a su corazón. Después de eso nos rogaba cada día que volviésemos a llevarla.

Rio seguía observando la foto de su madre. Parecía tan despreocupada, tan sana, tan… feliz. Deseó poder abrir el mueble, cogerla y abrazarla contra su corazón. La contemplaba tan fijamente que no se dio cuenta de que Fran seguía hablando.

—Pero, claro, en invierno no vienen las ballenas grises, solo en verano. El resto del año tu madre venía aquí. En este museo hay todo lo que quieras saber sobre las ballenas grises. —Iba a decir algo más cuando alguien la llamó por su nombre desde el otro lado de la sala—. Perdona un momento, Rio.

Él asintió. Cuando su abuela se fue notó que alrededor del esqueleto había varios cartelitos escritos en inglés y en español, que ofrecían datos sobre el animal.

Así, enseguida descubrió que:

La gris es la séptima especie de ballena
más grande que existe.

Hay entre 20 000 y 30 000 ejemplares aproximadamente.

Llegan a alcanzar entre 13 y 15 metros de largo.

Viven entre 55 y 70 años.

Solo se las encuentra en esta parte del mundo,
en el océano Pacífico.

Debido a eso, a veces también se las llama
«ballenas grises del Pacífico» e incluso
«ballenas grises de California».

Fran seguía hablando con su amiga, así que Rio volvió a dedicar la atención a la foto de su madre. Había algunas más de la excursión, pero ninguna en la que saliera ella. Excepto una. Estaba sacada desde otro ángulo, presumiblemente por el abuelo de Rio, y mostraba la parte de detrás de la cabeza de ella mientras la asomaba por un lado de la barca.

Y en el agua había una ballena gris.

La imagen estaba un poco desenfocada, y había tanta gente delante que Rio apenas podía ver al animal. Apenas era un borrón gris… pero un borrón gris con unas marcas blancas distintivas en la cara.

Morro Blanco.

CAPÍTULO OCHO

Perseguida

RIO SACÓ LA HOJA DEL BOLSILLO. Era difícil saber con seguridad que se trataba de la misma ballena. Pero, de ser así, eso explicaría por qué su madre había hecho tantos dibujos de ese animal en particular.

Había sido la primera ballena que había visto, la que le había robado el corazón. La que le había causado aquella enorme sonrisa. Rio miró alternativamente el dibujo y la foto. Algo se iluminó en su pecho. No era de extrañar que ella hubiera guardado el cuaderno en su caja de las alegrías.

De repente sintió la necesidad de averiguar cuanto le fuera posible, no solo sobre Morro Blanco sino sobre todas las ballenas grises. Se fijó en las otras fotos de los expositores. Al principio solo eran imágenes históricas en blanco y negro de Ocean Bay, pero después vio unas más espectaculares del océano: grupos de delfines que saltaban del agua, enormes tortugas de rostros arrugados y bancos de peces plateados.

Pasó al último expositor y al instante deseó no haberlo hecho. La primera foto, horrible, mostraba a un hombre con un arpón sonriendo en la cubierta de su barco junto a una cría muerta. Un vistazo rápido indicó a Rio que las otras imágenes eran por el estilo.

Barcos cargados de ballenas muertas, mares de espesa sangre roja, ballenas cortadas en pedazos, y todo acompañado por gente sonriente que exhibía los arpones.

Rio se sintió mal, como si estuviera enfermo. Aunque de todo aquello hacía muchos años, se le cerró la garganta.

—A mucha gente le afecta verlas así —dijo su abuela, que se le había acercado por detrás y posó una mano en su hombro.

—Pero ¿por qué les hacían eso? —preguntó Rio, volviéndose hacia ella—. ¿Por qué?

—Por entonces la gente no veía a las ballenas como ahora —respondió Fran, frunciendo el ceño—. Eran una fuente de dinero para los cazadores que vendían su carne y usaban su grasa como aceite. Incluso sus huesos eran una mercancía muy valiosa. Hasta hace no tanto, las mujeres llevaban corsés hechos de hueso de ballena.

—¡P-p-pero eso está mal! —exclamó el niño, imaginándose la ballena que había dibujado su madre—. ¡Los humanos no pueden ir matándolas por ahí solo porque… solo porque quieren usarlas para vestirse!

—Bueno, ahora ya no lo hacemos —replicó Fran—. Al menos, no tanto.

—¿¡No tanto!? —Una oleada de sentimientos daba vueltas y vueltas en el pecho de Rio, algunas tan fuertes y ardientes que apenas podía respirar—. ¿Quieres decir que la gente sigue cazándolas?

Fran se subió las gafas y le dedicó una mirada extraña e impenetrable.

—Te pareces tanto a tu madre cuando tenía tu edad… —dijo con un suspiro.

—¿En qué?

—También le indignaba la caza de ballenas. Hasta fue a un par de manifestaciones. Aunque yo ya le dije que era perder el tiempo.

—¿Y por qué… por qué era perder el tiempo? —preguntó él con ira—. ¿Cómo puede ser una pérdida de tiempo salvar a una ballena?

—Porque ¿qué podía hacer una niña? —Fran se encogió de hombros—. Sobre todo una como ella.

¿«Como ella»?

—A veces creo que ni luchaba contra los cazadores —siguió la abuela, frotándose las manos, cansada—. Luchaba contra sí misma. Tu madre… tu madre estaba…

CRASH.

Rio soltó un manotazo. No era su intención. Ni siquiera se dio cuenta de que lo hacía. Cualquier cosa con tal de hacer que su abuela dejara de hablar. Su brazo dio contra uno de los expositores de cristal (el que tenía las fotos de las ballenas muertas), este se agitó de un lado a otro.

Durante un breve y horrible instante, todo se quedó como paralizado.

Y entonces *CRASH*.

El expositor cayó, partiéndose en mil pedazos, y las fotos de las ballenas nadaron por todo el suelo.

Fran estaba anonadada. Se quitó las gafas y miró a Rio como si fuese un desconocido.

—¿Estás bien? —le preguntó con un hilo de voz.

Él se frotó la cara, sorprendido y avergonzado al darse cuenta de que estaba llorando. Antes de que su abuela pudiese decir nada más, se dio la vuelta y salió corriendo por la puerta.

CAPÍTULO NUEVE

El muelle

RIO SALIÓ DEL MUSEO Y CORRIÓ y corrió hasta que se quedó sin aliento y no pudo seguir. Altas olas de vergüenza lo atravesaban; se imaginaba el lío que había dejado atrás y la cara de su abuela. En algún momento, más tarde, tendría que enfrentarse a ello.

Pero aún no.

Acabó en la playa. Aunque estaba llena de chicos que jugaban al vóleibol, se sintió totalmente solo. Ellos reían a sonoras carcajadas, mientras que Rio se sentía como si llevara uno de esos corsés hechos con hueso de ballena, y apretado tan fuerte que apenas conseguía respirar.

¿Por qué lo había enviado allí su madre?

Miró frenéticamente a su alrededor, como si la respuesta fuese a materializarse de repente en el aire californiano. Le diría a su abuela que lo metiera en el primer avión de vuelta… se lo rogaría de ser necesario… y después convencería a los médicos de que le dejaran entrar en el hospital y…

Se detuvo de repente, como si hubiese pegado un frenazo a sus pensamientos. ¿Qué haría exactamente si regresaba a Londres? Su único deseo siempre había sido conseguir que su madre se sintiera mejor.

Pero no importaba lo pronto que llegara corriendo a casa, cuántas actividades dejara de hacer los fines de semana para estar con ella,

cuántas veces preparara la cena o lo fuerte que la cogiera de la mano: nada de eso fue suficiente nunca. Rio cuidaba de ella desde que tenía memoria, mucho después de que sus amigos dejaran de visitarla. Y, aun así, no fue capaz de evitarle tener que ir al hospital.

Había fracasado.

Sin pretenderlo, un lamento salió de sus labios, y se dejó caer en el banco más cercano, donde se encogió, se hizo una bola, y deseó con todo su corazón poder volver atrás en el tiempo y hacer las cosas de forma diferente. También deseó otras cosas, cosas que no quería ni admitirse a sí mismo: que la suya fuese como otras madres, tener la vida normal de un niño de once años; la clase de deseos que te hacen sentir culpable solo por el simple hecho de pensarlos.

A saber cuánto tiempo se quedó acurrucado en el banco: quizás unos pocos segundos, aunque igualmente pudieron ser horas. El caso es que un rato después se dio cuenta de que no estaba solo. No era que nadie se hubiera sentado a su lado; no era esa clase de compañía.

Era la compañía de algo mucho más reconfortante.

Era el océano, que llegaba a la playa y se iba. No solo eso: respiraba.

Adelante, atrás, adelante, atrás. Adelante, atrás, adelante, atrás.

Y con esa respiración le llegó la idea. Quizá fue el océano que se la trajo a Rio desde mar adentro. Quizá fue una voz aún más profunda. Fuera como fuera, el plan apareció en su cabeza como por arte de magia. Quizá no había podido salvar a su madre de ir al hospital, pero no era demasiado tarde para salvarla ahora.

Rio se sacó del bolsillo el dibujo de Morro Blanco. Porque formaba parte de su plan. Iría a buscar ballenas y le encontraría algunas.

Haría fotos de ballenas.

Haría vídeos de ballenas. ¡Una gloriosa ballena tras otra!

Después se lo enviaría todo a su madre. Seguro que ella consultaría su móvil al menos una vez. Y entonces tendría algo que la haría sonreír de nuevo, igual que sonreía en sus excursiones en barco cuando era joven. Siempre decía que necesitaba que le recordaran que tenía que ser feliz. ¡Pues esa era la forma! ¡Era la solución a todo! Y es que, si las ballenas la volvían a hacer feliz, quizá… quizá se pondría mejor y no tendría que quedarse mucho más tiempo en el hospital.

La idea parecía brillar y refulgir en su mente, y sin detenerse ni a respirar corrió hacia el lugar donde un rato antes había visto una caseta que ofrecía excursiones para ver ballenas. Mientras iba a toda velocidad por el paseo marítimo, sus pensamientos daban vueltas en espirales y correteaban, tan rápido que casi se mareaba al intentar seguirlos.

Por fin llegó a la caseta. El sudor le descendía desde el cuello y respiraba de forma entrecortada. Se detuvo

en seco.

Sí, aquel era el lugar donde había que apuntarse a las excursiones para ver ballenas. Pero no solo el último barco había salido un par de horas antes, sino que la caseta estaba cerrada a cal y canto. La próxima era al día siguiente, y Rio tragó saliva al ver el precio.

Era mucho dinero para una hora. Él tenía ahorros, pero estaban en una cuenta de un banco de Inglaterra. Y tampoco podía pedírselo a su abuela: de ninguna forma pensaba contarle su plan.

Frustrado, la emprendió a golpes con la caseta. Su plan había fracasado antes de comenzar. Con los hombros hundidos, volvió al museo e intentó ignorar con todas sus fuerzas el nudo que sentía en la garganta.

Fue entonces cuando vio de reojo una mancha roja.

Había una silueta quieta en mitad del paseo, y le resultó muy familiar.

El peto rojo. El pelo rubio despeinado. La forma en la que adelantaba el mentón.

Era la niña de la playa.

Estaba inmóvil, observando el mar con un par de prismáticos. De vez en cuando hacía una pausa y anotaba algo en una libreta. Rio no pudo evitar sentir curiosidad, y sin ni siquiera proponérselo fue acercándose.

Llegó a unos diez metros de ella cuando, como si hubiese notado que alguien la miraba, la niña se dio la vuelta y miró a su alrededor antes de clavar la vista en él. Le indicó que se acercara haciéndole un gesto con los dedos, rápidos y ágiles.

—¡Mira! —le dijo apresuradamente. No parecía sorprendida de verle, y señaló emocionada hacia un punto en el horizonte—. ¡Rápido, vas a perdértelo!

Lo agarró del hombro y le dio la vuelta para hacerle mirar hacia el océano. El aire se había llenado del sabor de la emoción, tan vivo que Rio casi podía tocarlo. Pero, por muy fijamente que miró en la distancia hasta donde el mar se fundía con el cielo, no vio más que una barca con velas blancas ondeando a la brisa.

—¡Ahí! —gritó ella—. ¡La cola!

Rio entornó los ojos. Y entonces. Tan rápido. Que casi se lo perdió. La cola más majestuosa, enorme, oscura, escurridiza, emergió del agua para volver a meterse enseguida bajo la superficie.

¡Una ballena!

CAPÍTULO DIEZ

Marina

RIO SE FROTÓ LOS OJOS, INCRÉDULO. Había visto una ballena. ¡Una ballena de verdad, en su entorno natural! Aunque fuese de lejos, era lo más increíble que había presenciado en su vida.

—¿Era una ballena gris? —preguntó, emocionado. No podía creerse su suerte. ¡Acababa de ocurrírsele el plan!

La niña asintió.

—Se distinguen por la forma y el tamaño de su aleta caudal, o sea, la cola. La ballena gris tiene una cola mucho más redondeada que otras ballenas.

—¿Y tú puedes ver eso desde tan lejos?

—Sí, si las observas tanto como yo —replicó ella, y escribió algo en su libreta, que estaba llena de columnas de números y unos garabatos indescifrables—. Soy Marina —añadió, cerrando la libreta de golpe y guardándosela en uno de sus bolsillos traseros—. Marina Silver.

—Rio —dijo él tímidamente, y le ofreció su mano—. Rio Turner.

Marina lo miró como si nunca la hubiesen saludado así. Quizá fuera ese el caso. Cuando él empezaba a pensar que había cometido alguna especie de gigantesco error, ella le devolvió el saludo. Su tacto le resultó cálido y sorprendentemente áspero.

Se le ocurrió que debía volver al museo. Pero, por alguna razón, no se le movieron los pies. En vez de eso, se inclinó más hacia ella.

—¿Estás observando ballenas? —susurró. Él nunca había conocido a nadie que se dedicara a eso. Ni siquiera estaba seguro de qué pinta tenía esa gente; aunque, de haberse imaginado a uno de ellos,

seguramente se habría parecido a aquella niña con el pelo de agua de mar y los ojos del color de la cola de una sirena.

Marina asintió de nuevo.

—Observo a muchas ballenas, pero las grises son mis preferidas.

Rio casi dijo «¡Igual que mi madre!», pero se contuvo. No le gustaba hablar de ella con nadie desde que lo intentó con Billy Jenkins en el colegio, creyendo que era su amigo. Pero Billy se lo contó a todos y a Rio le hicieron el vacío durante semanas, como si él mismo tuviera también alguna enfermedad.

—¿P-p-por qué la ballena gris es tu preferida?

—Prefiero los animales que son diferentes. —La niña se encogió de hombros.

«Diferentes como mamá», pensó Rio, con el corazón apretándosele contra el pecho.

—¿Qué quieres decir?

—Mucha gente dice que la ballena gris parece una vieja roca porque tiene un montón de percebes en el lomo y el morro —dijo Marina, señalándose su propia cara, que por suerte estaba libre de percebes—. Pero a mí no me parecen nada feas. ¿Cómo podría ser fea una ballena? Son los animales más preciosos del planeta.

Y miró a Rio, desafiante, quizá para averiguar si había dicho demasiado o para ver si ponía cara de no estar de acuerdo. Pero, por supuesto, él no pensaba nada de eso. Más bien, el corazón se le agitó y le dio un curioso saltito en el pecho.

—¿Sabes cómo llama la gente a la ballena gris? —siguió ella, bajando la voz aunque no había nadie cerca. Rio intentó recordar lo que había leído en el cartel del museo.

—¿La ballena del Pacífico?

Marina negó con la cabeza.

—La ballena amistosa.

—¿Cómo… cómo puede ser amistosa una ballena?

—Porque a veces, durante las excursiones, se acerca a los barcos —Marina extendió una mano— y te deja tocarla.

—¡No! —Rio tuvo la horrible sensación de que le estaba tomando el pelo.

—Te lo prometo por el océano —replicó ella—. Esa es la mejor clase de promesa, porque el océano es lo más poderoso de la Tierra. Más poderoso incluso que los humanos. Aunque la mayoría de los humanos no quieren admitirlo.

—¿Alguna vez has tocado una?

—Solo una vez, y fue lo mejor del mundo… como tocar un arcoíris. —Él la miró, maravillado. Marina siguió, con los ojos brillantes—. Mi padre monta excursiones para verlas. Y no son excursiones cualquiera: son las mejores de Ocean Bay.

—¿Excursiones para ver ballenas? —Rio se había quedado sin aliento—. ¿Tu padre?

Si Marina notó cómo se le había quedado la boca abierta al niño, no dijo nada.

—La gente viene a Ocean Bay de todo el mundo para ver las ballenas grises. ¿Tú no estás aquí por eso?

Era una pregunta muy simple, pero él no supo qué contestar. Contempló la cara sincera de Marina y después el océano.

Lentamente, ola por ola, la respuesta fue cobrando forma en algún lugar de su barriga, hasta que le pareció que siempre había estado allí.

—Sí —dijo decidido, mirándola de frente—. Sí, he venido por las ballenas.

Marina asintió, casi como si no hubiera podido haber otra razón.

—Bueno, y entonces ¿a qué esperas? —Le dedicó una sonrisa traviesa—. ¿Quieres venir a verlas conmigo?

CAPÍTULO ONCE

Observando ballenas

Dos días más tarde, Rio esperaba. Por lo visto, el padre de Marina estaba haciendo algunas reparaciones básicas en su barca, y mirar desde el muelle era la segunda mejor opción. Además, ella le había dicho que así podría entrenarlo… aunque él no tenía ni idea de por qué necesitaba entrenamiento solo para ver unas ballenas.

Pero no le importaba. Pronto llegaría su amiga y, tras aquel día, tendría muchas cosas que contarle a su madre cuando hablara con ella el domingo.

A Rio le zumbaba y le brillaba el corazón al pensar en eso. Hasta se había empezado a mostrar ligeramente más amable con su abuela, sobre todo porque le resultaba difícil estar molesto con alguien tanto tiempo. Y también porque cuando volvió con ella el otro día vio que lo estaba buscando frenética por el paseo marítimo, pero, al verlo, más que enfadarse con él pareció aliviada, y hasta un poco emocionada, porque hubiera regresado. Rio había sido tanto tiempo el encargado de cuidar a otra persona que le resultaba un poco raro ser la persona cuidada.

—¡Oh, Rio! —había exclamado su abuela—. Por favor, no vuelvas a salir corriendo de esa manera.

Entonces le dio uno de sus abrazos con olor a menta.

Y no solo se lo llevó de compras para equiparlo con nuevos shorts, gafas de sol y bronceador adecuado para el océano, sino que también

le dejó unos prismáticos, aunque eran pesados y muy grandes y primero tuvo que quitarles varias telarañas y también a la propia araña.

Mientras esperaba a Marina en el muelle, practicó con ellos observando el horizonte.

—Me gustan tus shorts. ¡Y tienen bolsillos grandes!

Rio pegó un salto. Estaba tan perdido en sus pensamientos que no había oído cómo se le acercaba Marina por la espalda.

—Hice, hum, caso de tu consejo.

—Pero estás mirando mal. Mueves los prismáticos como si fuesen pompones. —Se los cogió de las manos y los apuntó al horizonte, sin que se le movieran lo más mínimo durante un largo rato—. Así. Tienes que mantenerlos enfocados en un punto. La primera regla y la más importante para un observador de ballenas es tener paciencia.

Volvió a ofrecerle los prismáticos, y él los cogió en silencio. Tardó un momento en darse cuenta de que Marina esperaba que probara en ese mismo momento. Al colocárselos ante los ojos no pudo evitar sentir como si estuviera haciendo una especie de examen. La niña extendió el brazo y le corrigió la altura a la que él los sostenía.

—Este ángulo es mejor. Ahora aguántalos con firmeza.

Rio siguió las instrucciones al dedillo, incluso cuando empezó a parecerle que iban a saltársele los ojos de la cara por mirar tan fijo.

—¡Ahí! —Marina señaló emocionada hacia el horizonte—. ¡A las tres en punto!

Él tardó un instante en darse cuenta de que no le había dicho una hora, sino que le indicaba hacia dónde mirar, usando una esfera de reloj imaginaria como indicador geográfico. Cuando actuó en consecuencia no vio más que una ligera agitación en el agua, pero ninguna ballena.

Incluso sin prismáticos, la vista de ella era tan buena como la de un águila. En cambio, mirara Rio hacia donde mirara, no veía más que las crestas blancas de las olas rompiendo, unos pocos surfistas valientes y alguna barca ocasional.

—La segunda regla para observar ballenas —dijo Marina con tono animado, como si sintiera la decepción de él— es no rendirse nunca. Ahora que sabes dónde está la ballena, mueve los prismáticos un poquito a la izquierda y mantenlos rectos. Espera, espera, espera… En cualquier momento volverá a salir a la superficie. ¡Ahora! ¿Ves cómo se levanta el agua ahí?

Si no se lo hubiera dicho, Rio se lo habría perdido del todo. Fue como una salpicadura que desapareció antes de que pudiese ni preguntarse qué era. Todo fue tan rápido que no le dio tiempo a sacar el móvil, y mucho menos a hacer fotos para mandárselas a su madre.

—¿Esa salpicadura era de la cola de la ballena?

—No. —Marina soltó una risita—. Era su respiración.

—¿¡Su respiración!?

—Las ballenas son más como los humanos de lo que parece —le explicó ella—. Necesitan aire, igual que nosotros, y si no salieran regularmente a la superficie se ahogarían y se hundirían. Así que ese chorrito de agua que has visto era la ballena respirando por sus espiráculos.

Rio nunca había pensado en cómo respiran las ballenas, o qué aspecto ofrecían. Claro que tampoco se había pasado la vida bajo el resplandeciente sol californiano con el ruido del océano en sus sueños.

Veinte minutos después, en los que Marina vio a otra ballena —una jorobada, según le dijo ella—, Rio aún no había divisado ninguna. Y lo que es peor, los brazos empezaban a dolerle por el peso de los prismáticos. Su amiga tenía razón: estaba descubriendo a toda prisa que observar ballenas era mucho más complicado de lo que parecía.

—Ten. —Marina rebuscó en sus bolsillos y sacó una lima de uñas, un paquete de chicles, un bolígrafo y, por fin, sus propios prismáticos, que eran como tres veces más pequeños—. Usa estos si quieres.

—¿Seguro?

Marina miró los de él e hizo una mueca.

—Los tuyos deben de tener al menos un millón de años. Y yo tengo otro par en casa.

Al guardárselos en su bolsillo, los dedos de Rio tocaron un borde del dibujo de su madre. Lo sacó para que los prismáticos no lo aplastaran.

—¿Qué es eso? —preguntó la niña, curiosa—. Debe de ser muy importante para ti si siempre lo llevas contigo.

Él se lo llevó al pecho en un gesto protector.

—Es una ballena —contestó, sin mencionar que era obra de su madre.

Ella asintió, pero no como hace alguna gente cuando en realidad no está prestando atención; más bien como si supiera que había algo más que él no le había contado. Rio se preparó para la inevitable retahíla de preguntas que le esperaban, pero Marina se limitó a sonreír.

—¿Puedo verlo?

Él dudó una fracción de segundo antes de dárselo. Pero ¿qué daño podía hacerle que lo viera? Y además, si podía mostrarle a alguien el dibujo de una ballena era a aquella niña.

Marina lo desplegó.

—¡Oh! —exclamó, sorprendida—. ¡Es Morro Blanco!

CAPÍTULO DOCE

El Espía

RIO ABRIÓ LOS OJOS como platos.

—¿¡Conoces a Morro Blanco!? —preguntó, incrédulo. Ya era difícil que la ballena siguiese viva, como para esperar que otros—. Pero… ¿c-c-cómo?

—Ven conmigo —le dijo Marina, mientras le devolvía el dibujo con una gran sonrisa— y te lo muestro.

Antes de que Rio pudiera contestar, ella lo llevó hasta el centro del muelle, donde había barcas de todos los tamaños atracadas en embarcaderos de madera: barcas con mástiles que crujían y suspiraban al viento, barcas de pesca con cajas para langostas que olían muy fuerte a pescado apiladas en las cubiertas, barcas deportivas y estilizadas con nombres floridos y barcas que habían sido tan azotadas por el mar que parecían reliquias de tiempos pasados.

Marina corrió por un pequeño embarcadero hasta detenerse a medio camino.

—Ya estamos —dijo—. ¡Bienvenido a mi casa!

—¿Esta es tu casa? —Rio no consiguió ocultar su sorpresa. Cuando ella le había dicho que su padre montaba excursiones para observar ballenas, no se le había ocurrido que la barca fuera también su residencia—. ¿Aquí es donde vives?

—Pues claro —contestó ella con una risita—. ¿Dónde sino iba a vivir alguien que se llama Marina?

La barca que tenían ante sí era cualquier cosa menos normal: estaba pintada para parecer una ballena gris.

El casco era de un color gris militar, con la silueta del animal pintada de una punta a otra del costado. Atrás le habían pintado la cola, levantada, y delante había un ojo que casi parecía de verdad. En lo alto de la barca, ondeando suavemente con la brisa, había una bandera con los colores del arcoíris.

—¿A que es preciosa? —dijo Marina, ilusionada, dando una palmada.

A Rio, en cambio, le parecía que aquello era un poco demasiado. Claro que, desde que estaba en Ocean Bay, todo había sido más

brillante, más grande, más exagerado. Era como si al llegar alguien hubiese subido el control del brillo de su vida, haciéndole parpadear para ajustar su visión a la luz. Desde luego, si existía algo que podía ayudarle a acercarse a las ballenas era aquella barca.

—Se llama Espía —le contó Marina, señalando las letras pintadas a mano a un lado del casco.

—¿Espía?

—Es una cosa que hacen las ballenas grises —explicó ella, alzando los brazos—. ¡*FUUUUUU!* Sacan la cabeza del agua, así, casi como si se pusieran de pie; entonces echan un vistazo alrededor y vuelven a desaparecer. Se lo llama «espionaje». Nadie sabe bien por qué lo hacen, pero es otra de las razones por las que me gustan tanto.

—Veo que has traído un invitado.

—¡Papá! —La niña se volvió e imitó un saludo militar—. No te importa, ¿verdad?

Rio tragó saliva. El padre de Marina no era como el suyo, que se iba a trabajar en traje gris y pasaba la mayor parte de su tiempo libre viendo fútbol en la tele o jugueteando con su móvil. El niño no sabía cómo sería una persona que vivía en una barca y se ganaba la vida montando excursiones para ver ballenas. Era más mayor de lo que había creído, con los cabellos gruesos y rebeldes salpimentados con manchas plateadas, y una barba de lado a lado, sin bigote. Tenía el rostro bronceado, con arrugas alrededor de los ojos y una nariz que debía de haberse roto al menos un par de veces. Era alto, de hombros anchos, y vestía botas vaqueras y una camisa blanca bajo un abrigo del color del mar.

Pero lo que más atrajo a Rio fue su voz. Era profunda, como un espeso chocolate negro; la voz que tendría un contrabajo si hablara… y, cuando lo hacía, era como si todo el planeta tuviera que sentarse y prestar atención.

—Subid a bordo, por favor.

Rio nunca había estado en un barco. La separación entre el Espía y el embarcadero era de solo un paso, pero este no dejaba de ser por encima del agua. A saber qué habría abajo. Marina saltó sin pensarlo dos veces; tras un instante, Rio cruzó los dedos e hizo lo propio.

La cubierta se hundió ligeramente bajo sus pies, como si él no hubiese entrado en una barca sino en otro mundo. Observó el timón, el banco para sentarse que seguía por los lados y los tres escalones de madera que llevaban a la cabina.

—Bienvenido al Espía. —El padre de Marina le dio la bienvenida y le ofreció una mano que parecía fuerte, como la de un oso; era de esas manos que a uno le hacen sentirse seguro.

—Birch —dijo, presentándose—. Encantado de conocerte por fin. —¿«Por fin»? Rio levantó una ceja—. Marina no para de hablar de ti.

Parece que le has causado una gran impresión.

Las tripas del niño parecieron dar una voltereta en su interior. ¿Marina había estado hablando de él?

Birch sonrió y les indicó con un gesto que le siguieran hasta el interior, que resultó ser sorprendentemente grande y cuadrado. Olía a café y a algo más que no consiguió identificar, aunque si tuviese que definirlo diría que era el aroma de los tesoros enterrados.

El lugar estaba amueblado con sentido práctico y aprovechaba cada centímetro cuadrado de espacio. Había dos banquillos con almohadones el uno frente al otro, separados por una pequeña mesa clavada al suelo que él sospechó que era una cama doble plegable. Había otras dos puertas que debían de llevar a un camarote y al baño. Al otro lado había una cocina americana, aunque llamarla así era bastante generoso: en realidad era minúscula, con una nevera a un costado. En la pared había una escotilla que dejaba entrar la luz del sol, rodeada de varias estanterías y cubículos llenos de papeles, libros, conchas, trastos y trozos de madera convertidos en formas decorativas. En la pared de enfrente había un mapa clavado con chinchetas que mostraba toda la costa del Pacífico.

—Papá —le dijo Marina—, Rio quiere saber de Morro Blanco. Hasta tiene un dibujo de ella.

—¿«Ella»? —preguntó el niño, aunque, bien mirado, no le sorprendía que fuera hembra. Su amiga asintió.

—Sabemos que es «ella» porque las hembras son un poco más grandes que los machos. Muéstrale el dibujo a papá.

Rio lo sacó del bolsillo y se lo ofreció con desgana; no le gustaba nada desprenderse de él, ni por un momento. El hombre se quedó inmóvil un buen rato, estudiándolo.

—¿Quién ha hecho el dibujo? ¿Lo sabes?

Rio tragó saliva, nervioso.

—Mi… madre.

—¿Tu madre? —Birch levantó las cejas como si esperara una explicación. Pero el niño se limitó a asentir y volvió a coger el dibujo. A pesar de que parecían tener curiosidad por el asunto, ni en sueños pensaba contarles nada sobre ella. ¿Y si se reían, o le dedicaban una de esas horribles miradas de lástima? O, peor aún, ¿y si le pedían que se fuera de su barca? Dobló cuidadosamente la ilustración y se la guardó con cuidado en el bolsillo trasero.

—Solo quiero averiguar todo lo que pueda sobre Morro Blanco —dijo, esperando que eso bastara.

—Entonces siéntate, Rio —replicó Birch.

CAPÍTULO TRECE

Happywhale

Después de poner a calentar un cazo de leche, Birch sacó un pequeño mapa enrollado de uno de los cubículos y lo abrió sobre la mesa.

—Esta es la ruta migratoria de la ballena gris —dijo Marina, que ayudó a su padre poniendo conchas sobre las esquinas para que no volviera a enrollarse solo.

Rio asintió, aunque no veía qué tenía que ver aquello con Morro Blanco. Estaba dispuesto a escuchar lo que fuera si le podía ayudar a acercarse a la ballena que había visto su madre.

—Esto de aquí arriba es Alaska —explicó Birch, señalando el estado más grande de Estados Unidos, ubicado encima de Canadá—. Está en el Ártico, y es donde las ballenas grises comen el krill que solo se encuentra en las aguas frías.

—Algunas ballenas se alimentan en la superficie del agua. Otras, como las grises, comen en el fondo. Hacen así con la boca —la niña abrió la suya tanto como pudo— y la pasan por el lecho marino, absorbiendo toneladas de krill.

Birch asintió.

—Gran imitación. Serías una ballena genial. Aunque no te recomiendo que hagas eso para cenar.

—Después de alimentarse —siguió ella, ignorando la burla de su padre—, las ballenas siguen la costa del Pacífico, desde Alaska hasta Canadá y bajando por toda la costa oeste de Norteamérica, pasando

por Washington, Oregón y California, hasta llegar a las lagunas de México.

Rio observó la distancia en el mapa. Hasta en pequeño parecía larguísima.

—Es un viaje de ida y vuelta de entre dieciséis y veinte mil kilómetros —dijo Marina, como si le hubiese leído los pensamientos—. Es una de las rutas migratorias más largas de todos los animales del planeta. Nadie sabe exactamente cómo lo consiguen, cómo siguen el camino sin perderse ni nada. Es como si tuvieran un mapa del océano en el cerebro. Las ballenas grises son mucho más listas que nosotros, incluso con toda nuestra tecnología. Y hacen el camino cada año. Ida y vuelta.

—¿Por qué? —preguntó Rio; con solo pensarlo ya se sentía cansado.

—En verano tienen que alimentarse en el Ártico porque allí es donde está todo el krill, pero cuando llega el otoño tienen que bajar más al sur, donde el agua es mucho más cálida, para tener a sus crías. —Birch señaló tres o cuatro puntos en el agua que parecían estuarios y conducían hasta la costa de México—. Desde hace miles de años, las ballenas grises siguen la misma ruta hasta estas lagunas poco profundas, que para ellas son lugares mucho más seguros donde dar a luz que el mar abierto. Después, cuando las crías ya son lo bastante fuertes, ellas y sus madres vuelven a nadar hacia el norte.

En ese momento la leche empezó a burbujear. Mientras Birch le añadía chocolate en polvo y lo servía con espuma, que era como más le gustaba a Rio, Marina se sacó del bolsillo la libreta con todos los extraños grupos de números y signos.

—¿Ves esto? Cuando las ballenas grises pasan por Ocean Bay tomamos nota de todas las que vemos.

—Creía que solo las mirabais —dijo el niño, confuso.

—Las miramos —replicó Marina—. Y también las contamos.

—Contamos las que pasan por Ocean Bay camino de las lagunas para ayudar a saber su población —explicó Birch—. Lógicamente, alguien como yo, que organiza excursiones para ver ballenas, puede ser de gran ayuda.

—¿De gran ayuda para quién?

—Hace unos seis años, un científico montó una base de datos especial para contar las ballenas —respondió Birch—. Aunque eso de contarlas no parezca gran cosa, para los biólogos marinos, los científicos y los ecologistas es muy importante, ya que monitorizar la población de ballenas ayuda a comprender los peligros a los que se enfrentan.

Sonaba lógico. Rio pensó que aquello debía de ser lo mismo que el proyecto que hacían cada primavera en su clase, y que consistía en contar las diferentes clases de pájaros que veían por la ventana en sus casas. La diferencia era que en este caso el animal era MUCHO más grande.

—Voy a mostrarte cómo funciona. —Marina sacó un portátil de uno de los cubículos y abrió una web llamada Happywhale—. La base de datos fue creada para que todo el mundo pueda apuntarse, no importa la edad que tengas o de dónde seas. No necesitas ser científico ni nada de eso. Solo tienes que ser capaz de distinguir una ballena gris y de subir tus descubrimientos, con una foto o solo con una descripción. ¡Hay miles de personas más que las cuentan por toda la costa del Pacífico!

Rio pensó en lo que había dicho Fran sobre su madre, que una sola niña no podía marcar ninguna diferencia. Estaba equivocada: cualquiera puede marcar diferencia si trabaja en equipo.

Pero había una cosa que aún no veía clara.

—¿Cómo se distingue a las ballenas grises de las otras?

Marina escupió su chocolate, dejando charquitos por toda la mesa.

—¡Las ballenas no tienen todas el mismo aspecto ni suenan igual! —dijo, como si la pregunta le hubiese parecido una gran tontería—. ¡Los

observadores serían capaces de notar las diferencias con los ojos cerrados!

—Bueno, quizá con los ojos cerrados no —añadió Birch—, pero Marina tiene razón. Cada especie de ballena tiene características propias, desde el tamaño y forma de su aleta caudal hasta el color de su piel, la posición de la aleta dorsal… hasta los chorros de agua que lanzan pueden variar mucho en forma y en altura. Cuando estudias las diferentes especies, ves que todas tienen diferencias muy notables.

—Y lo mismo para distinguir a unas ballenas grises de otras —siguió Marina—. A algunas les faltan trocitos en las aletas. Otras tienen marcas únicas en la piel causadas por los parásitos.

Hizo clic en otra pestaña del navegador, y de repente apareció una imagen de toda la costa del Pacífico. Había unos puntos azules repartidos a lo largo de toda ella.

—¿Qué son? —preguntó Rio, acercándose más a la pantalla.

—¡Esto es lo mejor! —contestó Marina, emocionada—. Cada uno de los puntos es una ballena gris.

—A las más fáciles de identificar —explicó Birch— podemos seguirlas mediante las coordenadas GPS de dónde son vistas.

Marina hizo zoom y amplió uno de los puntos.

—¿Ves esta ballena? —El punto azul creció y creció hasta llenar la pantalla—. Es Morro Blanco.

CAPÍTULO CATORCE

Una idea afortunada

RIO ESTABA TAN SORPRENDIDO que no podía ni hablar. Lo máximo que consiguió fue abrir y cerrar la boca como un pez.

—Esta es ella al principio de su migración desde la costa de Vancouver, en Canadá —dijo Marina—. Alguien debió de verla y le sacó una foto. Así es como sabemos que se trata de Morro Blanco. —Señaló otro punto azul—. Esta también es ella, en San Francisco, no hace mucho.

Era como si alguien hubiese lanzado fuegos artificiales que chispeaban en el interior de Rio. Hasta hacía unos días, Morro Blanco no había sido nada más que un trozo de papel, un dibujo que le conectaba con su madre mientras estaba a miles de kilómetros de distancia.

Pero ahora, al mirar la pantalla, algo cambiaba profundamente en su corazón. No se trataba solo de un punto azul o un trozo de papel; era una ballena real, viva. Una ballena que había significado algo muy especial para su madre.

Morro Blanco fue la primera ballena vista por ella, y él mismo había comprobado en las fotos del museo lo feliz que eso la había hecho. No triste y deprimida, como estaba en Londres cuando él se fue. No era esa versión de su madre, la que se pasaba horas encerrada en su concha y que a veces hacía cosas raras. La otra. La que sonreía como si tuviese el sol en el alma.

Al mirar de nuevo el punto azul, Rio se dio cuenta de que no solo

estaba observando a una ballena: estaba viendo una forma mucho mejor de salvar a su madre.

Enviarle fotos de diferentes ballenas era una gran idea, pero aquello… aquello era perfecto. Porque seguro que si algo existía que pudiera ayudarla de verdad sería Morro Blanco, el más bello recordatorio de lo feliz que había sido ella en el pasado, y de lo feliz que podía volver a ser.

La idea de que enviar fotos de una ballena en concreto pudiese marcar alguna diferencia no parecía tener mucho sentido, al menos a primera vista. Pero en cuanto la idea empezó a darle vueltas en la cabeza, ya no pudo apartar la imagen de su madre sonriente al volver a encontrarse con Morro Blanco. ¡Y cómo se le iluminarían los ojos! ¡Cómo brillaría toda ella!

Solo había un problema. ¿Cómo diablos iba él a conseguir fotos de Morro Blanco? Bueno, podía sacar algunas de la base de datos. Eso sería…

De repente, Marina se echó a reír. No una risa desagradable sino divertida, abierta, tan contagiosa que a él le hizo sonreír sin saber por qué.

—¡Rio, tienes que ser la persona con más suerte que he conocido! —dijo, con la boca tan abierta que se le veían casi todas las muelas.

—¿Yo? ¿Suerte? ¿Por qué?

—¿Es que no lo ves? —Marina señaló en la pantalla, aún entre risitas—. ¿No ves dónde está Morro Blanco?

Rio negó con la cabeza, confuso.

—¡Está aquí! —rio Marina—. ¡Cualquier día de estos pasará por Ocean Bay!

—¿¡Qué!? —exclamó él, sin aliento.

—¡Sí! ¡Puede que la veas con tus propios ojos!

CAPÍTULO QUINCE

La excursión en barca

—¡No puedes venir hasta Ocean Bay desde tan lejos y no hacer una excursión en barca! —dijo Fran a la mañana siguiente, mientras desayunaban—. ¿Lo ves? Hasta Pirata está de acuerdo.

El gato, que estaba tumbado en el regazo de Fran, hizo un maullido de lo más afirmativo.

Rio soltó el mayor suspiro de alivio del mundo entero. Había tenido mucho miedo de que su abuela encontrara alguna razón para decirle que no. En Londres su madre se ponía nerviosa ante la idea de que él cruzara la calle para ir a comprar un cartón de leche; ¡a saber qué le hubiese parecido salir a mar abierto!

Pero sí, en realidad aquel día iba a ver las ballenas grises. Y no cualquier ballena gris: ¡hasta podía suceder que se encontrase con Morro Blanco! Aunque Birch había intentado que no se hiciera demasiadas ilusiones sobre eso, las venas de Rio le seguían latiendo burbujeantes de emoción.

A Fran no le mencionó la posibilidad de ver la ballena de su madre. Y, desde luego, Rio no le dijo nada de su plan. A fin de cuentas, sabía cómo son los adultos. Lo estropean todo con la lógica. Lo que él necesitaba ahora no era lógica sino esperanza.

—Y además —siguió Fran, interrumpiendo los pensamientos de Rio —, ya iba tocando que hicieras cosas normales.

Rio alzó la vista, sorprendido. Ir al colegio era normal. Cuidar a

mamá era normal. ¡Pero salir al océano era cualquier cosa menos normal!

—Eso sí, asegúrate de llevar siempre puesto el chaleco salvavidas —le dijo la abuela mientras cogía las llaves del coche—. No te acerques demasiado al borde de la barca y, desde luego, no te inclines sobre el agua o alguna de esas locuras que hacéis los jóvenes.

Rio pudo haberle prometido que no iba a hacer nada de eso, pero ella ya lo había sacado por la puerta y, antes siquiera de darse cuenta, ya estaban de camino. En el puerto deportivo encontraron a Birch, que hablaba en el muelle con una joven pareja.

—¡Hola! —lo llamó ella.

—¡Ya me parecía que eras tú! —Marina apareció en la cubierta de la barca, con sus cabellos ondeando sin control a la brisa. Al principio Rio creyó que le había hablado a él, pero entonces vio que se dirigía a Fran—. ¿Qué? ¡Un momento! ¿Tu abuela es la señora Gilbert?

La mujer se llevó una mano al hombro.

—Hola, Marina. Sí, este es mi nieto Rio.

—¿Os conocéis? —preguntó él, sorprendido.

No solo se conocían: por la calidez del abrazo parecían ser amigas. Por supuesto, Ocean Bay era microscópico en comparación con Londres, pero no se hubiese imaginado ni en un millón de años que alguien como Marina tuviera amistad con su abuela.

—La señora Gilbert era mi profesora —explicó la niña—. Gracias a tu abuela aprobé los exámenes de ciencia del año pasado.

—Bueno, bueno… —dijo Fran con un tono de «ya será menos».

Antes de que Rio pudiera preguntar nada a ninguna de las dos, Marina saltó al muelle y se puso a charlar con la abuela. Él las contempló, alucinado. En presencia de su amiga, era como si a su abuela le hubieran puesto un filtro de foto para darle más color y más brillo. Ante algo que dijo la niña hasta se echó a reír, y no una de esas risitas educadas, sino una verdadera carcajada. En ese momento Rio sintió un mínimo puntito de culpabilidad por no haber pensado nunca que su abuela podía tener un lado diferente al que él conocía.

—Así que al final habéis venido —dijo Birch, que apareció de repente a su lado con una cálida sonrisa de bienvenida.

—Confío en que vas a cuidármelo bien —replicó Fran, cogiendo fuerte por los hombros a su nieto.

—Sabes muy bien que el Espía tiene el mayor índice de seguridad de Ocean Bay. —Birch se puso más serio. Ella asintió.

—No le dejaría salir con nadie más.

—Si quieres, ven con nosotros —dijo Rio en un impulso, volviéndose hacia su abuela—. Bueno, si hay espacio.

Fran pareció sorprenderse y, de no ser porque el sol brillaba tanto, Rio hubiese jurado que se puso un poco roja.

—Gracias, Rio, pero… pero esto no es para mí. Y no es que no me gustaría, pero ir en barco no me sienta muy bien. —El niño asintió; no estaba seguro de si se sentía aliviado o no—. En fin, id con cuidado. Y pasáoslo bien —añadió con una sonrisa tímida.

Birch condujo a Rio y a la pareja a cubierta, donde esperaba un grupo deseoso de ponerse en marcha. El padre de Marina llevaba una camiseta negra con letras plateadas cosidas a mano en el pecho que decían «Excursiones de avistamiento de ballenas El Espía» sobre el dibujo de una ballena gris. Cuando la niña volvió a la barca, Rio vio que bajo el peto rojo llevaba la misma camiseta.

Entre los turistas estaba la joven pareja, que era de Filadelfia, una aprendiz de bióloga marina que se llamaba Fernanda y venía de cerca de la frontera con México, y unos hermanos gemelos que habían acudido desde muy lejos, de Finlandia. Birch se colocó ante el timón mientras todos se sentaban en el banco y charlaban excitados.

Rio iba a sentarse —en la parte más segura del banco, hacia el centro— cuando Marina le indicó con señas apresuradas que fuera hacia la proa, la parte puntiaguda de delante.

—¡Es el mejor lugar! —dijo, emocionada, y le pidió que se tumbara boca abajo con la cabeza asomando por la barca—. Así seremos los primeros en ver lo que pase.

La proa sería el mejor lugar, pero Rio tragó saliva, nervioso, especialmente cuando empezaron a alejarse del muelle. No era muy buen nadador; no le gustaba ni salir de la parte de las piscinas donde podía hacer pie. Y, aunque Marina le había prometido que el Espía era seguro del todo, no podía evitar preocuparse. ¿Y si chocaban o se hundían o se perdían en mitad del mar? Se alegró de haber dejado en casa, a buen recaudo, el dibujo de Morro Blanco.

De todas formas, ya era tarde para cambiar de idea. El Espía avanzó plácidamente por encima de la alta sombra del faro, siguiendo el borde del muelle, hasta salir a mar abierto. Las olas se volvieron más rápidas, se elevaban más alto, y un par de ellas salpicaron en la cubierta. El estómago de Rio pareció dar un salto en su cuerpo.

Agarró con fuerza el chaleco salvavidas y miró abajo, más allá de la superficie de las olas, hacia las profundidades invisibles. Al principio no vio nada excepto el movimiento del agua, esa cosa viva y fluida que tiraba y empujaba contra el casco y le salpicaba en la cara. La sal marina hacía que se le apretara la piel, y enseguida empezaron a dolerle los codos de estar apoyados contra la dura madera. Más que acabar de salir del puerto deportivo, parecía que hubiese entrado en un universo nuevo del todo.

—¿No es increíble? —exclamó Marina.

A él ya le picaban los ojos, y con los movimientos de la barca el estómago volvía a darle saltos en la barriga… pero, para su sorpresa,

se dio cuenta de que estaba de acuerdo.

—Sí —susurró.

Y porque el océano era ruidoso, porque el viento se llevaba sus palabras más allá en el mar y porque sintió que un grito luchaba por salir de algún lugar en lo profundo de su interior, exclamó con todas sus fuerzas:

—¡SÍ!

Mientras el Espía dejaba la costa atrás, lo que empezó a sentir en su interior fue como si algo se destensara, se desatara. Algo que ni siquiera sabía que estuviera atado.

CAPÍTULO DIECISÉIS

En mar abierto

El Espía salió a la inmensidad marina y viró al sur con la intención de regresar al muelle al cabo de una hora. Aunque se sentía incómodo apoyado en los codos y empezaban a dolerle las rodillas, Rio mantenía la vista fija en el agua.

Al cabo de unos minutos vio el primer pez, plateado y brillante, relampagueando bajo la superficie. Y después otro, más grande, que atravesaba las olas como una flecha. Y entonces, un salpicón cuando otro salió al aire de un salto y enseguida regresó abajo.

Marina le dio un suave codazo en las costillas y señaló dos pájaros de enormes picos que volaban en círculos contra el cielo azul.

—Son pelícanos —murmuró, mientras buscaba los prismáticos en sus bolsillos—. ¿Ves cómo la parte de abajo de los picos parece más blanda? Es como su red de pesca; atrapan a los peces en ella. Mira, uno está a punto de lanzarse.

Rio sacó los prismáticos que le había dado ella y mantuvo la vista en el ave. Era una criatura extraña, de aspecto prehistórico. Ya los había visto, en el parque de St. James de Londres, pero no en el mar, no así. El pelícano siguió volando en círculos hasta que de repente se precipitó de cabeza al agua, salpicando y volviendo a emerger con un pez colgado del pico.

—El océano es peligroso —comentó Marina, como si sintiese la lástima que la víctima le provocó a Rio—. Es el lugar más duro y peligroso de la Tierra. Aunque, en otro sentido, también es el que está

más en peligro.

Él la miró de reojo. Su estómago aún le daba vueltas, pero la niña parecía estar del todo en su salsa, casi como si fuese la figura de una sirena tallada en la propia barca, un mascarón de proa, y hubiera nacido para vivir en el mar. Se le ocurrió que él mismo nunca había tenido una sensación tan fuerte de pertenecer a ninguna parte.

—¡Delfín! —chilló Fernanda, emocionada—. ¡Ahí!

Como impulsado por un gran resorte oculto bajo el agua, un delfín salió a la superficie. Arqueó su elegante cuerpo gris por encima de las olas y volvió a sumergirse.

—¡Un nariz de botella! —exclamó Marina, y se puso en pie—. ¿Ves la forma puntiaguda de su morro?

—¡Hay montones! —se sorprendió Rio. De repente el mar estaba repleto de delfines que daban vueltas y danzaban y saltaban en todas las direcciones.

—¡Quieren jugar! —gritó Birch, que hizo rugir el motor, aumentando la velocidad.

—¡Mira abajo! —dijo Marina.

Cuatro delfines nadaban al lado del Espía, siguiéndolo a su misma velocidad sin que pareciera costarles el menor esfuerzo.

Rio soltó una carcajada. Cuanto más rápido iba la barca, más la seguían las criaturas, a muy poca distancia, saltando alegremente en el agua. No encontró palabras para describirlo; era una sensación maravillosa, mágica, que corría por sus venas.

Era mejor que cualquier montaña rusa, mejor incluso que aquella vez que su madre lo había llevado a la feria. Era todo eso junto. Y más. Marina soltó un gran grito, la alegría grabada en cada centímetro de

su rostro; esa alegría que él hacía tanto que no había sentido, que quizá ya no esperaba volver a sentir, pero que en ese momento circulaba por sus venas como si fuera electricidad.

Tan rápido como habían llegado, los delfines volvieron a desaparecer, y la barca volvió a su velocidad hasta que finalmente Birch apagó el motor del todo. Rio se levantó y se frotó los codos. Tras ellos se encontraba la costa, como desenfocada, casi irreal.

Sin el ruido del motor, las olas que chocaban contra el casco sonaban mucho más fuerte, con un sonido *toc-toc* constante.

En la barca nadie hablaba, pero eso no quería decir que estuviese en silencio. El ambiente estaba lleno del sonido de la espera contenida, como la del público antes de que empiece un concierto, algo trémulo y vivo.

—Ahora intentaremos ver a las ballenas grises —susurró Marina—. Aquí es donde normalmente aparecen. Ten los ojos bien abiertos, podrían estar en cualquier parte.

Había llegado el gran momento. Aunque no tenía ninguna garantía de ver a Morro Blanco, a Rio se le aceleró el pulso y sintió de repente el deseo imperioso de que su madre estuviera con él. Era una sensación tan poderosa que tuvo que agarrarse a la barca. Y, aunque su madre no estaba con él, él sí que estaba. Sería los ojos de ella.

—¿Cuánto hay que esperar? —preguntó también en voz baja. No estaba seguro de por qué susurraba, pero le daba la sensación de que las voces altas no tenían lugar allá en el océano.

—Eso no se puede saber —murmuró Marina—. Tenemos que ser pacientes.

La pareja de Filadelfia sacó la cámara más grande que Rio había visto en su vida e hicieron un barrido por el horizonte con una sucesión de clics rápidos. Los gemelos y Fernanda estaban al otro lado de la barca, inclinados sobre el borde y mirando en la distancia con caras alegres y esperanzadas y las mejillas aplastadas por el viento. Y el propio Birch, aunque había sacado la barca cientos, miles de veces antes, también tenía una expresión maravillada.

Rio se preguntó si él mismo tendría esa misma pinta. Era como si estar allí hubiese hecho que se le desprendiera un poco de su esencia terrestre.

—¿Por qué nos hemos detenido? —preguntó uno de los gemelos.

—He apagado el motor para no asustar a las ballenas —les explicó Birch a todos—. Si vemos una le ofreceremos la posibilidad de venir con nosotros si quiere, no al revés. El océano es su mundo, y es importante que siempre recordemos que aquí solo somos invitados.

Las olas seguían golpeando contra el casco, y hasta la propia barca pareció quedarse esperando.

—Estamos buscando sus chorros de agua —dijo Marina, sin levantar

la voz—. Es la forma más fácil de verlas. ¿Recuerdas que te conté que las ballenas salen a respirar a la superficie y que lo hacen por sus espiráculos?

Mientras ella sacaba la libreta del bolsillo para apuntar las ballenas grises que vieran, Rio miró por los prismáticos. Eran pequeños pero potentes, y permitían ver en la distancia con una claridad sorprendente. Lo que solo con los ojos le habían parecido puntitos blancos se transformó en varios pelícanos descansando en la superficie del agua. Más a lo lejos vio la silueta de un barco, con un grupo de gaviotas que volaban hambrientas por encima.

Lo que no vio fue una…

—¡BALLENA!

CAPÍTULO DIECISIETE

Arcoíris con forma de corazón

—¡AHÍ! —GRITÓ MARINA, emocionada, señalando al horizonte. A Rio casi se le cayeron los prismáticos mientras todos corrían a colocarse al borde de la barca, escorándola ligeramente hacia un lado con tanto peso.

La niña cogió a Rio de la mano y la movió, haciendo que la siguiera con la vista.

—¿Lo ves? A las cinco. ¡Una ballena gris!

Él abrió los ojos como platos: ahí estaba, a menos de cincuenta metros. Un magnífico chorro de agua que manaba de la superficie del océano como una cascada boca abajo.

¡La respiración de una ballena!

Desde la costa hubiese sido imposible oírla. Pero allí, sin el ruido del motor, el sonido del chorro hacía eco en el agua. Rio sintió que un escalofrío le recorría la espalda.

Pero lo más milagroso no era el sonido de la respiración.

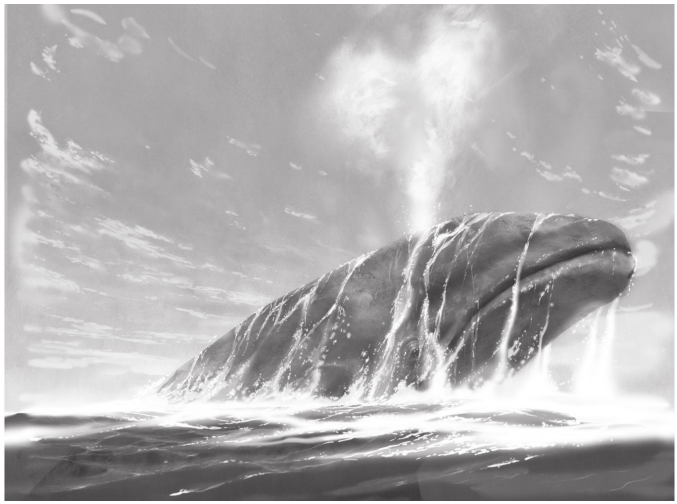
Era la forma.

El chorro no se elevaba en una columna vertical; tenía forma de corazón.

—¿Cómo lo hacen? —Miró a Marina, atónito.

—Es porque tienen dos espiráculos, no como muchas otras ballenas que solo tienen uno —le explicó ella, juntando las manos para representarlos—. Cuando respiran, los dos chorros se juntan en la

punta, así, y parece como si exhalasen corazones.



—Un corazón creado por la naturaleza —murmuró Rio, recordando las piedrecillas con esa misma forma que había coleccionado su madre—. Esos son los mejores.

Se volvió hacia el agua y esperó en un silencio nervioso a que la ballena emergiera.

—En cualquier momento volverá a salir —le indicó Marina, aún sin alzar la voz—. Esta vez fíjate bien en el corazón.

Rio miró fijamente el punto donde había estado la criatura. La luz

que reflejaba el agua era tan reluciente que se elevaba como una neblina azul. Y justo cuando los codos empezaban a latirle y no creía poder quedarse ni un minuto más en aquella posición, lo oyó: el fuerte chorro de agua de la ballena al exhalar de nuevo. Esta vez fue aún más cerca de la barca; tanto, que alguien pegó un grito.

Al inclinarse en la cubierta, Rio no pudo evitar un resoplido de sorpresa: en mitad del corazón de agua había lo más bonito que había visto nunca.

—¡Un arcoíris!

—No es solo un arcoíris —susurró Marina—. Es un corazón de arcoíris.

Brillaba y refulgía como si estuviese hecho de magia.

De magia de la buena.

—Son los aceites que hay en su respiración, que reflejan los rayos del sol —explicó la niña.

A su alrededor todo se llenó de los clics de las cámaras, pero él estaba como paralizado. No supo describir el sentimiento que lo invadió. Era distinto a todo lo que había experimentado en su vida. No era para nada como en un zoo, con un muro o una valla entre los animales y él. Aquello era naturaleza pura, intocada, libre.

Le vino a la mente la foto de su madre en la barca. La alegría en su rostro, la luz en sus ojos. En ese mismo instante lo comprendió todo. Y también por qué a ella le gustaban tanto las ballenas. ¿Quién no se enamoraría de un animal capaz de producir arcoíris?

—Se va —dijo Marina—. Fíjate en la cola.

A través de los prismáticos, Rio observó como esta se agitaba una vez, dos, antes de volver a meterse en el agua y desaparecer. Solo después de que empezara a alejarse se le ocurrió pensar si no habría sido Morro Blanco. Imposible saberlo. Se dio cuenta de que todo había sucedido tan rápido que ni siquiera había sacado fotos.

Mientras se insultaba a sí mismo por ser tan lento, oyó algo.

No era el toc-toc de las olas ni el clic-clic de las cámaras, ni siquiera los chillidos de las gaviotas o la cháchara emocionada de los humanos. Era algo muy diferente. Un eco que emergía de las profundidades. Una especie de gemido atronador que no había oído nunca.

—Ese ruido…

—¿Qué ruido? —preguntó Marina, volviéndose hacia él—. ¿El del agua contra el casco?

—No, ese no. El otro ruido.

—¿El otro ruido? —La niña parecía confusa—. ¿Te refieres al motor?

Rio negó con la cabeza y puso mucho empeño en oír mejor. Pero, fuese lo que fuese, ya había desaparecido. Desaparecido en las profundidades.

Volvió a tumbarse, con los dedos sobre el agua. Mientras Marina escribía en su libreta, él sintió cómo lo invadía la calma. Qué extraño, no sentirse incómodo o tímido o ansioso o esas cosas que acostumbraba a sentir en tierra. Lo que se sentía —y le sonó bastante tonto incluso a él mismo, teniendo en cuenta que se trataba de su primer viaje en barco— era como si estuviera en su verdadera casa.

Incluso sin haber visto a Morro Blanco, el hecho de saber que estaba cerca proporcionaba a Rio una curiosa sensación de bienestar. Era como si su madre estuviera con él. Casi podía oír su voz susurrándole desde el otro lado del océano.

Era un sonido tan vívido que le hizo incorporarse. No era su imaginación; de verdad oía algo. El mismo ruido como con eco que había oído un momento antes. Miró a su alrededor. Marina seguía tomando notas sobre la ballena que acababan de ver, y Birch describía los comportamientos migratorios a los demás.

Rio fue el único en verlo.

Bajo el agua, a unos tres metros de la punta de la proa.

Se quedó inmóvil, como hacía su madre antes de tocar la primera nota en el violín, como si estuviera sincronizándose con el instrumento de una forma mágica. Como si hubiese una corriente invisible que le comunicara con la ballena y quedarse quieto le permitiera conectarse con ella.

De repente, la criatura sacó la cabeza del agua, tan cerca, tan inesperadamente, que a Marina se le cayó la libreta.

—¡Dios mío!

Los demás corrieron hasta la proa. Rio oyó a su espalda los suspiros y los *clic-clic* de las cámaras. Pero no prestó la menor atención a nada de eso, porque la ballena que tenía delante le resultaba curiosamente familiar.

—¡Morro Blanco!

CAPÍTULO DIECIOCHO

Morro Blanco

EN LA VIDA REAL, la ballena era tan grande, tan vasta, tan impresionante, que Rio se mordió la lengua. El calor y el sabor metálico de la sangre le llenaron la boca. Solo la cabeza del animal, con sus enormes mandíbulas superior e inferior, ya era unas tres veces más grande que el niño entero. Su piel era del color de una pizarra de las que se usan con tiza, con manchas de un gris más claro y blanco en el morro.

—¡Es ella! —gritó Marina, triunfal—. ¡Es Morro Blanco!

Rio no fue capaz de decir nada. Se limitó a contemplar la ballena con un anhelo total y puro. Porque, sin duda, aquello no podía ser solo una coincidencia: era una señal. Una señal clara como el día de que estaba en el buen camino para ayudar a su madre y hacer que volviera a estar como antes. ¿Por qué sino había aparecido Morro Blanco en ese preciso momento?

Seguramente la cabeza de la criatura apenas estuvo fuera del agua unos segundos, pero fue como si el tiempo se detuviera, permitiendo a Rio examinar a fondo cada detalle: las arrugas alrededor del único ojo visible, la forma en que tenía pegados los percebes al morro en grandes grupos de diferentes medidas, la sustancia viscosa en su boca que, según Marina, se llamaba barba.

Aunque, tan rápido como había aparecido, se esfumó.

—¿¡Has visto eso!? —Marina daba saltitos de alegría—. ¿Has visto cómo te miraba?

Rio asintió, aún con los ojos clavados en el agua, mientras rezaba por que Morro Blanco volviera a asomar la cabeza y poder sacarle fotos. ¡Espérate a que mamá lo vea! ¡Espérate a que sepa que su hijo

ha encontrado a la ballena! A toda prisa, revolvió en sus bolsillos en busca del móvil.

Los demás se agolpaban detrás de él, tan cerca que podía olerlos. Eso le dificultaba un poco el sacar el teléfono, pero si se echaba un poco más adelante…

No llegó a saber bien lo que pasó a continuación. Solo que tropezó y, al no haber en la proa nada a lo que agarrarse, se quedó un momento suspendido en el aire, moviendo los brazos como las aspas de un molino.

Lo siguiente que sintió fue que entraba en el agua con un chapuzón muy ruidoso y muy frío.

Aunque llevaba chaleco salvavidas, su cuerpo entero —también la cabeza— se hundió bajo el agua. Fue tan repentino y horrible que lo primero que hizo fue abrir la boca para pedir ayuda: una tontería, porque enseguida se le llenó de agua y tuvo que escupir, toser, e intentar no ahogarse. Cuando volvió a asomar en la superficie, la barca parecía aterradoramente lejana. Apenas vio la resbalosa cubierta gris y siete caras pálidas que miraban desde el borde.

—¡RIO! —gritó Marina—. ¡Quédate ahí! ¡No tengas miedo!

¿Que no tuviera miedo? Era demasiado tarde para eso. Desesperado, sacudió los brazos y las piernas. No veía el fondo, y mucho menos podía tocarlo con los pies. Solo notaba la inmensidad de agua horriblemente oscura a su alrededor y la sensación de completa impotencia.

—¡MARINA! —exclamó mientras le golpeaba otra ola, dejándolo aún más aturdido—. ¡MARINA!

Birch se asomó, extendiendo un palo largo con un gancho en la punta.

—Mantén la calma, Rio. Agárrate a esto y yo tiraré de ti.

El niño sacó un brazo e intentó cogerse al gancho. Casi lo tenía cuando una nueva ola volvió a empujarlo con fuerza. Sintió arcadas, tosió, escupió. Lo intentó de nuevo, pero la corriente tiraba de él hacia atrás.

Entonces recordó que no estaba solo.

Había una ballena gris de dieciséis metros en el agua con él.

Marina le había dicho que no eran peligrosas. Que nunca harían daño deliberadamente a un humano. Aunque es fácil creerse todo eso desde la seguridad de la cubierta de un barco, y no tanto cuando estás en el agua junto a una de ellas, con su boca más grande que todo tu cuerpo.

Cuando estaba a punto de entrar totalmente en pánico, Rio oyó el mismo ruido con eco que antes, aunque ahora mucho más cercano. Esta vez no le cupo duda: no se lo estaba imaginando. Era un sonido grave, profundo, parecido al de un bajo. Una serie como de golpes, un

clic, otro golpe, otro clic. La única forma que se le ocurrió de describirlo fue como si le llegaran ondas desde algún lugar bajo la superficie y le subieran por los pies.

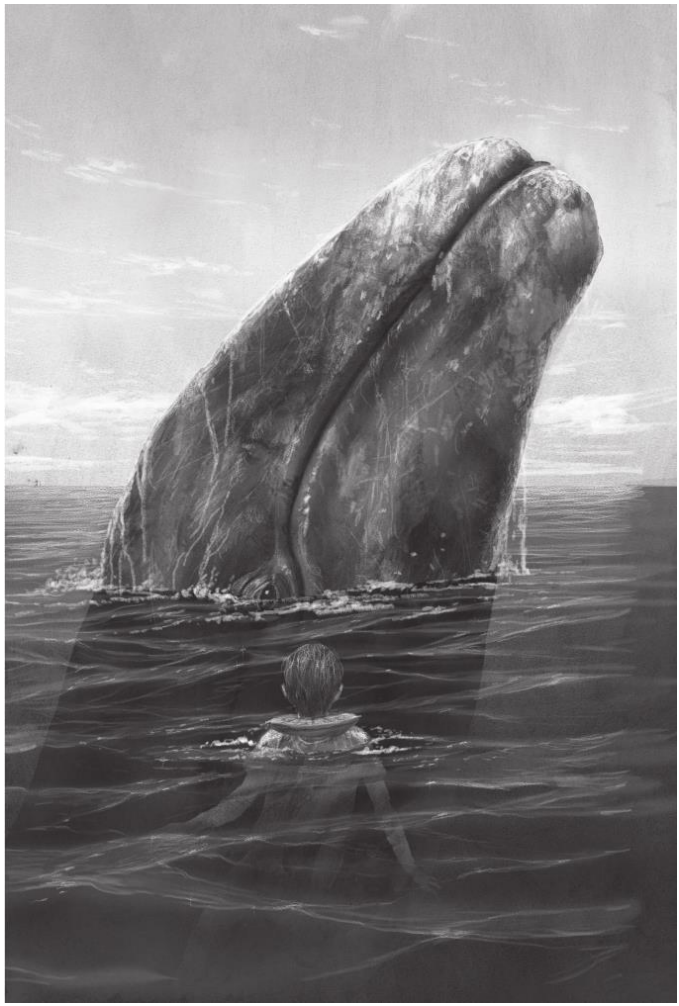
Pero ¿de dónde venía el ruido? Era extraño y como de otro mundo, pero no amenazante, como percibió Rio de forma casi tranquilizadora. Hasta resultaba acogedor, como los cuentos para dormir que de pequeño le contaba su madre sobre lejanas tierras místicas y criaturas extrañas y legendarias.

En su corazón sabía que el ruido venía de Morro Blanco.

Y, casi como confirmándoselo, sintió un golpecito en la espalda.

Su primera reacción fue girarse. Pero hacer eso en el agua no es fácil. Lo único que consiguió fue quedarse tumbado boca abajo. Al intentar coger aire tragó más agua, hasta que por fin consiguió darse la vuelta.

La criatura estaba tan cerca que hubiese podido contar cada percebe en el lado derecho del rostro, y vio cómo la pigmentación blanca cubría casi toda la parte superior, aunque parecía deshacerse al llegar a la punta del morro. También pudo olerle la piel, como una mezcla de escabeche y aceite y pescado. Tenía motivos para estar asustado, pero por alguna razón no era así.



—Hola, Morro Blanco —susurró—. Eres tú, ¿verdad?

Quería tocarla, pero no se atrevía. Algo precioso en ella inspiraba respeto, igual que el violín más caro de su madre, el que solo usaba para los conciertos importantes y que mantenía siempre muy bien guardado en su funda.

—Eres preciosa —añadió con la voz entrecortada.

Como salido de la nada, un estallido de emoción le llenó el pecho, con tal fuerza y fulgor que tuvo que cerrar los ojos un momento. Cuando los abrió de nuevo, Morro Blanco estaba frente a él, observándolo de un modo que hizo que le temblara el corazón. Aquello no tenía ningún sentido, al menos desde un punto de vista lógico. Pero era la misma forma en que a veces lo miraba su madre.

Llena de amor.

La idea de que un animal salvaje pudiera sentir el mismo amor debería resultar ridícula, sobre todo viniendo de una especie tan maltratada por los humanos. Pero, por alguna razón, a Rio le pareció muy natural; más bien sentía como si fuera un amor que siempre había existido y siempre existiría. La conexión entre los dos era antigua como el tiempo y profunda como el océano.

Oyó a su espalda las llamadas de la gente de la barca, cada vez más altas y agudas. Tenía las piernas cansadas de patalear en el agua, y sentía tal picor en los ojos que apenas podía ver. Pero, a pesar de eso, no deseaba regresar. Aún no.

—Yo… yo… —Quería decir algo, pero no estaba seguro de qué. ¿Qué se le podía decir a una criatura como aquella? La ballena lo miró por última vez y empezó a hundir lentamente la cabeza.

A Rio empezaba a dolerle todo el cuerpo por estar en el agua. La ballena le tocó suavemente el pecho con la punta del morro, y le dio un empujoncito muy cuidadoso hacia la barca. Él no apartó la vista de su rostro mientras el animal seguía sumergiéndose hasta desaparecer del todo.

Aunque ahora se encontraba al lado del Espía y Marina estaba inclinada hacia él en la cubierta, Rio no se movió. Siguió contemplando las ondas en el agua, que eran el único rastro que quedaba de la presencia de Morro Blanco. Le extrañó la gran sensación de soledad que lo invadió de repente.

Entonces, e igual de repentinamente, lo sacaron del océano para depositarlo en la cubierta de la barca. Una vez allí tosió y escupió una bocanada de agua salada. Los ojos le picaban y sentía la piel arrugada y fría.

—Cuando te invité a venir a ver ballenas —dijo Marina, que se puso en cuclillas a su lado— no me refería a hacerlo desde el agua.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Sonriente

—¿Sabes? —dijo Fran aquella misma noche, después de cenar más tarde de lo habitual—. Es la primera vez que te veo sonreír.

Rio se tocó las comisuras de los labios con los dedos. No se había dado cuenta, pero sí, estaba sonriendo. Bajó las manos, sorprendido; todo aquello era nuevo para él.

—La ballena gris —siguió su abuela— es uno de los animales más majestuosos que existen. Y, como todos los animales en libertad, hay mucho más en ellas de lo que parece.

Incapaz de contener la emoción, Rio le había contado su encuentro con la criatura, aunque prefirió omitir que se trataba de Morro Blanco y que él se había caído al agua; decidió no compartir esos dos detalles.

—Recuerdo la primera vez que vi una —murmuró Fran—. De eso hace mucho, pero es un sentimiento que no se olvida nunca.

En su rostro se dibujó una expresión lejana, distante; un gesto curiosamente parecido a los que él había visto en los observadores de ballenas. Tanto fue así que sintió la tentación de contarle su plan para salvar a su madre. Quizás hasta pudiese ayudarle.

Estaba intentando decidir si confiar en ella o no, cuando sonó el teléfono.

¡Pues claro! Era domingo. Rio seguía tan excitado después de su encuentro con Morro Blanco que le costó un momento darse cuenta de que se trataba de la llamada que llevaba esperando toda la semana.

Por la diferencia de horario, en Inglaterra debía de ser primera hora de la mañana.

Igual que las otras veces, Fran contestó y después le pasó el auricular.

—¡Mamá! —Rio fue a sentarse al escalón de la puerta trasera. En el cielo el sol se estaba poniendo—. ¡Adivina a quién he visto hoy! —dijo, tan emocionado que no pudo contenerse ni un segundo más—. ¡Bueno, nunca lo adivinarías, así que te lo digo yo: Morro Blanco! ¡Tu ballena! ¡La he visto con mis propios ojos, en el mar!

Hizo una pausa para recuperar el aliento. El corazón le latía en el pecho como gotas de lluvia cayendo rítmicamente. Esperó a que ella reaccionara, a que dijese algo.

—¿Mamá?

—Estoy aquí —contestó su madre con una voz que sonó tan lejana que Rio tuvo que apretar más el auricular contra la oreja—. ¿Así que has salido al mar?

Rio se tragó un suspiro; había olvidado que a veces había que decirle las cosas más de una vez. Pero no importaba: se lo repetiría más lentamente y le contaría todo de nuevo desde el principio.

—En el muelle conocí a una niña. Marina. Me llevó a ver ballenas en su barca y…

—¿Qué tiene que ver la marina?

—No; Marina es el nombre de la niña.

—Marina —repitió su madre—. Qué nombre tan bonito.

En el cielo el sol caía cada vez más rápido. Ya estaba tan bajo que tocaba la superficie del agua. Rio apresuró la conversación.

—¿No me has oído, mamá? ¡He visto a Morro Blanco! ¡He visto a tu ballena!

—¿Mi ballena? —Por primera vez sonó un poco más alegre—. ¿Morro Blanco? ¿La que conocí yo?

—Sí, la que conociste tú —afirmó Rio, mientras el sol descendía por debajo del horizonte con un cegador brillo dorado—. La he visto hoy.

Se produjo un largo silencio, tan largo que el niño pensó que le iba a estallar el corazón. Pero, por fin, oyó un ruido minúsculo: el ruido de la sonrisa de su madre.

CAPÍTULO VEINTE

Enviando fotos a casa

ANTES DE IRSE A DORMIR, Rio estaba tumbado boca abajo en la cama con el portátil de su abuela. Se lo había pedido prestado unos días antes para hacer los deberes. No era del todo mentira, ya que su colegio se los enviaba por correo. Pero en este caso era para estudiar algo diferente: para estudiar a Morro Blanco. Su móvil estaba en el fondo del mar. Por suerte, la pareja de Filadelfia le dijo que iban a mandarle algunas de las fotos que habían sacado.

Estaba tan impaciente que se equivocó de teclas hasta que por fin accedió a su bandeja de entrada.

Por favor, que ya hayan llegado.

¡Sí! ¡Ahí estaban!

Soltó un resoplido. Eran las fotos más espectaculares que había visto en su vida. Mucho mejores de las que hubiese podido hacer él mismo con su teléfono. Tan vívidas que era como si de nuevo estuviese en el agua mirándose cara a cara con una ballena gris salvaje.

Y no cualquier ballena. Morro Blanco.

Estaba a un lado de la barca, tan cerca de la superficie que casi se le podía ver la silueta entera, llenando toda la foto. Su tamaño era impresionante. Era la criatura más gigantesca que había visto. Mucho más grande que el Espía. Y aun así, al hacer zoom en su cara, transmitía una sensación casi como de amabilidad; no se desprendía de su tamaño sino que parecía provenir de su interior.

—No eres solo un animal, ¿verdad? —murmuró, tocando la pantalla —. Eres como nosotros.

Se sintió un poco tonto al decirlo; las ballenas no son humanas. Pero, aun así, Morro Blanco tenía algo especial. No era solo su forma de mirarlo, de esa forma tan curiosamente humana, sino también el recuerdo de cómo lo había empujado suavemente hacia la barca, como si estuviera cuidando de él, como si de alguna forma le importara su bienestar. Sin saber por qué, sintió que se le cerraba la garganta. Llevaba poco más de una semana en Ocean Bay, la semana más solitaria de su vida, al menos hasta aquel día. Pero, por alguna razón, de repente ya no se sentía tan solo.

—Te he encontrado —dijo en voz baja—. O quizá tú me has encontrado a mí.

Fue hacia la ventana, se colocó sobre las huellas de su madre y contempló el mar. Lo triste del asunto es que ya no volvería a ver a su nueva amiga. Marina le había explicado que Morro Blanco, como todas las otras ballenas grises, solo estaba de paso por Ocean Bay, camino de las lagunas del sur. El hecho de que se hubieran visto había sido pura casualidad. Pero, por muy corto que hubiera sido el encuentro, seguramente solo unos pocos minutos, sabía que lo recordaría durante el resto de su vida.

—Me has ayudado —murmuró—. Y ahora también vas a ayudar a mamá.

La siguiente llamada de su madre no sería hasta dos semanas más tarde; aquel domingo ella tenía que ir a una clase especial o algo así. Dos semanas. La espera iba a ser larga. Aunque para entonces seguro que ella ya estaría casi bien del todo… sobre todo después de ver las fotos de Morro Blanco.

¿Qué mejor forma de recordarle lo feliz que había sido de niña? ¿Y, más importante aún, lo feliz que podía volver a ser?

No le había mencionado que iba a enviarle las fotos: a veces ella se confundía si le decía demasiadas cosas a la vez. Sería una sorpresa superespecial.

Le costó varios intentos encontrar las palabras adecuadas con las que acompañar el correo. Finalmente se decidió por algo corto y simple.

Querida mamá:

Aquí tienes unas fotos de Morro Blanco. Hoy pasó por Ocean Bay y la vi con mis propios ojos. Es lo mejor que he visto en mi vida aparte de ti y me hace sentir feliz por dentro.

Espero que a ti también te haga feliz.

Te quiero.

Gato Rio xxx

Envió el correo con una sonrisa y tachó otro día en su calendario.

Solo quedaban tres semanas hasta que su madre se pusiera mejor y él pudiera volver a casa.

CAPÍTULO VEINTIUNO

Superoído

—¿Estás listo? —preguntó Marina con esa sonrisa que aparece al sentir en los labios el sabor de la aventura combinado con la felicidad extra de acabar las clases del día. Era la hora de la tarde en que hacían la excursión a ver ballenas, y había insistido en que Rio los acompañara a Birch y a ella al océano. Y él no iba a negarse. Aparte de ellos tres habría un grupo numeroso de turistas japoneses, una profesora de Washington y una pareja mayor de Escocia.

Al igual que la otra vez, Birch maniobró el Espía para dirigirlo al sur, hasta un área bastante alejada de la atestada entrada al puerto deportivo. Aquel día el agua estaba más revuelta y las olas no paraban de chocar contra el casco, formando ocasionales caballos blancos de espuma en la superficie.

Aunque a Rio el estómago no paraba de darle saltos, no se sentía mareado. Hasta le resultaba difícil imaginarse que en el pasado el mar le diera miedo. Allí todo era mucho más grande y más brillante, como si el sol hubiese crecido una talla, esparciendo polvo dorado por todo el planeta.

Al cabo de unos diez minutos llegaron a su destino y Birch apagó el motor. No importaba que los turistas que llenaban la barca fueran otros: la misma sensación de espera inquieta y silenciosa llenaba el aire, con una esperanza tan fuerte que Rio casi podía sentirla en los labios.

Pero, al contrario que el día anterior, faltaba una cosa.

Ballenas.

La barca se meció silenciosamente durante media hora sin que vieran ni una sola ballena. Ni la cola. Ni el espionaje. Ni el chorro de agua. Y, desde luego, nada de arcoíris con forma de corazón.

—La cuestión —dijo Marina cuando algunos de los turistas empezaron a impacientarse— es que no siguen horarios humanos.

Rio quiso mostrarse de acuerdo, pero le resultaba difícil con la sensación de decepción que parecía concentrársele en el estómago. Deseaba desesperadamente ver más ballenas. No solo por su madre sino, como se dio cuenta entonces, por sí mismo. Conocer a Marina y estar a bordo del Espía le proporcionaba la mayor felicidad que había sentido desde hacía mucho tiempo, una oportunidad de vivir una vida como nunca había imaginado. Pero, siendo realista, ¿a cuántas excursiones en barca más iba a invitarle su amiga durante el tiempo que él estuviera en Ocean Bay? Birch había dicho que las semanas siguientes iban a estar muy ocupados. ¿Y si aquella era la última ocasión que tendría Rio de ver ballenas?

Entonces oyó un *clic*, tan bajito que pensó que era fruto de su imaginación. Pero le siguió otro. Escuchó con atención. Era el mismo ruido que el día anterior, una especie de burbujeo seguido de otros *clics* cortos y agudos y después algo que sonaba parecido a un bombo.

Se dio media vuelta y examinó el agua desde todos los ángulos. Pero, por mucho que se fijaba, no había nada que ver. Aunque el ruido seguía, de eso estaba seguro. ¿De dónde venía?

De allá. Venía de debajo del agua, allí.

—¡Hay una ballena! —exclamó apresurado mientras Birch se disponía a arrancar el motor—. A las cinco.

Marina entornó los ojos y miró en la dirección que había dicho su amigo.

—Yo no veo nada.

—Hay una. La estoy oyendo —insistió él con firmeza—. ¡Ahí!

En ese momento, una cabeza gigantesca y llena de percebes asomó del agua, en el punto exacto que señalaba Rio.

—¡Es el espionaje! —gritó alguien.

La ballena miró a su alrededor antes de volver a hundirse majestuosa bajo las olas. Los pasajeros de la barca parecieron cobrar vida de repente, y empezaron a sacar fotos y a hablar animadamente entre ellos. Marina miró a Rio con curiosidad, como si el niño fuese un enigma que ella estuviese intentando descifrar.

—¿Cómo has sabido que la ballena estaba ahí?

—La oí —respondió él—. ¿Tú no?

Su amiga frunció el ceño.

—¡Pero si no se las puede oír!

—¿Por qué no?

—Porque los humanos no pueden. Es demasiado grave para nuestros oídos. Sería como oír un silbato para perros: imposible.

Rio recordó cuando estaba en el agua, oyendo los sonidos que parecían subir por su cuerpo desde los pies. No tenía la menor duda de que habían salido de Morro Blanco, igual que lo que acababa de oír venía de la otra ballena. Lo sabía de la misma forma en que sabía cuándo se fraguaba una tormenta por la electricidad en el aire. Su madre decía que era porque él tenía orejas de gato.

—¡Sí que la he oído, lo juro!

Marina frunció aún más el ceño e hizo un gesto con la mano como de descartar la idea, pero entonces le dijo:

—¿Me lo prometes por el océano? ¿Me juras que las oyes?

Él asintió.

—Te lo prometo por el océano.

—Vale, ¿y ahora? ¿Ahora oyes algo?

Rio cerró los ojos. Se concentró e intentó ignorar el ruido del agua chocando contra el casco, las conversaciones de los otros pasajeros, incluso la intensidad de la mirada de Marina, que casi podía sentir en su rostro.

Al principio no oyó nada, y eso plantó en él una pequeña semilla de duda. Quizá se había equivocado. Pero entonces oyó un mínimo clic, casi imperceptible pero real. Un burbujeo. Otro clic. Ahora solo tenía que percibir de qué dirección venía.

—A las once —dijo, muy seguro.

Marina se volvió y examinó el horizonte con una intensidad casi feroz que hizo que a él le diera un escalofrío. El mar seguía tranquilo y plano.

Rio tragó saliva. ¡Venga! No podía ser un error.

Pero aún nada.

Y entonces… un chorro de agua se elevó hacia el cielo.

Marina volvió a mirarlo, esta vez con una mezcla de duda y admiración.

—¡Puedes oírlas de verdad!

CAPÍTULO VEINTIDÓS

Invitación

DURANTE EL RESTO DEL TRAYECTO, Marina y Rio se divirtieron experimentando. ¿Cómo era el ruido? ¿Podía intentar describírselo? ¿Cuán cerca tenía que estar la ballena para que él pudiera oírla? La niña hasta hizo diagramas en su libreta para mostrar las distancias aproximadas.

—Estos somos nosotros en la barca —explicó—. Y la ballena más lejana estaba aquí, diría que a unos cien metros.

—A esa apenas la oí.

—Aun así, es increíble. —Marina miró a Rio con ojos que le brillaban como estrellas—. He estado en el agua desde que era un bebé y nunca he oído a las ballenas grises, ¡pero tú sí que puedes!

Rio agitó la cabeza, incrédulo. Qué raro, haber viajado al otro lado del mundo para descubrir algo tan raro sobre sí mismo. Apenas empezaba a admitirlo cuando el Espía atracó de nuevo en el muelle y Marina corrió a tirarle del brazo a Birch.

—¡Papá! ¡No vas a creértelo! ¡Rio puede oír a las ballenas grises!

El niño creyó que el capitán descartaría de inmediato la idea. Es la clase de reacción que acostumbran a tener los adultos cuando les dicen algo improbable. Pero Birch no hizo eso en absoluto. Entornó los ojos y se mordió el labio, pensativo.

—La primera vez que salimos al agua ya noté que tenías algo diferente. —Hizo una pausa—. Tienes oído de mar, como decimos los marineros.

Marina miró a su padre, y fue como si se transmitiesen algo entre ellos. Rio no estaba seguro de qué, pero era como si hubiera palabras

invisibles, una conversación invisible, flotando en el aire. Birch carraspeó.

—En toda mi vida solo he sabido de otra persona capaz de oír a las ballenas grises. Era un amigo mío mexicano que vivía en las lagunas, hace muchos, muchos años.

—Debe de ser por la orquesta —dijo Rio—. Crecí con ella. Mi madre… mi madre era violinista… es violinista. Qui-qui-quizá sea por eso. Oigo las cosas de forma diferente.

El hecho de haberse criado entre músicos era la explicación más lógica, pero sentía algo más, como unos golpecitos contra las costillas que le indicaban que había algo que no tenía sentido. Y es que, de alguna forma, tenía la certeza de haber nacido para eso, igual que su madre había nacido para la música y Marina para el océano; igualmente, y por alguna razón que aún desconocía, Rio había nacido para oír a las ballenas grises.

Birch entró en su camarote en silencio y volvió al cabo de un momento. Llevaba en la mano una camiseta que al niño le resultó muy familiar: delante tenía el dibujo de una ballena gris y unas letras plateadas cosidas a mano que decían «Excursiones de avistamiento de ballenas El Espía».

—Bienvenido a la tripulación. —Le ofreció la prenda—. Bueno, si quieres unirte a nosotros. Nos vendría bien la ayuda de otro par de ojos… y otro par de oídos.

—Pero… pero solo estaré otras tres semanas, y después volveré a mi casa.

—No importa —replicó Birch—. Alguien con tu talento será inestimable para ayudarnos a contar las ballenas.

—¡Por favor, di que sí, Rio! —le pidió Marina—. ¡Piensa en cuántas ballenas más podremos salvar contigo!

—¿Salvar? ¿Qué quieres decir? —preguntó el niño— . Los humanos ya no las cazan tanto, ¿verdad?

—Eso es cierto —asintió Birch—. Pero, por desgracia, seguimos haciéndoles daño de muchas maneras.

—Una cantidad increíble de plástico acaba en los estómagos de las ballenas y los delfines. —Marina agitó la cabeza, indignada—. En la mayoría de casos porque creen que es comida.

—Y no es solo el plástico —añadió Birch—. Los datos que reúne la web de Happywhale ayuda a los científicos a medir cómo el aumento de las temperaturas también afecta no solo a los hábitos alimenticios de las ballenas grises sino también a los de todas las demás.

Rio había estudiado en el colegio la polución del plástico y el cambio climático. Pero estar sentado en un aula helada en Londres mirando fotos de internet era muy diferente a estar en una barca en el océano Pacífico de verdad. Tragó saliva.

—¿Qué les hace el aumento de las temperaturas?

Marina lo miró fijamente antes de responder.

—Lo que les hace es matarlas.

—¿Matarlas?

—A nosotros los humanos nos da igual: podemos salir del agua siempre que queramos. —Marina elevó un puño al aire—. Pero las ballenas no pueden. Ni las tortugas, ni las focas, ni las morsas, ni los leones marinos, ni los delfines. Ellos no tienen elección.

Birch le posó suavemente una mano en el hombro.

—Como ves, mi hija es muy apasionada con el tema. Y con razón.

—Por eso estudié tanto para mis exámenes de ciencias —dijo ella, orgullosa—. Porque de mayor quiero ser bióloga marina. ¡Quiero ayudar a salvar los océanos! Y hasta entonces hago lo que puedo, contando ballenas de una en una.

—Cuantos más datos reunimos —añadió Birch—, más podemos ayudar a aumentar la conciencia de lo que sucede en los mares. Y la conciencia del problema es el corazón del cambio. —Le extendió la camiseta a Rio—. Nadie puede salvar el mundo por sí solo. Pero juntos puede que tengamos una oportunidad. Alguien como tú puede ayudarnos mucho, Rio.

Marina y su padre lo miraban con tanta esperanza y deseo de que se uniera a ellos, que su corazón le dio un salto como respuesta. Ya no era solo su madre quien le necesitaba; también era todo el océano. Al ponerse la camiseta por encima de la suya amarilla hizo mucho más que eso: se dio a sí mismo una identidad completamente nueva.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

Entrenamiento

Durante los días siguientes, Birch y Marina le enseñaron a Rio todo lo que tenía que saber para ser guía de avistamiento de ballenas; no solo los aspectos prácticos —por ejemplo, que la seguridad de los humanos y las ballenas era lo primero—, sino también las instrucciones para introducir datos en la base de Happywhale.

Ir en el Espía le enseñó más sobre el mar de lo que hubiese podido aprender con un libro. Antes solo había pensado en ello en términos de estadísticas y diagramas básicos: qué océano era el más grande, o el más profundo, o el más frío. Pero ahora no se trataba de un gráfico sino del hogar de millones de animales, algunos de ellos de especies que nunca serían vistas por la mayoría de los seres humanos pero que vivían allí igualmente. Que no los conocieran no quería decir que no fuesen importantes.

Y, como Marina era básicamente una enciclopedia humana no solo sobre las ballenas grises sino sobre toda clase de criaturas del mar, Rio también obtuvo montones de información sobre ellas. Era como ir al colegio del océano.

Algunas de las cosas que iba aprendiendo eran tristes y le hacían sentir un poco mal.

Por ejemplo, que en otros tiempos también hubo ballenas grises en el océano Atlántico, pero con la caza acabaron extinguiéndose. O que las lagunas de México no siempre habían sido lugares tan seguros como hoy: hasta no hacía mucho, los balleneros cerraban las salidas para atrapar a todas las madres y crías que había dentro y después acabar con todas ellas, dejando el agua completamente teñida de espesa sangre roja.

Pero Rio no quería centrarse demasiado en esas cosas. Durante sus pocos minutos con Morro Blanco había establecido una conexión tan profunda con ella que aún sentía un pequeño eco en su corazón. Pensar en que algo o alguien pudiese hacerle daño hacía que se le revolvieran las entrañas. Ahora que la conocía, estaba dispuesto a hacer todo lo necesario por cuidarla.

Por la noche, cuando estaba cansado, insolado y mareado por haberse pasado todo el día en el mar, adquirió la costumbre de sacar el dibujo que había hecho su madre.

—Yo te cuidaré —le prometía—. Te mantendré a salvo.

En realidad no tenía ni idea de cómo hacerlo, pero al menos podía seguirla en la base de datos de Happywhale. Aunque muchos de los avistamientos provenían de viajes en barco especializados, otros tantos los aportaban gente común que observaba desde la costa equipada solo con un par de prismáticos y mucha paciencia. Birch le dijo que hasta tenían un nombre: los llamaban «ciudadanos científicos».

Rio estaba orgulloso de pertenecer a un grupo, de ser parte de algo más grande que él mismo. Aunque no solo era eso: estar en plena naturaleza y observar a las ballenas también le aportaba algunas unas veces un sentimiento de calma; y otras veces, el sabor de la aventura. Y le hacía maravillarse de una forma que solo el océano podía ofrecerle.

Hacía muchísimo tiempo que vivía preocupado, sobre todo por su

madre —resultaba muy difícil no sentir ansiedad por ella—, y por sí mismo y por cómo podía encajar alguien como él en un mundo que tan a menudo resultaba enorme y terrorífico.

Pero a bordo del Espía se había dado cuenta de cuál era su lugar, y, más importante, qué podía hacer por ayudar.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

Tiempos felices

Los siguientes días fueron de los más felices de la vida de Rio. Hasta deseó poder embotellarlos y guardarlos en algún lugar seguro, para poder abrirlos en el futuro y revivir una y otra vez los recuerdos.

Hacían dos excursiones por día, todas llenas de turistas desesperados por echarle un vistazo a una ballena. Pero para él eran más que excursiones: eran la oportunidad de examinar en quién se había convertido. Aunque era solo un niño, por alguna razón se comunicaba con uno de los mayores animales del planeta. Aquello era increíble, inconcebible. Cada vez que oía a una se le ponía la piel de gallina.

Sí, la criatura tenía que estar muy cerca, pero Birch insistía en que gracias al niño habían aumentado mucho la cantidad de avistamientos.

—Lo que haces marca una gran diferencia, hijo —le dijo una tarde.

Rio no estaba seguro de cuándo aquel hombre mayor había empezado a llamarlo «hijo», pero ahora era siempre así. Y, la verdad, a él le parecía perfecto; su verdadero padre nunca le había dicho que estuviera orgulloso de él, y Birch lo hacía en cada uno de los viajes.

A cambio, Rio se sentía hasta un poco más alto.

Cuando no estaba en el cole, Marina lo llevaba a conocer Ocean Bay. No solo los paseos principales repletos de turistas, sino lugares que solo podía conocer alguien que vivía allí. La tapia de un jardín en la que alguien había pintado un mural de una tortuga. La palmera más alta del pueblo, donde hacía mucho ella había grabado sus iniciales con la navaja de su padre. El agujerito al final del muelle por donde

podían verse los peces nadando debajo. Y la heladería secreta, apartada del centro, donde vendían helados de mil sabores diferentes.

La niña no paraba de hablar. Eso a Rio le gustaba: él mismo prefería escuchar. Al contrario que él, Marina no parecía quedarse nunca sin palabras. Le contó que había aprendido a nadar antes que a caminar, que se sentía más cómoda entre criaturas marinas que entre humanos, que la primera palabra que había aprendido era «ballena». Su vida había sido completamente diferente a la de él, muy directa y poco complicada, como la relación que mantenía con su padre. El hecho de estar en compañía de ambos empezaba a hacer que Rio sintiera que los rugosos bordes de su alma empezaban a ablandarse.

De vez en cuando, sentado en el Espía, veía su propio reflejo en el agua. En unas pocas semanas se había vuelto un poco más corpulento, su rostro parecía tener el mismo brillo que el de Marina, y tenía la seguridad en sí mismo que siempre le había faltado en Londres.

Aun así, al irse a la cama siempre tachaba el día en su calendario. Y es que, no importaba cuántas ballenas hubiera visto o lo buena que hubiese sido la jornada en el mar, el dolor que sentía en su pecho nunca desaparecía del todo. Eso era imposible mientras su madre siguiera en el hospital. Imposible, cuando llevaban separados más tiempo que nunca. Se dio cuenta de que echar de menos a alguien era una de las cosas más difíciles de la vida.

Aún le quedaban tres días hasta poder volver a hablar con ella. Mientras tanto, lo segundo mejor era colocarse sobre sus huellas, casi como si fuera a hacerla aparecer mágicamente desde el suelo. Y tenía muchas novedades que contarle.

—¡Adivina, mamá! ¡Han vuelto a ver a Morro Blanco! —exclamó, pero entre susurros—. Han colgado otra foto suya en la base de datos.

Por la mañana, Marina, emocionada, le había mostrado una imagen de la ballena mientras pasaba por Los Ángeles camino de la seguridad de las lagunas de México. No era una foto nueva; quien la había subido había tardado unos días en hacerlo. Pero igualmente era una de las imágenes más bonitas que había visto en su vida.

—¿Lo ves, mamá? —murmuró—. Pronto estará a salvo. Igual que tú pronto estarás bien.

Rio se permitió una sonrisa. No importaba que su madre aún no hubiera contestado a ninguno de sus correos. Dentro de tres días hablaría con ella. Y se lo contaría todo.

CAPÍTULO VEINTICINCO

Fran

HACÍA DEMASIADO VIENTO para salir en la barca, así que Rio estaba en casa con su abuela. La cabeza no dejaba de darle vueltas con lo que diría su madre sobre las fotos que le había enviado. La alegría en su voz. El sonido de su risa mientras le respondía que ver de nuevo a Morro Blanco había despertado algo en su corazón, que había sido…

—Rio —Fran interrumpió su ensoñación—. ¿Me oyes?

La imagen de su madre desapareció, sustituida por la cara de su abuela, que lo miraba por encima de las gafas. Fue como si hubiese estado ascendiendo desde el fondo del mar durante semanas y en ese momento acabara de llegar a la superficie. Parpadeó, confuso.

—Te decía que si quieres contarme más sobre tus salidas a ver ballenas.

Ya desde la primera, Fran se había mostrado entusiasta con las aventuras marítimas de su nieto. Siempre que él volvía a casa lo esperaba con una cena caliente y una docena de preguntas curiosas. Pero observar ballenas era cansado. Y escucharlas, aún más. Le consumía casi todas sus energías. Marina le decía que el océano era así de exigente, que absorbía todo lo demás. Y eso significaba que, ante las preguntas de su abuela, él normalmente se limitaba a bostezar y desaparecer camino de la cama para escribir a su madre.

Ahora, con Pirata en el regazo, Fran le dirigía una mirada abierta, esperanzada, que a él le recordó la de los turistas del Espía cuando estaban a punto de embarcar.

Una especie de sentimiento de vergüenza le recorrió todo el cuerpo.

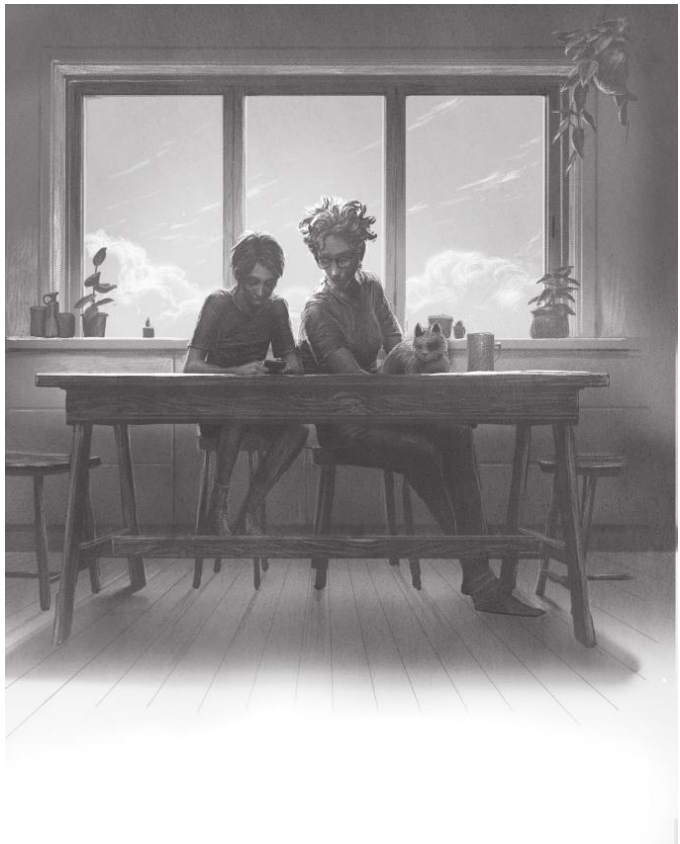
Su abuela lo había estado cuidando, alimentando, lavándole la ropa; hasta le había comprado un móvil nuevo para sustituir el que se le había caído al mar. ¿Y qué le estaba ofreciendo él a cambio? No le había contado casi nada aparte de que lo habían invitado a ser miembro de la tripulación.

Birch siempre decía que el océano establece una relación mutua: si esperamos que nos cuide —que nos alimente, que nos dé cobijo, que nos mantenga a salvo— nosotros también tenemos que cuidarlo a él.

Rio abrió el móvil y fue pasando fotos hasta encontrar la que buscaba, y lo deslizó por la mesa. Su abuela lo cogió y después volvió a dejarlo.

—¿Es… Morro Blanco?

Rio asintió. No esperaba que Fran supiera de la ballena, y menos aún que la reconociera. Sintió que algo en su corazón se ablandaba al ver que ella se quitaba las gafas y se frotaba los ojos antes de volver a coger el teléfono. —¿Cómo hago zoom? Rio se levantó para ir a su lado y se lo mostró. —Mira, esas son las cicatrices que le han dejado los parásitos en el morro. Así es como la identificamos. —Es ella de verdad… —A Fran le tembló la voz—. Ay, cuánto quería tu madre a esa ballena, qué feliz que la hacía… «Y ahora no solo va a hacerla feliz sino que también va a hacer que se ponga mejor», pensó Rio. Se sentó junto a ella y le mostró el resto de las fotos; no solo las de Morro Blanco sino también las de las otras ballenas que había visto desde su llegada a California. Abuela y nieto estuvieron un buen rato sentados codo con codo, pasando las imágenes. —Piensa que, para cuando vuelvas a Londres, Morro Blanco estará en una de las lagunas —dijo Fran—. Y, si hay suerte, tendrá una cría. Rio se irguió en la silla de repente al oír esas palabras.



¡En poco más de una semana regresaría a casa! ¿Cómo podía haber pasado tan rápido el tiempo? Llevaba tanto esperando el momento… y ahora que casi había llegado no sabía qué pensar. Por supuesto, seguía deseándolo, pero al ver de nuevo la foto de Morro Blanco sintió que algo le apretaba en las entrañas, algo con pinchos y duro y doloroso.

—Si Morro Blanco tiene una cría —siguió Fran— las observarán al pasar por Ocean Bay de regreso al norte. A tu madre le encantaba ver a las pequeñas.

—¿Por qué se fue? —preguntó él de repente.

—Bueno, ninguna de las ballenas se queda mucho tiempo en las lagunas…

—No —la interrumpió él—. Mamá. ¿Por qué se fue de Ocean Bay si esto le gustaba tanto?

Fran pareció sorprenderse. Acarició a Pirata entre las orejas antes de responder.

—Porque ganó la beca para estudiar música —dijo por fin—. Fue la decisión más difícil de su vida: quedarse o irse y seguir con su otra

pasión. Al final ganó lo segundo.

—¿Y si se hubiese quedado? —dijo él con un hilo de voz—. ¿Y si hubiese seguido en el lugar donde era feliz?

Fran inspiró profundamente.

—¿Quieres decir que si todo hubiese sido diferente?

Rio miró un buen rato a la mesa antes de asentir. Oyó cómo su abuela acariciaba la cabeza de Pirata con movimientos casi rítmicos hasta que se atrevió a levantar la vista de nuevo.

Fran tenía una expresión como él nunca le había visto, pero a pesar de eso la reconoció al instante: hacía meses que la veía en el espejo. Algo crudo, desnudo, temeroso.

Se había quitado las gafas y se frotaba los ojos con gesto cansado.

—La verdad, Rio, es que nadie puede saber qué hubiera pasado —respondió lentamente—. Pero hay una cosa segura: pelearme con ella porque eligió no volver fue el mayor error de mi vida.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

Malas noticias

EL DOMINGO POR LA NOCHE, mientras esperaba a que sonara el teléfono, Rio tenía los nervios en el estómago. Su madre aún no había contestado a ninguno de los correos, pero es no importaba. Ahora le hablaría de las ballenas, lenta y claramente, y le contaría todo lo que había pasado durante las últimas semanas, empezando por su capacidad para oírlas y la invitación a formar parte de la tripulación del Espía.

Por vez primera desde su llegada a Ocean Bay, no se sentía tan lejos de ella. Hasta tarareó una canción mientras esperaba.

El teléfono cobró vida y el corazón le dio un salto. Oyó contestar a Fran, y entonces… entonces…

¿Por qué estaba tardando tanto?

En vez de pasarle el aparato, su abuela se fue a la otra punta de la cocina, apretándose el auricular contra la oreja.

—¿Qué? Ah, entiendo. Bueno… —Bajó la voz—. ¿Cuánto tiempo? —Rio nunca la había oído usar ese tono, el de una persona que espera oír malas noticias. Eso hizo que le palpitara el estómago y se le cerró la garganta—. Ajá.

Fran lo miró un segundo de reojo, salió al pasillo y cerró silenciosamente la puerta de la cocina. A través del cristal él podía ver su silueta, tan diferente a la de su madre, que era mucho más pequeña, pero a la que ya se había acostumbrado y ahora le resultaba de lo más familiar. Rio se acercó más a la puerta, pero por mucho que lo intentó

no oyó más que unos susurros indescifrables.

Al cabo de un momento, Fran volvió y se sentó a la mesa. Empezó a darle vueltas y vueltas a su anillo de boda antes de levantar por fin la vista.

—Era el doctor. —Y se detuvo de nuevo, como si buscara las palabras más adecuadas—. Por desgracia, hoy tu madre no va a llamarte.

—¿Que no va a llamarme hoy? —El niño tragó saliva—. ¿Quieres decir que entonces va a llamarme mañana y podré hablar con ella?

Fran negó con la cabeza.

—La cuestión es que… el médico que está tratando a tu madre en la clínica dice que se ha puesto un poquito peor… y que quizá tenga que quedarse unas semanas más.

¿Unas semanas más? Rio miró a su abuela, sin acabar de asumir la información. ¿Se había puesto peor?

—¡Pero… pero se suponía que iba a ponerse mejor, no peor! —exclamó—. ¡Y las fotos! ¡Le he enviado las fotos!

—¿Qué fotos? —preguntó Fran.

—¡Fotos de Morro Blanco! —respondió él, furioso, dándose cuenta de que estaba gritando pero incapaz de evitarlo—. ¡Le he mandado cada noche fotos de Morro Blanco y las ballenas!

—¿Ah, sí? —Su abuela parecía confusa—. ¿Por qué?

El corazón de Rio se puso a golpearle y rasgarle y desgarrarle el pecho. Quería emprenderla a puñetazos contra la mesa, contra sí mismo, contra el mundo.

—¡Porque las ballenas la hacían feliz! —clamó, desesperado—. ¡Tú misma lo dijiste! ¡Dijiste que eran lo más mágico que había visto en su vida, que hacían que su corazón sonriera, y pensé que…!

—Oh, Rio —replicó Fran, bajando la voz—. Oh, querido…

—¡Y ahora voy a tener que quedarme aquí! —gritó; no podía soportar la pena en el rostro de ella—. ¡Tengo que quedarme mientras mamá está allí, y no puedo… no puedo hacer nada por ayudarla!

Su abuela se inclinó y lo agarró por los hombros. Se le acercó tanto que él olió la menta en su aliento.

—Escúchame, Rio. No puedes hacer nada que vaya a curar a tu madre, ¿entiendes? Y no es porque no la quieras. Yo sé que la quieres. —Hizo una pausa—. Pero, nunca, nunca, ha sido responsabilidad tuya que ella se ponga mejor.

—¡A ti te es fácil decir eso! —rugió Rio, zafándose de ella y aún incapaz de controlarse—. ¡Tú estás al otro lado del mundo! ¡Nunca has cuidado de ella como yo!

Su abuela abrió la boca para contestar, pero no le salió nada. En las mejillas le aparecieron dos manchas rojas que parecían ir creciendo. Pero él no podía parar.

—¡Ni siquiera sabes cómo es! —exclamó—. ¡Yo soy el que ha estado con ella todo el tiempo! ¡Yo soy el que le hace el té en mitad de la noche cuando no puede dormir! ¡El que le compra galletas de jengibre cuando no quiere comer nada más! ¡El que la coge de la mano cuando se echa a llorar! ¡Soy yo, no tú! —Y gritó aún más alto—: ¡Tú nunca le has hecho nada de eso!

Su abuela hizo un ruidito de dolor, como el de un animal herido. Y entonces Rio salió corriendo y subió las escaleras hasta su habitación, entró, cerró la puerta de un golpe y se tiró en la cama.

CAPÍTULO VEINTISIETE

Desaparecida

A LA MAÑANA SIGUIENTE Rio se levantó temprano, con la esperanza de salir de casa antes de que Fran se despertara.

No hubo suerte.

Se la encontró sentada a la mesa de la cocina; de no ser porque se había cambiado la ropa parecería que hubiese pasado allí toda la noche. Estaba encogida sobre una taza de café, mientras Pirata le acariciaba suavemente el hombro en busca de su atención. Rio se preguntó si debía disculparse. Eso sería lo correcto. Pero, por alguna razón, se sintió incapaz de hacerlo. El dolor y la furia que sentía en el estómago eran tan fuertes que impedían que le saliera ninguna palabra de la boca.

Se limitó a pasar en silencio y esperar que ella no se diera cuenta de que estaba allí.

—Rio, sobre lo de anoche…

—No quiero hablar de eso —murmuró él sin ni mirarla, y salió mientras Pirata soltaba un maullido de pena.

Fuera, el clima encajaba a la perfección con los ánimos de Rio: el cielo estaba pesado y gris, y no podía distinguirse dónde acababa el mar y dónde empezaban las nubes; todo era una masa gris que se movía arriba y abajo como a golpes de furia.

Era la primera vez que veía al océano enfadado.

«Qué apropiado», pensó mientras echaba a caminar por la playa. Su

madre no estaba mejorando; al contrario, estaba peor. Y esta vez ni sabía cuándo iba a volver a casa. No era que él estuviese mal allí. Le encantaba el océano, le encantaban las ballenas, le encantaba formar parte de la tripulación del Espía. Pero todo eso sería aún mucho mejor si su madre estuviera con él.

Una ola lo roció con una lluvia de agua salada que hizo que le picaran los ojos. Se los frotó mientras seguía andando. Cuando se detuvo, se dio cuenta de que había llegado al muelle. Parecía que el Espía y todo lo que representaba lo atraían como un imán. No era solo una barca, era una forma de escapar; un lugar donde, si cerraba los ojos, podía imaginarse que todo iba bien en el mundo.

El viento azotaba las barcas, de forma que los mástiles se agitaban y resonaban. Había pocos pescadores y aún menos turistas.

Y ahí estaba el Espía, balanceándose pero firme, tranquilizador. Rio recorrió entre apresurado y corriendo el trayecto que le quedaba hasta la barca. Al detenerse vio que había una luz amarillenta en el camarote.

—¡Holaaa! —llamó, pero el viento se le llevaba la voz—. ¡HOLA!

Le fue imposible hacerse oír, así que saltó a bordo. Sintió el frío de la cubierta bajo sus pies desnudos. Aunque había estado ya muchas veces allí durante las últimas dos semanas, aún se emocionaba un poco cada vez que subía.

—¿Marina? —llamó, y esta vez la puerta de la cabina se abrió y ella asomó la cabeza, con su melena rubia al viento.

—¡Rio! Justo ahora me iba al cole —dijo, pero abrió los ojos como platos al ver la expresión de él—. Pasa, pasa.

Él entró. A pesar del viento, el ambiente dentro era cálido y acogedor. Se sentó en el banco de la mesa.

—¿Y Birch? —preguntó.

—Ha ido a por víveres. Cuando hace mal tiempo, aprovechamos para hacer compras y reparaciones.

Marina fue hasta la cocina y llenó un cazo con leche para preparar chocolate caliente. Los ruidos resultaban confortables, invitadores. Cuando acabó, fue a sentarse frente a Rio y le pasó la bebida caliente.

—Ya sabes que, si alguna vez quieres hablar, yo sé escuchar —le dijo en tono de confianza—. Te prometo por el océano que no le contaré nada a nadie, ni siquiera a mi padre.

Rio rodeó la taza con las manos. Hacía mucho que no hablaba de su madre. Incluso si se le ocurría por dónde empezar, las palabras estaban tan enterradas en su interior que se habían enredado unas con otras y ahora eran incapaces de salir.

¿Podía confiar en Marina, confiar de verdad?

¿Le había decepcionado alguna vez? Nunca, desde su primer encuentro, cuando ella encontró el dibujo de Morro Blanco y se lo

devolvió. Incluso le creyó sin dudarlo cuando él le dijo que podía oír a las ballenas.

Rio se quedó inmóvil un momento. El corazón le latía como a martillazos y sentía las palmas de las manos pegajosas. Tomó aire lentamente y, cuando iba a hablar, se oyó un fuerte estruendo fuera.

—Mejor que vaya a ver —dijo Marina—. Con el viento puede que se haya caído algo.

Rio se quedó solo en la cabina, y de repente las palabras que iba a decir se esfumaron. A los pocos minutos la niña volvió, seguida de una bocanada de aire frío, y se sentó de nuevo.

—¿Dónde estábamos?

—Íbamos a actualizar la base de datos.

—¿Ah, sí? —preguntó ella, pero entonces vio la expresión decidida de Rio—. Sí, claro.

Sacó el portátil del cubículo y abrió el web Happywhale. Rio suspiró, agradecido porque su amiga no había insistido.

—Tenemos que cargar los avistamientos del otro día.

Desde que era miembro de la tripulación, Rio había adquirido más experiencia a la hora de distinguir las diferentes especies de ballenas. Aunque el objetivo principal era contar las grises, tomaban nota de todas. La ballena jorobada era fácil de distinguir, con su barriga blanca y su costumbre de dar «palmadas» en el agua con la aleta dorsal. Pero otras, como la ballena de aleta o la Minke, eran casi idénticas, y la única forma de diferenciarlas era fijarse en la forma de la aleta caudal.

—Recuerda —dijo Marina—, esta es la columna donde indicamos los avistamientos de las ballenas individuales que conocemos más. ¿Viste los trozos de la cola que le faltaban a aquella jorobada? Casi parecían siluetas de dedos. Seguro que por las aspas de la hélice de algún barco. —Frunció el ceño, disgustada. Rio hizo un gesto de dolor.

—¿Eso pasa mucho?

La niña asintió.

—Más de lo que cree la gente. Por eso papá nunca va demasiado rápido y tiene cuidado de no acercarse a ninguna ballena. Por suerte, esta no sufrió grandes daños y, desde nuestro punto de vista, nos hace más fácil seguirla.

Hizo clic en la pestaña que mostraba todos los avistamientos conocidos de las ballenas grises reconocibles. Subió las fotos e iba a cerrar el portátil cuando Rio la detuvo.

—¿Miramos dónde está ahora Morro Blanco? —propuso. Marina sonrió.

—¡Buena idea!

Con su madre más perdida que nunca, al menos Rio podía seguir a la ballena que ella tanto había querido. No era lo mismo, pero al menos era algo.

—El último avistamiento fue en Los Ángeles; es el punto azul. Pero de eso hace ya unos días —dijo Marina—. Normalmente, el siguiente lugar donde se la ve es San Diego; a menudo recibimos confirmaciones cuando pasan por allí. —Hizo clic en otra pestaña, pero entonces se quedó inmóvil.

—¿Qué pasa?

—En San Diego no dice nada de ella.

—Quizá sea que no la vieron.

—Sí, eso debe de ser. —Le dio a unas cuantas teclas—. Busquemos en Ensenada, poco más allá de la frontera con México.

Rio contuvo el aliento mientras su amiga examinaba los datos.

—No —dijo por fin—. Aquí tampoco hay nada.

—Debe de haber pasado sin que la vieran —replicó Rio, aunque algo frío y pegajoso le bajaba por la espalda como hielo derritiéndose.

—Puede ser. —Pero Marina no sonó muy convencida.

—Tú misma dijiste que no se pueden contar todas las ballenas —insistió él—. Lo único que pasa es que nadie la ha visto.

—Eso es cierto, pero… las ballenas como Morro Blanco siempre son mucho más fáciles de reconocer, sobre todo porque en esa zona hay muchos observadores. —Se mordió el labio—. No es normal que no haya sido vista desde Los Ángeles.

—¿Puedes mirar en las lagunas? —se apresuró a preguntar él—. Igual ya ha llegado.

Marina asintió, aunque sin convicción. Las lagunas eran básicamente enormes espacios de aguas cerradas y poco profundas, así que en ellas resultaba mucho más fácil comprobar las ballenas que había.

Volvió a negar con la cabeza.

—No, no está. Y es demasiado pronto. No ha tenido tiempo de llegar.

—¿Y dónde está? —exclamó Rio—. ¡No puede haber desaparecido!

Al principio no pareció que Marina fuera a contestar. Se frotó los ojos, cansada.

El viento hacía traquetear la barca.

—Rio, a veces… —Se volvió para mirarlo a la cara y respiró hondo— …a veces las ballenas no llegan.

—¿Q-q-qué quieres decir? —El niño tragó saliva. Sentía algo grande y espeso en el estómago—. ¿Cómo que «no llegan»?

—A veces pasan cosas malas —respondió ella, bajando la voz.

—¿Qué clase de cosas?

—Como esa jorobada y la forma en que se hizo daño en la cola. A veces… a veces es peor.

—¿Cuánto peor?

—Choques con barcos. —Suspiró—. Redes de pesca perdidas o descartadas y que siguen flotando; las llamamos «redes fantasma».

Plásticos, pruebas nucleares, perforaciones submarinas en busca de petróleo. Polución sonora.

Rio venía de la gran ciudad; estaba más que acostumbrado al ruido. Pero ¿en el mar? ¿Es que acaso bajo el agua no era el lugar más silencioso del planeta?

—Muchos barcos hacen los mismos sonidos que las ballenas, y eso interfiere en su sentido de la dirección. Por eso muchas acaban varadas en las orillas.

—¿Como la del museo? —Rio volvió a tragar saliva.

—Esa pudo ser la razón. Nadie lo sabe seguro.

—¿Y Morro Blanco?

—Puede haberse desviado… quizás algo la haya confundido, o… —A Marina le temblaba la voz; Rio nunca la había oído así—. Pero si alguien no la ve pronto, entonces…

Cerró el portátil y se hizo un pesado silencio en la cabina. No era ese silencio agradable de cuando estaban tumbados en cubierta, sino ese otro que está repleto de cosas ominosas.

—¿Morro Blanco?

Algo tiró con tanta fuerza de las entrañas de Rio que hizo que sintiera ganas de llorar. «Esto no. Ahora no». Necesitaba que Marina le dijera que había habido un error y que Morro Blanco pronto aparecería. Pero su amiga no hizo eso, sino que le posó una mano en el brazo. Y a él el dolor le volvió como un tsunami, apretándole aún más fuerte el pecho.

—T-t-tengo que irme —murmuró, levantándose del banco y yendo a pasos trémulos hacia la puerta.

Fuera, el cielo proyectaba una enorme sombra sobre el agua. El viento le golpeó en la cara. Todo se movía arriba y abajo, y apenas veía dónde acababa la barca y comenzaba la tierra firme. Tropezó con una amarra enrollada. Saltó con las piernas temblorosas. Justo entonces empezó a llover, no suavemente sino con afiladas dagas de hielo.

—¡RIO! —Marina también saltó y corrió tras él. La lluvia le aplastaba el pelo contra la cara—. ¿Qué te pasa?

Él pensó en su madre. En su colección de guijarros con forma de corazón, en su pelo cobrizo y en la forma en que le brillaban los ojos cuando tocaba el violín.

—Seguro que está bien —dijo Marina, y Rio tardó un momento en darse cuenta de que se refería a Morro Blanco, no a su madre.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

Susurros en el viento

DURANTE LOS DÍAS SIGUIENTES, Rio no paró de consultar la base de datos de Happywhale en busca de cualquier avistamiento de Morro Blanco. Le pidió a Marina que contactara con otros observadores más adelante en la ruta de las ballenas, por si alguien la había visto y había olvidado colgar las fotos.

No hubo suerte.

Sabía que su amiga estaba preocupada aunque intentaba ocultárselo. No es que ella le hubiese dicho nada, pero no era necesario; Rio podía oír su preocupación: el tamborileo nervioso de los dedos en la mesa, cómo rechinaba los dientes mientras miraba la pantalla del ordenador, y cómo contestaba malhumorada a todos, incluido su padre.

—¿No podríamos ir a buscarla? —les preguntó una tarde a los dos—. Si creemos que ha desaparecido…

Birch negó con la cabeza.

—Aún no sabemos seguro que tenga problemas. Es mucho más probable que simplemente se haya perdido, y en ese caso acabará encontrando el camino por sí misma.

—Pero ¿y si de verdad tiene problemas? —insistió Rio, ansioso—. ¿Y si está por ahí sola y nos necesita?

—No es raro que las ballenas grises lleguen tarde a las lagunas. —Marina se mordió el labio—. Seguro que pronto estará allí.

El problema era que Rio estaba harto de esperar. Desde las últimas noticias sobre su madre, todos los viejos sentimientos habían vuelto, y

esta vez ni siquiera el mar podía llevárselos. La presión en su pecho, el tamborileo de su corazón, el miedo constante a que ella fuera a empeorar. ¿Y qué sucedería entonces? A pesar de que Fran le había asegurado que él no era responsable de hacer que su madre se sintiera mejor, la culpa seguía apretándole el estómago como una garra.

Nada de lo que había hecho había servido.

No solo había desaparecido su madre sino también la ballena a la que ella tanto quería.

Aquella noche, Rio se despertó de repente. Al principio pensó que había soñado los golpes que oía, pero, aún grogui, se dio cuenta de que venían de fuera: era el viento que soplaba desde el océano y golpeaba contra los cristales, como si buscara refugio en la casa.

Apartó la manta y fue descalzo hasta la ventana. Pegó la cara al cristal y suspiró. ¿Y si Morro Blanco tenía problemas? Por mucho que en aquella parte del mundo no hubiera cazadores de ballenas, desde que estaba en Ocean Bay había aprendido los muchos otros obstáculos a los que tenían que enfrentarse los cetáceos.

Y si de verdad tenía problemas, ¿qué podía hacer él?

Sí, tenía una camiseta que decía que era oficialmente parte de la tripulación del Espía, pero ¿qué significaba eso en realidad? Se dedicaban a contar ballenas, eso era todo. No eran superhéroes que salieran en peligrosas misiones de rescate cada vez que una de ellas no aparecía.

Aunque esta no era una ballena más.

Era Morro Blanco.

—Mamá —murmuró—, ¿qué hago?

Se colocó sobre las huellas de su madre y cerró los ojos, intentando con todas sus fuerzas imaginarse qué le diría ella. Pero no le sirvió: la casa era muy reservada y guardaba bien sus secretos; lo que quedara en ella de su madre estaba muy bien atrapado, fuera de su alcance. Bajó la cabeza y vio las marcas del suelo como lo que eran: unas huellas de pies viejas y desgastadas, solo eso.

De repente, toda la furia que Rio había estado acumulando salió a la superficie.

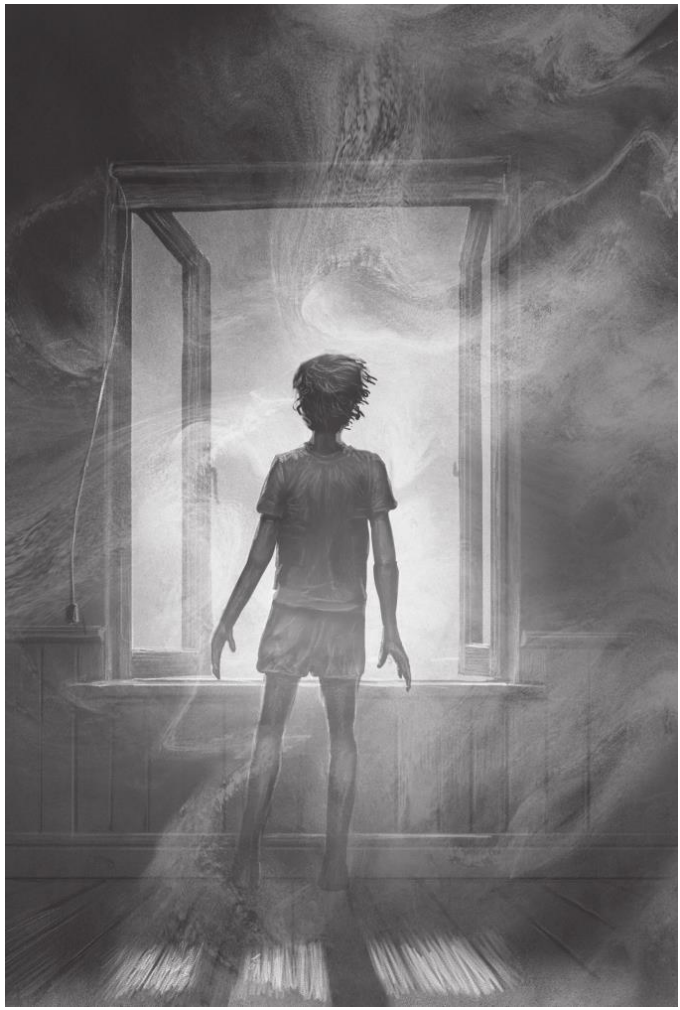
¡Ni siquiera podía hablar con ella porque estaba encerrada en aquel lugar! Solo tenía un cuaderno lleno de dibujos de ballenas, nada más. El corazón le latía traicionero, y todos los pensamientos que normalmente se guardaba bien dentro empezaron a salir en espirales. ¿Por qué no podía ser ella como las demás madres? ¿Por qué no podía ser simplemente normal? Si lo fuera, a él nunca habrían acabado enviándolo allí.

De repente se abrió la ventana. Rio no sabía si no la había cerrado bien o fue por el viento que llegaba del mar, rugiendo en su rostro y

llevándole mensajes de muy lejos. No era el viento habitual que oía casi todas las noches, sino algo diferente. Hubiera jurado que, envuelto en él y susurrándole al oído, oyó la voz de su madre rogándole que la salvara.

Tomó aire. Era su imaginación, nada más. El viento no habla. Cerró la ventana de golpe, bajó la cortina y volvió a meterse en la cama.

Pero era demasiado tarde. El viento siguió golpeando contra la casa, agitando y haciendo sonar las persianas y gritar a las ventanas mientras seguía colándose por los resquicios. Bajo la manta, Rio casi podía sentir cómo todo temblaba, cómo se movían hasta los cimientos.



Se dio la vuelta y se puso de lado, y de repente se encontró mirando

de frente al ojo de Morro Blanco. Y el ojo de la ballena no solo lo observaba a él: le estaba rogando.

Fuese porque era plena noche y Rio estaba cansado, o porque el viento era tan fuerte que parecía atravesar las paredes, o porque de verdad era su madre la que intentaba decirle algo, todo pareció fundirse en una misma cosa: Morro Blanco le estaba hablando.

Y le decía que no era demasiado tarde.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

El plan

—¿Que quieres hacer qué?

Aunque estaban en la punta del muelle y no se veía a nadie, Rio cogió a Marina del brazo y la hizo acercarse más.

—Quiero ir a buscar a Morro Blanco —repitió—. Pero necesito tu ayuda.

La niña entornó los ojos y lo miró tan fijamente que él casi quiso retirar sus palabras… pero entonces recordó la sensación de estar en el agua con la ballena, y cómo esta le había ayudado a volver a la seguridad de la barca. Se irguió cuanto pudo.

—¿Y cómo crees que vamos a encontrarla?

—Cuando estábamos con la base de datos, dijiste que nadie la había visto desde que pasó por Los Ángeles.

—Sí, ¿y?

—Eso significa que ya tenemos la zona por la que buscar: desde Los Ángeles hasta las lagunas.

Marina lo miró a los ojos, y de repente se echó a reír a carcajadas. No era exactamente la reacción que él esperaba.

—¿Has pensado en lo que estás diciendo? ¿Te das cuenta de lo ENORME que es esa zona? ¡Son casi mil quinientos kilómetros! ¡Y ya oíste a mi padre: podría estar en cualquier parte!

—Estoy de acuerdo en que es un área muy grande —replicó Rio, que

no estaba dispuesto a dejar que lo desanimaran—. Pero eso no significa que no debamos intentarlo.

—Ni siquiera sabemos con seguridad que Morro Blanco esté en peligro —razonó ella—. Incluso si se ha perdido, lo más probable es que vuelva a encontrar el camino. Papá dice que es mejor dejar que la naturaleza se las arregle por sí misma y no interferir.

—Pero ¿qué pasa si de verdad está en peligro? —insistió Rio—. ¿Y si está herida o ha chocado con un barco?

—Quiero ayudar, de verdad. —Marina se revolvió el pelo, exasperada—. ¡Pero no sabes lo peligroso que es el océano cuando estás mar adentro! ¡No se parece en nada a las excursiones que hacemos!

—¡Lo que no podemos es no hacer nada! —exclamó él—. ¡No todo son bases de datos y rellenar listados! ¡Esto es la vida real!

—¿Qué quieres decir?

—Que a veces la vida real no va como nos gustaría, pero eso no significa que tengamos que rendirnos, sino que tenemos que intentarlo con más fuerzas aún.

No sabía de dónde le habían salido esas palabras; le sorprendieron incluso a él mismo. Abrió la boca para desdecirse, pero decidió no hacerlo.

Marina entornó los ojos.

—¿Y qué hay de mi padre?

—Lo he pensado, y… —tragó saliva—… a él tampoco se lo diremos.

—¿Cómo vamos a salvar a Morro Blanco sin la ayuda de mi padre? —Y entonces suspiró sonoramente—. ¿Quieres decir… quieres que robemos la barca?

—No, robarla no —contestó Rio—. Tomarla prestada. Tú sabes pilotarla, ¿no?

—¡Vivo en la barca desde que tenía cuatro años! —exclamó ella, indignada—. Papá dice que sería mejor capitana que la mayoría de la gente de su edad.

—¿Lo ves? Problema solucionado.

—¡Es demasiado peligroso!

—Yo soy el único que puede oír a las ballenas grises —dijo él, mirándola a los ojos—. Tu padre dijo que tengo oído de mar. ¿Y si nadie más puede ayudar a Morro Blanco, escucharla si tiene problemas?

Marina apretó los labios. A Rio le recordó a su abuela cuando estaba perdida en sus pensamientos.

—Ya sé… ya sé que significa mucho para ti. Para mí también. Pero buscar a una ballena perdida podría llevarnos semanas.

La niña miró su reloj. Rio se dio cuenta de que tenía la intención de irse, y sin ella sí que le sería imposible del todo encontrar a Morro

Blanco. No podía permitírselo.

—N-n-no es solo que signifique mucho para mí —soltó de repente.

—¿Qué quieres decir?

—Una vez me dijiste que… que podía contártelo todo. —Tragó saliva, nervioso—. Hay una razón por la que necesito encontrarla, una muy buena razón.

—¡Pues tendría que ser la mejor razón de todos los tiempos!

Rio respiró hondo para darse ánimo. Y es que, si quería que Marina le ayudara, iba a tener que ser absolutamente sincero con ella.

—Es por… es por mi madre.

La niña no dijo nada, pero, por su forma de mirarlo, Rio vio que estaba escuchando atentamente.

—Sigue —le dijo ella por fin, bajando la voz.

Rio hizo una pausa. El corazón era como un martillo en su pecho y le sudaban las palmas de las manos.

—Últimamente no está… no está muy bien.

Rio esperó que se produjera un silencio incómodo o una mirada de lástima. Pero, en vez de eso, Marina rebuscó en sus bolsillos y sacó un pañuelito de papel, que le puso en la mano. Solo entonces él mismo se dio cuenta de que estaba llorando. No con grandes y feos lagrimones, sino con esas silenciosas lágrimas que bajan en secreto por las mejillas.

—¿Puedo confiar en ti? —preguntó él tras sonarse la nariz—. Quiero decir, confiar en ti de verdad.

—Te lo prometo por el océano.

Rio llevaba tanto tiempo guardándose bien dentro la historia de su madre que le causaba dolor. Tampoco se la había contado nunca a nadie, y no tenía ni idea de qué decir.

—Empieza lentamente y desde el principio —dijo Marina, como si le hubiese leído los pensamientos.

Rio respiró hondo y soltó el aire poco a poco.

A trompicones, le contó la ocasión en que su madre no pudo ir al concierto de Navidad del colegio porque tuvo un ataque de pánico en el último momento; las veces en que Rio regresaba a casa, no había nada en la nevera y ella estaba acurrucada en la cama, bajo la manta; incluso le contó lo que pasó aquel día en que fueron a la costa y ella se echó a llorar en la playa, delante de todo el mundo. Y muchas otras cosas que nunca, nunca, le había contado a nadie, cosas que llevaba mucho tiempo escondiendo en su interior.

Era como cavar un agujero e ir retirando roca tras roca hasta llegar a algo oscuro y sombrío. Un lugar al que Rio casi nunca quería acceder, por miedo a ahogarse en él. Y, sin embargo, a medida que las palabras abandonaban sus labios y salían a la luz, sentía como si le quitaran un gran peso del pecho.

Mientras hablaba no era capaz de mirar a Marina. Le era más fácil

fijar la vista en algún punto lejano del borroso horizonte azul. Pero finalmente no pudo evitar dedicarle una ojeada furtiva.

—Oh, Rio —murmuró ella, y entonces lo rodeó con sus brazos. A él hacía mucho que nadie lo abrazaba así, y se sobresaltó. La niña olía a agua salada, a aventura y, sobre todo, a amistad.

—Por favor —le rogó, y la voz le salió de algún lugar muy profundo de su interior—. Tengo que encontrarla.

Marina se quedó pensando un buen rato, y por fin asintió.

—Voy a ayudarte.

CAPÍTULO TREINTA

Huida

El plan era sencillo. Los viernes por la noche Birch jugaba al billar con unos amigos. En cuanto saliera de la barca, Marina llamaría a Rio y se pondrían en marcha. No iban a tener mucho tiempo, pero con suerte sería suficiente.

Ella le indicó la clase de ropa que tenía que llevar; le ayudaría a elegir de entre la que él tenía.

En la barca ya había provisiones, incluidos mapas, compases, agua, comida deshidratada y montones de otras cosas de las que Rio ni había oído hablar, pero que le hicieron darse cuenta de lo poco equipado que estaba para el viaje.

—¿Qué es lo que tienes? —le preguntó Marina.

El niño revolvió en su maleta y sacó varias camisetas y shorts. Ella frunció el ceño.

—Para la barca vas a necesitar prendas de manga larga. Mar adentro puede llegar a hacer bastante frío, sobre todo si estamos un par de días. ¿Tienes crema solar? Genial. ¿Impermeable? ¿No? Bueno, yo tengo un par, puedo dejarte uno. —Entornó los ojos y lo miró de arriba abajo—. Más o menos somos de la misma talla. —Pieza a pieza, fue apartándolas a un lado—. Y de comida, ¿tienes algo?

—Solo esto —le mostró Rio.

—¿Galletas de jengibre?

El paquete estaba sin abrir, pero aun así su olor era tan potente y le recordó tanto a su madre que casi fue como si la tuviese a su lado.

—Son las preferidas de mi madre.

—Bueno —replicó ella—, entonces está claro que las necesitamos.

Marina le había dejado su mochila, y él las colocó cuidadosamente encima de todo lo demás. Iba a cerrar las correas cuando vio el dibujo de Morro Blanco. Lo cogió. Mientras el océano parecía rugir en señal de aprobación, lo dobló y se lo guardó en un bolsillo.

—Nos lo llevaremos también.

Aquella noche, más tarde, la casa estaba en silencio total y solo se oían las inspiraciones y expiraciones del mar. Rio estaba en su habitación, comprobando el móvil cada pocos minutos. Aún nada… hasta que finalmente apareció un mensaje.

¡La costa está despejada!

Retiró la manta, respiró hondo y se deseó suerte a sí mismo. Habían dejado la mochila cerca de la puerta trasera, oculta por la sombra de la casa. La idea era salir por la ventana para evitar pasar por el salón, donde Fran estaba viendo el noticiario.

No le había contado su plan de tomar prestada la barca e ir a salvar a Morro Blanco. Solo hubiese servido para que ella le dijera que era una pérdida de tiempo y, sin duda, intentara impedírselo. Pero eso no era cierto: Rio sí que podía hacer algo.

En cuanto abrió la ventana, el aire marino entró a grandes bocanadas. Pero tener un plan para salvar a una ballena era una cosa, y llevarlo a la práctica era otra muy diferente. Sintiendo a su espalda la calidez de la habitación, se echó a temblar. ¿Quién se creía él que era?

Entonces pensó en Morro Blanco. Rio podía salvarla. Tenía que hacerlo. Se subió al marco de la ventana y caminó con cuidado hasta el final del saliente. Solo tenía que alcanzar el siguiente y podría bajar por la cañería del desagüe.

Adelantó un pie. Solo aire. Nada más. Hasta que… por fin su dedo gordo tocó el otro saliente.

—¡Lo conseguí!

Se deslizó, o más bien se dejó caer, por la cañería, aunque se hizo un rasguño en la rodilla con la madera de la pared y se dio un golpe en un codo. Al tocar la arena del suelo soltó un bufido de alivio.

La mochila no pesaba mucho, pero correr por la orilla a oscuras le resultó más difícil de lo que parecía. A cada momento llegaban olas que lo empapaban, o tropezaba con la arena suelta, torciéndose el tobillo un par de veces.

Al cabo de unos diez minutos tuvo que detenerse. El pecho le daba saltos y tenía los pulmones a punto de explotar. Volvió a ponerse en marcha pero más lentamente, y se dirigió hacia las luces bamboleantes

de los mástiles. Los crujidos de los palos y los golpes de las olas eran los únicos sonidos en la negrura de la noche.

Fue hacia el Espía, cuando notó una silueta oscura a apenas unos tres metros.

—Marina —susurró.

Ella miró a su alrededor, sobresaltada, hasta ver a Rio, y corrió hacia él.

—Has venido —le dijo en voz baja—. No estaba segura de que lo consiguieras.

Él mismo apenas podía creérselo… pero allí estaba, y listo para salir. Miró la bolsa de papel que llevaba ella en una mano.

—He ido a comprar más comida —le explicó la niña—. ¿Vamos?

Con cuidado, ambos se abrieron camino hasta donde el Espía estaba atracado a la luz del faro. La bandera con el arcoíris ondeaba ligeramente a la brisa.

Marina subió de un salto. Rio le pasó la mochila e hizo lo propio.

—Lo conseguimos —susurró ella. Los ojos le brillaban en la oscuridad.

—¿Habéis conseguido qué?

Una luz tintineó y ahí estaba Birch, en la cubierta, mirándolos.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

Atrapados

—Marina —dijo Birch con una voz profunda como el trueno—. ¿Qué estás haciendo?

—P-papá… —respondió ella, con la voz entrecortada—. Creí que esta noche ibas a estar fuera.

—Salí, pero me olvidé la cartera y volví. No has contestado a mi pregunta.

Viendo lo nerviosa que se estaba poniendo su amiga, Rio dio un paso adelante.

—Es culpa mía —dijo—. Que-quería ver el océano por la noche, y ella me dijo que me llevaría. Una… aventura.

—¿Una aventura? —Birch repitió la palabra lentamente, como paladeándola, como si fuese un tesoro perdido—. Bueno, será mejor que entremos y me lo contáis. Y no os olvidéis el equipaje.

Y con eso abrió la puerta de la cabina. Rio intercambió una mirada rápida de preocupación con Marina y entró.

Sin la luz del día que llenara los espacios, el lugar parecía muy diferente, oscuro y lleno de sombras y misterio, casi hasta con un puntito de peligro en el aire.

Sintiéndose culpables, los dos niños se sentaron en un banco con almohadones.

«¿Y ahora qué hacemos?», le preguntó Rio a Marina moviendo los labios pero sin hablar, mientras Birch iba a buscar el tarro del chocolate en polvo.

«¡No lo sé!», respondió ella, también muda.

—El secreto para hacer un buen chocolate caliente — dijo Birch, mientras encendía un fogón con una cerilla— está en la preparación. Y la vida es igual. Hay que estar preparado para todo, hasta para lo más inesperado.

Nadie volvió a hablar mientras la leche burbujeaba, y Birch se la servía en su taza. El aroma a chocolate invadió la cabina.

Después de dar un sorbo bien largo, se limpió los bigotes con la mano y miró a Marina, a Rio y de nuevo a su hija.

—Bueno, contadme de qué va esa aventura vuestra.

—Fue idea mía —dijo la niña—. Le dije que hiciéramos como los piratas y buscáramos tesoros hundidos.

—¿Tesoros, dices? —Levantó la comisura de los labios—. Entonces ¿no tiene nada que ver con una ballena desaparecida?

Marina negó con la cabeza vigorosamente, pero Rio suspiró.

—Es cierto. Íbamos a intentar encontrarla.

La niña se volvió hacia él, apretando los dientes.

—¡No es verdad!

—Mentir es inútil —insistió Rio, que de repente se sentía muy adulto—. No hay que mentir en algo como esto.

Birch asintió.

—Tú, jovencito, tienes una buena cabeza sobre los hombros. —Dio otro sorbo a su bebida—. Hay algo más, ¿verdad? Sé que mi hija es apasionada, pero hasta a ella le costaría convencer a alguien de salir a mar abierto solos.

—No fue Marina quien me convenció a mí —explicó Rio sin alzar la voz—. Fui yo quien la convenció a ella.

Creyó que Birch mostraría sorpresa porque alguien como él pudiera tener tal control sobre su hija. Pero, en vez de eso, el hombre dejó cuidadosamente la taza en la mesa y se inclinó hacia delante.

—¿Esto no tendrá algo que ver con tu madre?

—¿Mi m-m-madre? —preguntó Rio—. ¿Cómo sabes de ella?

—Tu abuela me contó por qué estabas aquí, y, más recientemente, por qué vas a quedarte un poco más.

Rio abrió la boca, pero volvió a cerrarla. ¿Birch lo había sabido desde el principio?

—¿Por eso me invitaste a unirme a la tripulación? ¿Porque te daba lástima? —Las palabras le salieron de golpe antes de que pudiese detenerlas.

Esta vez Birch sí pareció sorprenderse.

—Te pedí que te unieras a nosotros porque eres brillante —dijo, mirándolo fijamente a los ojos—. El océano me ha enseñado muchas lecciones, y la más importante es que todos tenemos muchos recursos en nuestro interior. Eso es lo que vi en ti. Tú, hijo, tienes más recursos

y eres más fuerte de lo que crees.

Podía estar refiriéndose a su capacidad de oír a las ballenas, pero sintió que eso no era lo único. Birch posó una mano en él, firme, cálida, y Rio deseó que no la apartara nunca.

—Ya sé que es una misión imposible y que puede que no la encontremos nunca —dijo Marina, devolviendo la conversación al tema más inmediato—… pero no podíamos quedarnos sin hacer nada. Rio tiene razón: ¿y si Morro Blanco tiene problemas?

Birch asintió.

—Antes he preguntado a algunas de las otras barcas de avistamiento de ballenas que van más adelantadas en su ruta, y nadie la ha visto. Por supuesto, es muy posible que aparezca dentro de un par de días y esté perfectamente.

—Pero ¿y si no? —Rio dejó un momento la pregunta en el aire—. Si está perdida, yo puedo ayudar a encontrarla.

Unas pocas semanas atrás, sentirse capaz de encontrar a una ballena gris adulta le hubiera parecido inconcebible. Pero eso era antes de conocer a Marina, antes de unirse a la tripulación del Espía, antes de darse cuenta de que era capaz de mucho más de lo que creía.

Birch se mordisqueó el labio, pensativo, y por fin acabó asintiendo.

—¿Quieres decir que podemos ir? —preguntó Marina; se le habían iluminado los ojos. Su padre soltó una risita.

—No he dicho eso. ¿Crees que voy a dejar que cojáis mi barca y os adentréis solos en el océano Pacífico? Rio, tu abuela me mataría. No, no puedo permitir eso.

El niño sintió como si el corazón se le hundiera en el pecho.

—Pero —añadió Birch— lo que sí puedo hacer es ir con vosotros.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

Un nuevo plan

—¿Vas a llevarnos? —preguntó Rio, sin aliento—. ¿Vas a ayudarnos a encontrar a Morro Blanco?

—Sí —dijo Birch—. Pero primero voy a llamar a tu abuela.

Sin darle tiempo a protestar, el hombre salió, cerrando la puerta del todo. En el murmullo cerrado de la cabina apenas se colaban unas pocas palabras entrecortadas.

«Cuidado…».

«Totalmente seguro…».

«Guardiana…».

—Es imposible que ella diga que sí —murmuró Rio, mirando hacia la puerta.

Era como si el destino de Morro Blanco dependiera de una única conversación telefónica. La cabina no era grande, y parecía estar volviéndose cada vez más pequeña. Al cabo de lo que pareció una eternidad, la voz de Birch cesó, pero, en vez de regresar dentro, lo oyeron saltar de la barca.

—¿Adónde irá? —susurró Rio, nervioso.

—Ni idea —le contestó Marina, también bajando la voz.

Los dos esperaron en silencio. Aparte del sonido del mar, el único ruido era el latido rítmico de sus corazones.

Por fin, la puerta se abrió lentamente con un crujido, mostrando la silueta de Birch contra las brillantes luces amarillas del puerto deportivo. Pero no estaba solo. Tras él había otra figura. Una figura alta y familiar que llevaba una sudadera y unas gafas.

—¿Fran? —Rio se levantó de un salto, sorprendido. Su abuela entró en la cabina y miró a su alrededor antes de fijar la vista en él, que sintió como si se le cayera el estómago al suelo. Sin duda, había ido a llevárselo a casa, a poner fin a la aventura antes de que esta comenzara.

—P-p-pero ¿qué haces aquí?

Ella dio tres largos pasos y lo envolvió en un abrazo.

—¿Te creías que iba a dejar que mi único nieto se fuera al mar sin mí?

A Rio le sorprendió la voz entrecortada de su abuela, y aún más la calidez que sintió en su propio corazón. Cuando ella iba a separarse, la

apretó aún más fuerte contra sí. Fran aún tenía mucho que aprender sobre cómo dar abrazos.

—Creía que el océano te mareaba.

—Sí —dijo la mujer, poniéndose pálida—. Pero eso no me va a impedir ir contigo.

—Hace mucho que conozco a tu abuela —afirmó Birch con tono casi cariñoso—. Contaba ballenas desde antes de que existiera la base de datos de Happywhale.

—¿¡Ah, sí!?

—¿No creerás que tú eres el único que quiere protegerlas? —replicó ella, mirando a Rio por encima de las gafas—. De eso nada: es una tradición familiar.

—Pero… pero…

¿Por qué él no sabía nada de eso? Era como si viera a su abuela por primera vez. No a través del prisma de su propio dolor, porque los prismas de esa clase nunca son precisos, sino como era ella en realidad.

—Tengo unos cuantos contactos. Muchos no están registrados en la web. —Se frotó las manos al estilo de «vamos a por ello» de los maestros de escuela—. Propongo que antes de salir cada uno de nosotros aproveche sus recursos. Yo haré unas llamadas rápidas a unos cuantos de mis colegas para asegurarme de que se mantengan al tanto en sus observaciones. Birch, quizá tú podrías enviar un mensaje a algunas de las otras empresas de avistamiento de ballenas del área y alertar al resto de la red de que hay una desaparecida. Marina, ¿puedes encargarte tú de eso que hacéis los jóvenes en las redes sociales? Hacer un poco de ruido en ellas, ¿es así como lo decís? Igual llegamos a algunos barcos que pasen o a otras barcas de pesca. —Hizo una pausa y se volvió hacia Rio—. Y tú, jovencito, vas a tener la misión más importante de todas. —Él se había estado preguntando de qué lo iba a encargar—. Tú serás nuestros oídos.

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

Prisas

JUSTO ANTES DEL AMANECER, el Espía se acercó al rompeolas, más allá del cual yacía el océano envuelto en la oscuridad. Fran miró tímidamente a Rio.

—¿Estás listo? —le preguntó.

Él pensó en su madre y en la ballena a la que intentaba rescatar.

En cómo, de alguna forma, las dos cosas se habían vuelto una sola en su mente.

—Sí —respondió, y sintió que las palabras le salían de lo más profundo de su interior—. Lo estoy.

Iban a tardar casi todo el día en llegar a la zona de la búsqueda. Pero una media hora después, que Rio pasó descansando en la cabina, el motor se detuvo de repente. ¿Qué sucedía? ¿Por qué habían parado? Salió apresurado a cubierta y vio a Birch y a Marina sentados en el lado de babor, el izquierdo, con los pies colgando del borde.

El hombre no dijo nada, pero hizo espacio para que él pudiera sentarse a su otro lado. Mientras se acomodaba, Rio se frotó los ojos. A la luz brumosa de primera hora de la mañana, el Espía parecía muy pequeño, y el mar se extendía en todas direcciones a su alrededor sin que apenas se divisara el menor rastro de tierra firme.

Iba a decir algo cuando notó que padre e hija tenían cada uno las manos unidas como en una especie de oración.

—Queridos amigos del océano y criaturas de las profundidades —

murmuró Birch—, os rogamos que nos protejáis y nos guiéis a salvo hasta nuestro destino. A cambio, prometemos cuidaros, honraros y mostraros respeto en todo momento.

Con los ojos cerrados, Birch hizo un cuenco con las manos, cogió un poco de agua de mar y se la echó en la cara. Marina hizo lo propio. Estaba claro que era un ritual que habían practicado cientos de veces antes, así que Rio también lo hizo. El agua estaba fría, pero también le quitó los últimos restos de sueño; enseguida se sintió alerta y preparado para el día que les esperaba.

—¿Qué era eso? —preguntó.

—Siempre lo hago cuando salgo a un viaje largo —le explicó Birch—. Es una antigua tradición marítima que ha ido pasando de generación en generación. Los humanos creemos a menudo que somos los seres más poderosos de la Tierra, pero el océano estaba aquí mucho antes de que llegáramos, y seguirá después de que ya no estemos. Conviene recordarlo siempre.

Marina sacó un mapa y lo desplegó sobre la cubierta.

—Bueno, pues ahora estamos aquí —dijo, señalando con el dedo un punto donde no había nada especial, al sur de la costa de Ocean Bay—. Vamos a seguir la ruta que hubiese usado Morro Blanco camino de las lagunas. El mejor lugar por donde empezar es aquí—. Pasó el dedo a otro punto que en el mapa estaba más o menos a un palmo de distancia—. Gracias a las llamadas de tu abuela, algunos de los observadores que viven más allá de la frontera están peinando la zona. También hay un par de barcas buscando por San Diego. O sea, que la zona que nos corresponde va desde pasado Los Ángeles hasta San Diego.

—Tenemos que darnos prisa —añadió Birch— si queremos llegar antes de que se haga de noche.

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

Ningún avistamiento

DURANTE EL RESTO DEL DÍA la barca no dejó de avanzar. Solo se detuvieron para comer unos sándwiches de queso no muy fresco acompañados de largos y sedientos tragos de latas de Coca-Cola.

Aunque en cubierta hacía calor, Rio y Marina estuvieron todo el rato en proa, ella con su libreta y las piernas cruzadas, y Rio con los ojos y los oídos fijos en el horizonte. De vez en cuando echaba un vistazo a su abuela, que casi no salía de la cabina; decía que allí no se mareaba tanto. Birch los dejó a todos en paz; prefería la compañía de su café y sentir la barca bajo sus pies mientras guiaba al Espía contra el viento, que tenían en contra y los hacía avanzar mucho más lentamente de lo que debían.

—¡A este paso no vamos a llegar nunca! —clamó Rio, exasperado.

De vez en cuando establecían contacto por radio con algunas de las otras barcas que también participaban en la búsqueda. Cada vez que Rio oía el crepitar de la radio, renacían sus esperanzas de que fuese alguien que confirmara haber visto a Morro Blanco, pero la comunicación era siempre igual, lo mismo que estaban experimentando ellos mismos: no había ballenas a la vista.

Aparte de los ruidos intermitentes de la radio, era como si fuesen los últimos humanos vivos en la Tierra. El único otro sonido era el Espía abriéndose paso por el agua. Pasaban horas sin que nadie dijera una sola palabra, cosa que, por alguna razón, parecía lo más normal.

Vieron un par de barcos de pesca, y poco después de almorzar pasó un enorme crucero en la distancia, como si fuese un edificio de

apartamentos sobre el agua. Rio pudo distinguir los diferentes balcones, tres chimeneas gigantescas y una especie de elaborado parque acuático de plástico en la cubierta. Incluso a aquella distancia, la turbulencia que creaba el barco en las olas hacía que el Espía se agitase arriba y abajo.

Fran, que había salido a tomar un poco de aire fresco, negó con la cabeza, disgustada.

—Qué trastos más horribles.

Marina miró al crucero con cara de preocupación.

—Y mira el tamaño que tiene. No me extraña que tantas ballenas mueran cada año por chocar con barcos.

Los prismáticos que tenía Rio en las manos le parecieron de repente fríos y resbaladizos. Antes de su llegada a América, nunca había pensado en la gran cantidad de peligros a los que se enfrentaban las ballenas en su día a día. Eran los animales más grandes del planeta, y el océano debería de ser suyo por derecho, para poder nadar y vivir libremente en él. Pero, por alguna razón, los mares, al igual que todo lo demás en la Tierra, pertenecían a los humanos.

Se quedó un buen rato mirando cómo el barco parecía derretirse en el horizonte, camino del sur de California y México, hasta que se convirtió en un punto casi más pequeño que su dedo pulgar y después desapareció del todo.

El Espía siguió su camino hacia el sur mientras el sol se movía sobre el horizonte trazando una curva, como las agujas de un reloj. Era la famosa puesta de sol del Pacífico, en toda su majestuosa gloria. Birch apagó el motor y, sin decir una palabra, los cuatro se sentaron a contemplar el cielo.

—Es hora de parar —dijo—. Mañana empieza la búsqueda.

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

Tormenta marítima

AQUELLA NOCHE, RIO estaba demasiado nervioso para dormir. Asegurándose de no despertar a nadie, salió silenciosamente a cubierta. Birch había dicho que ya se encontraban muy cerca del área de la búsqueda, ¿podía eso significar que Morro Blanco estaría por allí?

Estaba demasiado oscuro y no se veía nada, pero forzó la vista cuanto pudo con la esperanza remota de percibir algún indicio, por mínimo que fuese, de la llamada de la ballena; que la criatura emergiera de repente al lado de la barca; volver a verla y comprobar que estaba a salvo.

Por mucho que lo intentó, no oyó más que el ruido de las olas. Suspiró. Mañana sería otro día. Mañana la encontrarían.

Desvelado, se tumbó boca arriba en el banco de proa. El cielo, libre de polución lumínica, estaba repleto de estrellas que se reflejaban en la superficie del agua como confeti reluciente. Sintió que estaba contemplando el corazón palpitante del universo.

—Es precioso, ¿verdad? —susurró Marina, llevándose el dedo índice a la boca para indicarle que no hiciera ruido. Entonces se tumbó en el otro banco y contempló el cielo, igual que él.

Ninguno de los dos dijo nada durante un buen rato, hasta que Rio la oyó suspirar y darse la vuelta hacia él. En la oscuridad veía poco más que el brillo de su pelo y el blanco de sus dientes.

—¿Sabías que te pareces bastante a una ballena gris? —Marina habló en voz baja—. No en tu aspecto, claro, aún no te he visto percebes en el cuerpo; sino en que, a pesar de todas las cosas horribles por las que ellas tienen que pasar para sobrevivir, no dejan de nadar. Igual que tú.

Rio nunca había pensado en compararse con ningún animal, y menos con uno de los más grandes del planeta, pero se dio cuenta al instante de que Marina tenía razón; a sus once años, se había enfrentado a más cosas que la mayoría de los chicos de su edad.

Algo retumbó con fuerza a lo lejos como en señal de asentimiento.

—Es una tormenta —le explicó ella—. Debe de estar a kilómetros de distancia, pero los truenos hacen eco en el agua.

Rio no vio nada, aunque empezó a sentirla: el aire parecía cargado y pesado, como si hubiese una corriente invisible que lo electrificara todo, incluso a sí mismo. Se le erizó el vello de los brazos y notó que estaba apretando los dientes.

Hasta entonces el océano se había mostrado amistoso y solo les había enseñado su mejor cara, la bonita. Pero aquello era un recordatorio de que no siempre era tan amable. ¿Estaría enfadado con ellos por todo el daño que le habían causado los humanos?

Rio soltó un suspiro largo y lento, y tembló cuando una ola suelta golpeó de repente la barca, cubriéndolo de espuma, como si le escupiera. Aunque Marina también quedó empapada, ni se movió, así que él decidió hacer lo propio.

—Tengo miedo —confesó el niño.

Ella lo miró, y Rio vio que había entendido que no se refería solo a la tormenta sino también a Morro Blanco y, sobre todo, a su madre.

—Yo también tengo miedo —respondió su amiga—. No solo por si podemos salvar a Morro Blanco, sino por si es posible salvar todo esto. —Trazó un arco con el brazo extendido, señalando todo el océano—. A veces parece tan enorme…

—Nunca hay que renunciar a la esperanza —susurró Rio, pensando no solo en su madre—. Sobre todo, mientras siga habiendo una posibilidad.

De nuevo, se hizo un silencio completo, roto solo por el ruido de las olas, fuerte y pulsante como latidos.

—Papá dice que, cuando uno tiene miedo, lo mejor es mirar el océano, que es un espejo que nos muestra lo que podemos llegar a ser. La primera vez que lo hice solo vi mi reflejo. En fin, supongo que de eso se trataba.

Aunque la negrura era casi total, Rio miró más allá del extremo de la barca, y se vio reflejado a la luz de la luna llena. Una versión más grande, más atrevida, del niño que había sido.

Era como si el mar se le hubiese metido en la piel, concediéndole

toda su fuerza y poder para la aventura que les esperaba. Mientras la tormenta rugía en la distancia y el cielo pasaba de negro a azul y a malva, y parecía astillarse con los relámpagos, sintió como una carga de energía. Y es que no había acudido allí solo para encontrar a una ballena perdida; había salido a comprobar en qué podía convertirse él mismo.

CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

El área de búsqueda

EN CUANTO AMANECIÓ, Rio saltó de la cama y corrió a cubierta. Aquel era el día. Hasta el aire parecía diferente, como si la tormenta hubiese dejado un rastro en el ambiente; nada muy destacado, solo la sensación de que algo había cambiado en la atmósfera.

Birch ya estaba manos a la obra, guiando al Espía poco a poco más al sur, hasta que detuvo el motor.

—Listos —dijo—. Hemos llegado.

Rio no sabía qué pasaría cuando llegaran a la zona de búsqueda, pero ahora, al mirar a su alrededor, aquello parecía exactamente igual que todo lo demás: una enorme extensión de agua en la que podía esconderse cualquier cosa. Si Morro Blanco estaba por la zona, a saber dónde.

Pero lo menos que podían hacer era intentar encontrarla.

Los cuatro se situaron en diferentes puntos de la barca: Rio y Marina en proa; Birch a estribor, el lado derecho; y Fran, que insistió en observar desde babor.

—No os seré muy útil, pero mejor eso que no hacer nada —dijo—. Vamos a hacer una búsqueda visual, pero tú, Rio, escucha también y dínoslo en cuanto oigas algo.

El niño asintió. De repente sintió la boca muy reseca. Una cosa era intentar localizar ballenas cuando sabía que estaban cerca, y otra muy diferente estar en mitad del océano sin ver tierra por ninguna parte.

Durante toda la mañana, Birch fue conduciendo lentamente la barca adelante y atrás por el área de búsqueda, mientras todos observaban cuidadosamente las aguas.

—¿Oyes algo? —preguntó Marina, limpiándose la frente con la mano.

Rio negó con la cabeza. A pesar de haberse esforzado toda la mañana, no había oído ni a una sola ballena.

—Todavía es temprano —dijo, esperanzado—. Puede que aparezca más tarde.

Cuando el sol alcanzó su máxima altura, prestó toda su atención, con más fuerza que nunca en toda su vida, no solo en busca de rastros de Morro Blanco sino de cualquier otra ballena que pudiese haber cerca. No sirvió de nada; el océano seguía en completo silencio.

Los demás hicieron una pausa para tomarse un almuerzo rápido, pero él no dejó su posición.

—No querría pasármela de largo —dijo, desesperado, rechazando la comida con un gesto—. Tengo que seguir concentrándome.

Pero, a medida que avanzaba el día, cuanto más intentaba escuchar algún rastro de Morro Blanco, más parecía aumentar el volumen de todo lo demás. Se sentía frustrado, irritado: los aullidos de las gaviotas, los golpes rítmicos del agua contra el casco, incluso el sonido de su propio corazón, que parecía golpear contra su pecho.

Aun así, no se movió de su puesto, ni siquiera cuando la tarde se volvió pesada y calurosa, ni siquiera cuando la superficie del océano empezó a refulgir y a convertirse en una especie de neblina borrosa, ni siquiera cuando le entró tanta sed que pensó que se le iba a quedar la lengua pegada al paladar.

Para entonces el sol ya había comenzado a descender en el cielo y recostaba una mejilla en el agua. A Rio le dolían los brazos y las piernas. Le picaban los ojos. Le dolían los oídos. Pero tenía que seguir; tenía que encontrar a Morro Blanco.

Era inútil. Cuanto más se esforzaba, menos oía. Al final, sus propios pensamientos ahogaban cualquier otro sonido.

—¡Rio! —llamó Fran—. Esto no funciona. Necesitamos un nuevo plan de acción.

El niño dedicó una última y larga mirada al tranquilo océano y fue a unirse reluctante a los demás, que se mantenían en un silencio desalentado. Nadie dijo nada, pero no fue necesario: su desánimo era palpable. Los había arrastrado al medio del océano en busca de la ballena y había fracasado.

Había decepcionado a Morro Blanco.

Y lo que era aún más importante, había decepcionado a su madre.

—Has hecho todo lo que has podido —dijo Marina, como si le hubiese leído los pensamientos, y le dio unas palmaditas de ánimo en el brazo—. Quizás es que no está aquí.

—Tampoco la ha visto nadie en ninguna de las otras zonas de búsqueda. —Birch miró con preocupación la bandera, que ondeaba

con fuerza a la brisa—. Se está levantando viento.

Marina frunció el ceño e intercambió una mirada indescifrable con su padre. Aunque no supo cómo interpretarla, a Rio no le gustó nada.

—Tenemos que seguir intentándolo —rogó.

Y así lo hicieron, a pesar de que las aguas eran cada vez más turbulentas. Parecía que llevaba en la barca toda su vida. Ni siquiera recordaba cómo era tierra firme o el sabor a sal en los labios, ni el olor a mar cubriéndole la piel. Era como si hubiese dejado en la costa a su antiguo yo y hubiese aparecido otro en su lugar, como si se hubiese metido dentro de otra piel nueva y más fuerte hecha del propio mar.

Pero, incluso con sus fuerzas renovadas, el océano seguía frustrantemente vacío. Tampoco las otras barcas que buscaban por allí habían visto a Morro Blanco.

¿Dónde estaba?

Después de otra hora de búsqueda, sin más resultado que la presencia de un amistoso delfín, un grupo de peces de colores brillantes y el clima que se ponía cada vez peor, Birch detuvo la barca. La luz empezaba a escasear, y en el crepúsculo todo, incluso ellos mismos, parecía más serio, más sombrío.

Fran le insistió a Rio en que comiera algo, pero para él su sándwich sabía a cartón. Marina no paraba de carraspear, y Birch tamborileaba con los dedos en el timón, hasta que se fue y desapareció en la cabina. El niño tragó saliva.

—¿Qué pasa?

Su amiga se mordió el labio y eligió las palabras con cuidado.

—Papá ha dicho que pronto tendremos que dar la vuelta, sobre todo si el tiempo sigue empeorando.

—¡No podemos hacer eso! —exclamó él—. ¡No podemos irnos hasta que encontremos a Morro Blanco! ¡Sé que está por aquí!

—Pero… pero hasta ahora no la hemos encontrado —replicó Marina—. Y mira. —Señaló las nubes grises que se estaban uniendo en el cielo y el agua agitada.

—¡Hemos llegado hasta aquí, ahora no podemos rendirnos!

—No podemos seguir buscando para siempre, Rio. —La niña puso voz comprensiva—. No podemos, si no hay nada.

Él la miró, furioso, aplastó el resto del sándwich en la mano y lo lanzó al mar, donde las aguas se lo tragaron entero. Birch salió de la cabina.

—Vamos a dar la vuelta —les informó—. Seguir sería demasiado peligroso.

Rio quiso protestar, pero en ese momento la ira se le había acumulado tanto en la garganta que apenas conseguía respirar, y mucho menos hablar. Un pánico crudo parecía desgarrarle desde su

interior. Birch le dio una palmadita en el hombro.

—Lo hemos intentado, Rio. Hemos hecho lo que hemos podido. A veces eso es lo más importante.

Aquellas palabras se parecían tanto a las que hubiera dicho su madre, que casi fue como si la viera al lado de Birch.

—Una hora más —rogó—. Por favor, solo una hora más.

—No estoy seguro de que eso sirviera de nada —replicó el hombre—. No creo que vayamos a encontrarla. La visibilidad es muy mala.

Rio estaba cansado hasta los huesos, no solo de cuerpo sino también de alma, tanto que rendirse resultaba una tentación. Le pesaban los ojos, pero cuando los cerró no fue una reconfortante oscuridad lo que vio, sino el rostro más amable que había contemplado en su vida, el rostro que había estado cuidándolo desde que llegó a Ocean Bay, que lo había mantenido a salvo en el agua. No era solo una ballena: era Morro Blanco.

—¡Déjame intentarlo! —exclamó, desesperado—. ¡Por favor, déjame intentar encontrarla!

—¿Cómo? —preguntó Marina, confusa—. Está demasiado lejos para que la oigas, de lo contrario ya lo habrías hecho. ¿Qué es lo que ha cambiado?

La respuesta acudió a Rio como si siempre hubiese estado allí.

—Que no estaba escuchando con el corazón.

CAPÍTULO TREINTA Y SIETE

La escucha

RIO CERRÓ LOS OJOS y escuchó.

Al principio no oyó nada excepto los latidos de su corazón. Nunca se había fijado en la cadencia del ritmo: latido, descanso, latido… Aunque tenía los ojos cerrados, sentía las miradas de Marina y Birch posadas en él, que le hacían apoyarse nervioso en un pie y después en el otro. Respiró hondo y escuchó con fuerza.

Oyó lo normal: los pequeños crujidos y quejidos de la barca, los golpes de las olas, el aleteo de la bandera.

Profundizó más, hasta un nivel en el que la mayoría de las personas nunca se detenían a escuchar porque habían olvidado cómo hacerlo.

Esta vez oyó los crujidos y quejidos no solo del Espía, sino de cada una de las planchas de madera hechas a mano que formaban la cubierta, los altos robles de las que habían salido, y hasta el suelo rico y fértil en el que estos habían nacido.

Oyó el cielo, los susurros de las nubes que se movían allá arriba y el silencio sagrado del espacio azul entre ellas.

Oyó el viento que le acariciaba el rostro y murmuraba mensajes muy lejanos.

Oyó el mar, no solo al golpear contra la barca, sino cada una de sus inspiraciones y expiraciones, como si fuera los pulmones del mundo.

Oyó dentro del mar, la purpurina plateada de los peces, los delfines, las tortugas, los tiburones, y las voces de cada uno de ellos, curiosas,

amistosas y a menudo temerosas.

Oyó a los animales del fondo del mar, unas misteriosas criaturas que hacían ruidos que nunca había oído ningún humano.

Extendió su oído al máximo, hasta el punto en que su corazón estaba más vivo y lleno y abierto que nunca.

Hasta que, por fin, lo único que quedó fue él mismo, la barca y el alma del planeta.

Y fue allí donde se dio cuenta de algo muy especial.

El océano no era solo un receptáculo de agua, algo que conectaba todas las masas de tierra. Era algo mucho más formidable. Respiraba, igual que Rio. Se enfadaba, igual que Rio se había enfadado. Y se

ponía triste, igual que Rio.

El océano no era algo *aparte* de él: era *una parte* de él.

Entonces oyó algo más, como en un eco, extraño y bello.

Era el inconfundible sonido de una ballena.

El niño abrió los ojos de repente y, para su sorpresa, el mundo exterior no parecía haber cambiado en nada. Pero en el interior de su pecho el corazón latía, rugía y estaba lleno de vida.

—¡Por allá! —Señaló al lejano horizonte—. ¡Morro Blanco está por allá!

Sin perder un segundo, Birch puso el motor en marcha y la barca salió a toda velocidad. Viajaron durante más de diez minutos, deslizándose y chocando contra las olas, mientras el viento les azotaba los rostros.

—¡Ahí! —gritó Marina por fin—. ¡Veo algo!

Señaló frenética un punto distante a estribor. Rio entornó los ojos y miró; al principio no vio nada, pero poco a poco una silueta gris fue cobrando forma.

Una ballena.

CAPÍTULO TREINTA Y OCHO

Problemas

—Puede que no sea Morro Blanco —dijo Birch, cauteloso—. Vamos a acercarnos más.

Suavemente, hizo avanzar la barca. Tenía el ceño fruncido por la preocupación. La ballena estaba a unos cien metros. Rio apenas la veía, solo percibía los ocasionales chorros de agua que salían disparados hacia el cielo. Sin embargo, un sentimiento horrible se había adueñado de su cuerpo. Apretó los dedos contra el chaleco salvavidas y observó, ansioso.

—Algo va mal. —Marina se ajustó los prismáticos y también frunció el ceño—. Mira.

—Está atrapada. Con una red de pesca. —Birch miró las nubes, cada vez más oscuras—. Tenemos que ir con cuidado.

—Dios mío —exclamó la niña, tapándose la boca con la mano—. Pobrecilla.

Y es que allí mismo, en pleno océano Pacífico, Rio vio la escena más horrible de su vida. La ballena gris estaba casi de lado, y enredada a su alrededor había metros y metros de una gruesa cuerda azul, tan apretada que el animal no podía moverse. Y lo que era peor, varios charcos de sangre se habían formado alrededor de su cuerpo.

La barca, que ahora apenas avanzaba, se acercó un poco más con mucho cuidado, de forma que quedaron a unos pocos metros. Al percibir su presencia, la ballena levantó el morro.

Su morro blanco.

—¡Rio, la has encontrado! —gritó Marina—. ¡Es Morro Blanco!

El niño observó con atención el rostro de la criatura y se dio cuenta de que, por muchos años que viviera en este planeta, nunca olvidaría aquel momento.

Ligeramente inclinada sobre su costado izquierdo, su único ojo visible lo miraba fijamente. Era un ojo del tamaño de una pelota de tenis que se clavaba en lo más profundo del interior de Rio.

—¿Qué es eso? —preguntó él—. ¿En qué está atrapada?

—Acero azul —explicó Birch después de mascullar una palabrota—. Es muy cruel. Una red de cuerda de grosor industrial que usan los pescadores, y de la que cuelgan jaulas para cangrejos y langostas que hacen bajar hasta el fondo. Pero si es una ballena la que queda atrapada en ella, y eso sucede a menudo, resulta letal. Cuanto más intenta liberarse de ella, más se enreda en su cuerpo.

—¿No podemos quitársela? —rogó Rio.

Como si lo hubiera oído, Morro Blanco dio un aletazo contra la superficie del agua. Birch acercó la barca, de forma que quedaron a apenas un brazo de distancia de ella. La ballena era tres veces mayor que la barca, y desde tan cerca Rio podía oír su respiración, rápida, pura, casi vacía de aire. El corazón le dio un vuelco y apartó la vista. Había algo enormemente vulnerable en un animal de su tamaño que estaba sufriendo tanto.

—Estás muy débil, ¿verdad, chica? —dijo Birch con voz tranquilizadora, mientras la aleta de Morro Blanco volvía a emerger lentamente—. ¿Nos permites ayudarte?

—Pobrecilla. Pobrecilla. ¿Cómo hemos dejado que el mundo se convierta en esto? —Con tantas emociones, Rio se había olvidado de su abuela. Fran tenía las mejillas rojas y contemplaba a la ballena con expresión furiosa—. Se lo hemos hecho nosotros.

Marina se inclinó por el borde de la barca y extendió los brazos, de forma que casi tocó a Morro Blanco, aunque cuidando de no hacerlo del todo.

—Todo irá bien. Hemos venido a ayudarte.

—Nosotros también necesitaremos ayuda —dijo Fran, cuadrándose de hombros—. Voy a llamar por radio, a ver si hay más barcos cerca. ¿Cuánto tiempo tenemos, Birch?

El hombre agitó la cabeza.

—No mucho. Una hora como máximo.

—Les diré que se den prisa.

Mientras Fran entraba en la cabina, Marina no dejó de susurrar a Morro Blanco. Tenía la voz ahogada, entrecortada.

—No pasa nada. Ya estamos aquí —murmuró—. Hemos venido a salvarte.

Rio reunió fuerzas y volvió a mirar. Casi todo el cuerpo de Morro

Blanco estaba bajo el agua; por encima sobresalía su flanco izquierdo y la mitad de su cara. Al fijarse más de cerca, vio que tenía cortes en varias zonas de la piel.

—¿No puede soltarse?

Marina negó con la cabeza.

—¿Ves lo fuerte que está atada? Cuanto más intenta liberarse, más se aprieta la cuerda. Está tan débil que apenas puede mantenerse en la superficie. Si no la ayudamos se hundirá.

Justo en ese momento salió Fran, observando con preocupación las nubes grises que iban acumulándose.

—He enviado un SOS, pero no sabemos cuánto tardará en llegar la barca más cercana. Espero que no mucho.

Birch abrió una trampilla en cubierta y sacó una máscara de buceo y una linterna submarina.

—De momento solo voy a echar un vistazo. Marina, tú encárgate de mantener firme el timón. Deja el motor en neutral y no permitas que la barca se acerque demasiado, ¿entendido?

Sin decir una palabra más, se metió en el agua, y estuvo sumergido un buen rato antes de volver a salir y retirarse el respirador.

—Es peor de lo que me temía. No solo tiene colgadas unas cinco jaulas para langostas, sino que hay otra red enrollada en su cola.

—Una red fantasma —murmuró Marina.

Birch volvió a subirse a la barca y agitó la cabeza.

—No estoy seguro de que las otras barcas lleguen a tiempo.

—¡Tenemos que liberarla! —exclamó Rio, furioso—. ¡No podemos quedarnos sentados sin hacer nada!

—Estoy de acuerdo —dijo el hombre—. Pero está muy débil, y no va a ser fácil liberarla yo solo.

—No estarás solo —replicó su hija—. Todos nosotros estamos contigo.

—Marina —le contestó Birch, bajando la voz—, yo voy a ser el único que se meta en el agua. Está herida y desesperada, y eso vuelve extremadamente peligroso a cualquier animal salvaje. Un golpe de aleta o de cola y podría hacerte mucho daño.

—¡Pero nos necesita! —La niña se tragó sus lágrimas—. ¡No puedo quedarme aquí mirando!

—¡Ni yo! —añadió Rio, frenético.

—Yo tampoco —dijo Fran con su mejor voz de maestra—. Pero Birch tiene razón: no podemos meternos en el agua. Aunque eso no quiere decir que no podamos ayudar. Yo voy a volver a la radio e insistiré en que todas las embarcaciones cercanas vengan a ayudarnos. Lo pediré a gritos si es necesario. —Hizo una pausa y miró a Rio—. He pasado demasiado tiempo cruzada de brazos y lamentándome. Ahora me toca hacer algo útil.

Él se volvió hacia su abuela, e intercambiaron unas palabras sin pronunciarlas. Los otros dos vieron que lo mejor era no decir nada; fuese lo que fuese lo que estaba sucediendo, era algo entre ellos.

Fran se puso en cuclillas y hundió los hombros. Tenía una expresión frágil, como el niño nunca le había visto, y resultaba perturbadora.

—Rio, siento que te he decepcionado toda mi vida. No solo a ti sino también a tu madre. No sé si alguna vez podrás perdonarme. Pero ahora no voy a fallarte. —Hizo una pausa y respiró hondo—. Vamos a hacer todo lo que podamos por salvar a tu ballena. Te lo prometo. Y no es una promesa cualquiera: te lo prometo por el océano.

Su rostro pareció arrugársele todo mientras tiró de él hacia sí y le dio el abrazo más fuerte de su vida. Cuando se separaron al fin, parecía calmada y serena.

—¿Qué quieres que haga? —le preguntó él.

—Jovencito, tú vas a mantener viva a Morro Blanco.

CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE

Rescate

BIRCH HABÍA DEJADO CLARA su prohibición de que nadie más se metiera en el agua. Rio se sintió aliviado: bajo el cielo del anochecer, el mar se veía casi negro, además de ser el lugar más profundo donde había estado en toda su vida.

—Marina, quédate al borde de la barca y pásame las tenazas cuando yo te lo diga. Rio, tú te encargarás de que el Espía no se acerque demasiado a Morro Blanco; si se acerca, pon marcha atrás. Así, ¿ves? Y para adelante es así.

El niño asintió y confió en que Birch no se diera cuenta de lo mucho que le temblaban las manos.

—Fran se ocupará de la radio y nos avisará cuando se acerquen otros barcos; no podemos hacer esto solos.

El capitán abrió un contenedor y sacó unas tenazas, un cuchillo y otras herramientas. Le pasó las primeras a su hija.

—Primero voy a cortar las cuerdas que tiene enredadas al cuerpo. Después saldré a la superficie para que me pases el cuchillo y pueda cortar algunas de las jaulas para langostas. Espero haber acabado ya cuando lleguen las otras barcas y así podamos soltarle la red de la cola. ¿Preparados?

Miró a los demás, que, uno a uno, levantaron un pulgar. Sin perder un segundo más, desapareció bajo el agua.

Desde aquel momento todo sucedió como si estuvieran en un quirófano. Birch emergía, daba instrucciones a Marina sobre lo que

necesitaba, y ella enseguida le pasaba el instrumento correcto.

Rio veía lo que hacían padre e hija, y oía a su abuela que, a gritos, daba instrucciones y coordenadas a las embarcaciones cercanas; pero él se mantenía totalmente concentrado en Morro Blanco.

Tenía tan cerca a la ballena que hubiera podido contar cada uno de los percebes que tenía en el lado de la cara que se le veía, y su piel gris y carnosa, y su único ojo visible, que lo observaba a él sin parpadear; era un ojo lleno de tristeza y decepción y dolor.

—Lo siento, Morro Blanco —le susurró el niño—. Lo siento por todo.

Birch asomó la cabeza y respiró hondo.

—¡Las cuerdas están demasiado apretadas! ¿Se sabe algo ya de algún otro barco?

Rio negó con la cabeza y miró cómo el hombre volvía a desaparecer bajo la superficie; no estaba seguro de cuánto tiempo había pasado ya, y eran tantas las veces que el capitán emergía y se sumergía de nuevo que había perdido la cuenta. Pero en ningún momento dejó de cuidar de la barca o de mirar a Morro Blanco.

Así fue como notó que el ojo de la ballena cambiaba. Al principio pensó que era por las nubes, por la forma en que estas oscurecían el agua y lo volvían todo de un color cada vez más gris y metálico. Pero no era por eso.

—¿Morro Blanco? —susurró.

Aunque el ojo seguía mirándole, ya no estaba alerta sino opaco y distante, e inmóvil.

—¿MORRO BLANCO? —gritó Rio—. ¡MORRO BLANCO!

Sintió como si algo duro y cortante le envolviera el pecho, como si una mano helada le apretara el corazón.

—¡La estamos perdiendo! —exclamó desesperado, justo cuando una nueva barca aparecía en el horizonte. Era pequeña, más o menos del mismo tamaño que el Espía, y tenía escrito **EQUIPO DE RESCATE MARINO** en el casco.

—Gracias a Dios —dijo Fran, que apareció en cubierta—. Birch ya no podría haber hecho nada más él solo.

La barca se detuvo al otro lado de Morro Blanco. En cubierta había dos buceadores con sus trajes ya puestos.

—¡He hecho lo que he podido! —gritó Birch—. ¡Pero la cola está totalmente enredada!

Mientras los dos hombres se tiraban al agua para unirse a él, Rio, presa del pánico, volvió a mirar a la ballena. El ojo se le estaba cerrando, casi como si el animal se alejara, se separara poco a poco del resto de la existencia.

Se estaba cerrando. Se estaba cerrando. Se estaba cerrando.

—¡No!

¡Rio no podía perderla! ¡No podía!

Algo le corrió por las venas, como un trueno. Frente a él, Morro Blanco estaba inmóvil; su respiración era tan lenta que no se sabía si seguía en este mundo o no.

Justo en ese momento, Rio supo exactamente lo que tenía que hacer para salvarle la vida.

CAPÍTULO CUARENTA

El salvamento de Morro Blanco

A Rio no le importó lo profundo que era el océano. No le importó el peligro. Soltó el timón. Dio tres pasos hacia el borde de la barca y, sin pararse a pensar, saltó al agua.

Todo su cuerpo se hundió bajo las olas. La oscuridad era completa y parecía que no hubiera fondo. Durante un horrible segundo pensó que no iba a poder encontrar el camino de vuelta a la superficie, pero al final el chaleco salvavidas lo devolvió al aire, entre toses y arcadas.

Apenas era consciente de que Birch había vuelto al Espía y le había dado instrucciones a Marina de coger el timón y controlar que la barca se mantuviera quieta. De fondo oía gritar a su abuela, aunque sus palabras sonaban borrosas e indescifrables. El capitán cogió el palo que había usado la otra vez para sacar a Rio del agua.

—¡Agárrate a esto! —le gritó—. ¡Es muy peligroso que estés ahí!

—¡No! ¡Me quedo! —respondió el niño. Entonces dio la espalda a la barca, quedando cara a cara con la ballena.

—Hola, Morro Blanco —murmuró.

Por puro instinto, se agarró a la nariz del animal y apoyó su cara contra la de ella, de forma que los ojos de los dos quedaron al mismo nivel. Sentía en las puntas de los dedos cómo la vida se le iba escapando a la criatura cada vez que respiraba.

—No te mueras —susurró—. Por favor, no te mueras.

Ahora no había ninguna distancia entre ellos. Rio sentía en su propia mejilla el trozo de piel blanda en la que no había percebes, notaba el olor a salmuera en su aliento, oía apenas el murmullo de su

corazón. El de él mismo se ralentizó hasta que ambos latieron al unísono. Un parte de Rio dejó de ser un niño, para convertirse en una ballena.

—Tenía mucho miedo —le dijo en voz baja—. Miedo por mamá, y miedo a la vida, y miedo a todo. Pero entonces te conocí. Me has estado cuidando, ¿verdad? Me has cuidado todo este tiempo. Ahora me toca a mí cuidarte.

La abrazó fuerte.

—Sé que no puedo hacer para que mamá se ponga mejor —siguió—. Creo que siempre lo he sabido, pero tenía que intentarlo. Tenía que hacer algo. Tú lo entiendes, ¿verdad? Entiendes que no podía quedarme sin hacer nada.

Morro Blanco no se movió. Pero de alguna manera, en lo más profundo de su ser, Rio supo que le estaba escuchando.

—Sé que puedes oírme, igual que yo te oigo a ti. No sé cómo soy capaz, pero es el mejor regalo que podían hacerme —murmuró, agarrándose más fuerte a la nariz del animal—. Aunque no pueda curar a mamá, sí que puedo hacer algo por ti. Y no solo por ti sino por todas las ballenas grises. Hay batallas en las que uno no puede combatir. Pero hay otras… hay otras batallas en las que todos podemos hacer algo.

Apartó un poco la mejilla y se tragó el nudo que se le había formado en la garganta.

—Eres el animal más increíble que ha existido nunca —dijo—. Siento mucho que no te hayamos cuidado mejor. Pero te prometo que vamos a hacer todo lo que podamos por salvarte.

—¿Qué pasa? —Rio no se había dado cuenta de que Marina estaba asomada al borde de la barca, con aspecto pálido y ansioso y la cara húmeda por el agua del mar o por otra cosa—. ¿Está muerta?

El niño negó con la cabeza y volvió a concentrarse en la ballena. Le acarició el rostro hasta donde le llegaban los brazos.

—Te quiero —le susurró—. Igual que te quería mi madre. Te he querido desde antes de conocerte, y seguiré queriéndote. Y no solo yo: todos nosotros… así que, por favor… por favor, no nos dejes. No te vayas ahora.

Durante un largo rato nada se movió, ni siquiera las nubes en el cielo.

Pero entonces el párpado de Morro Blanco se levantó, poco a poco, trémulo, y ella entreabrió el ojo lentamente. Rio sintió que pasaba algo entre la ballena y él, algo parecido a la electricidad, algo profundo y pulsante. Era como si la criatura hubiese vuelto a la vida.

La rendija de su ojo se abrió un poco más. Ya no parecía opaco sino alerta. No solo con inteligencia y amabilidad y compasión y todas las cosas que Rio ya había visto en él, sino también con vida.

Morro Blanco lo miró fijamente un largo rato. Rio le devolvió la mirada. Sabía que en realidad no había diferencias entre ellos, del mismo modo que no hay diferencias entre cualquier humano y cualquier animal. Al menos, no las hay en lo que de verdad importa.

Mientras le acariciaba el rostro, los buceadores salieron de golpe del agua entre gritos de triunfo.

—¡Le hemos liberado la cola!

—¡Se mueve! —Birch extendió el palo que sostenía—. ¡Sal del agua! ¡Ahora mismo!

—No —respondió Rio con firmeza—. Me quedo.

El hombre negó con la cabeza, pero él sabía que Morro Blanco no

iba a hacerle ningún daño.

La ballena se agitó ligeramente y le dio un empujoncito muy suave con la punta del morro.

—¡Te está diciendo algo! —gritó Marina.

La criatura le dio otro empujoncito. Rio extendió los brazos y se agarró a ella, con la mejilla apoyada en su carne blanda, de forma que los ojos de ambos quedaran de nuevo a la misma altura. Al observar el ojo de la ballena, el niño vio hasta el fondo del alma del animal, e incluso más allá. Era el alma más bella que había visto en su vida.

—Nos estás dando las gracias por liberarte, ¿verdad? —le susurró—. No hace falta. Eres tú quien me ha liberado a mí, no al revés. —Ante aquellas palabras, el animal se movió ligeramente—. Nunca te olvidaré. —Le dio un beso en la nariz—. Nunca.

Y entonces un enorme chorro de agua salió de su espiráculo y con sus aceites se formó el mayor, más brillante y más majestuoso de los arcoíris en forma de corazón.

Después, poco a poco Morro Blanco se fue separando y, tras una última y larga mirada, se alejó nadando.

CAPÍTULO CUARENTA Y UNO

Te lo prometo por el océano

El Espía se quedó allí una media hora más, lo suficiente como para que su tripulación ayudara a la barca de rescate marino a retirar el acero azul y las jaulas, de forma que ningún otro animal pudiera quedar atrapado en ellos.

Por lo visto, era algo que hacían a menudo: rescatar ballenas, delfines, marsopas, tortugas… que siempre se ven aprisionados en las redes fantasmas y otros restos de artículos de pesca. En sus patrullas también retiraban grandes trozos de plástico descartados o perdidos, que pueden resultar mortales para las criaturas.

Una vez limpia la zona, los buceadores les dieron las gracias a todos los del Espía, hasta que recibieron otra llamada sobre un delfín atrapado en una red, a veinte millas de allí. Se fueron a toda velocidad, y de repente los cuatro ocupantes de la barca turística volvieron a estar solos.

—Bueno —dijo Fran, con pinta de estar mareada de verdad—, vosotros seguro que estaríais contentos de quedaros aquí, pero yo no puedo esperar un minuto más a estar en tierra firme. ¿Nos vamos?

Esta vez el Espía avanzó a buena velocidad. Con el viento totalmente de popa, fue cabalgando las olas hasta que, al amanecer del día siguiente, regresó a Ocean Bay. Birch lo condujo con suavidad por el puerto deportivo, hasta detenerlo junto al muelle. Después del silencio del océano, el ajetreo y el bullicio de tierra resultaban

ensordecedores.

En vez de desembarcar de inmediato, los cuatro se quedaron sentados en cubierta, en silencio, cada uno perdido en sus propios pensamientos. Rio dirigió una mirada melancólica al mar, y fue como si este le respondiese con un último saludo.

—¿Se pondrá bien? —preguntó el niño por fin.

—Le va a doler un tiempo. —Birch se volvió hacia él—. Pero esperemos que se cure y encuentre el camino a las lagunas; allí estará a salvo. —Y, tras una pausa—: Lo que hiciste fue muy valiente. Estúpido y peligroso, pero también muy valiente.

—¡Venga ya, papá! —exclamó Marina, mirando al infinito—. ¡Lo que hizo Rio fue increíble! ¡Le salvó la vida a una ballena!

—¡Ese es mi nieto! —dijo Fran, orgullosa.

—Pero se hubiese muerto, ¿verdad? —replicó Rio, apoyándose en su abuela—. Digo, si no la hubiéramos encontrado y liberado.

Birch asintió.

—Cuando llegamos apenas le quedaban unos minutos de vida. Salir a buscarla fue la decisión correcta, Rio. Solo lamento que me costara tanto tiempo estar de acuerdo contigo.

El niño se encogió de hombros. No era solo Birch; muchos adultos en todo el mundo parecen pasarse la vida esperando el momento justo para hacer algo, y cuando se deciden ya es demasiado tarde. Al menos el padre de Marina, igual que los demás observadores de ballenas, intentaban arreglar las cosas. Y, a veces, no se puede hacer otra cosa que intentarlo.

Rio no había sido capaz de conseguir que su madre mejorara. Se daba cuenta de que, hiciera lo que hiciera, nunca sería suficiente; pero, ahora que había desenredado por fin la red que le apretaba el corazón, sí que podía hacer algo más. Algo como mínimo igual de importante. Y esta vez no estaría solo.

—Morro Blanco no es la única ballena con problemas, ¿verdad? —dijo—. No es la única que necesita que la rescaten. La humanidad mata cada año a cientos, a miles de ellas.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Marina, abriendo mucho los ojos.

Rio extendió un brazo y lo movió como para señalar todo el gran azul que tenían ante sí.

—Lo que digo es que sigue habiendo un océano entero que necesita que lo rescaten. Y que solo acabamos de empezar.

EPÍLOGO

Llegada

La sala de llegadas estaba llena de gente y de ruido, como en casi todos los aeropuertos. Pero a Rio aquello casi ni le afectaba. Junto a su abuela, tenía los ojos pegados a la pantalla de avisos.

—¿Qué dice ahora? —preguntó ella, impaciente—. Me he dejado las malditas gafas en el coche.

—Lo mismo que antes… ¡No! ¡Acaba de cambiar! ¡Ya ha aterrizado! —contestó él, tan emocionado que creyó que el corazón iba a salírsele del pecho—. ¡Ya está aquí!

Su abuela lo apretó contra sí. Durante los dos meses que habían pasado desde el rescate de Morro Blanco, lo de abrazar se le daba mucho mejor. Y no solo eso; también hablar, escuchar y todas las cosas que implican ser abuela. Le había hecho mucho más fácil el comienzo del curso en el colegio local. Bueno, eso y la circunstancia de que iba a la misma clase que Marina.

Después de hablarlo, acordaron que lo mejor para Rio era quedarse en California de forma más estable, y que cuando su madre se pusiera mejor se vendría a vivir con ellos. En Los Ángeles había una orquesta a la que podía apuntarse, y si no, igualmente estaría con su familia en un lugar muy querido por ella.

Una vez tomada la decisión, Rio y su abuela se pasaron un fin de semana entero redecorando su antigua habitación. Fran ni siquiera protestó cuando él, sin querer, vertió un tarro de pintura en el suelo; más bien se echó a reír a carcajadas. Y es que últimamente reía mucho. Era uno de los sonidos más bonitos que había oído Rio. La risa

de su abuela y el ruido de la ballena gris. El hecho de saber que Ocean Bay iba a ser su nuevo hogar le hizo sentir como si se hubiese liberado de sus últimas cadenas y pudiera volver a empezar a vivir. No la vida de antes sino una nueva. Sus días estaban llenos de clases, de helados, de actividades, todas las cosas habituales de un niño de once años. Pero también estaban llenos de aventuras, de viajes en el Espía, abriéndose paso por los mares. Y no solo observando ballenas. No solo contándolas. También salvándolas.

De una en una.

Mientras se apoyaba nervioso sobre un pie y sobre el otro, la campanilla de su móvil le avisó de una novedad en la base de datos de Happywhale. Marina le había ayudado a hacer que sonara cada vez que alguien subiera algún comentario o alguna foto de Morro Blanco.

Abrió el móvil y casi se quedó sin aliento.

—¡Abuela, mira! Ella se acercó al aparato.

—¿Es…?

En la pantalla se veía una foto de Morro Blanco en las lagunas. Parecía sana y contenta y feliz. Pero eso no era todo: a su lado nadaba una pequeña cría gris. Una madre y su hijo, juntos.

—Es precioso —murmuró Fran—. Lo consiguió.

En ese momento, el corazón de Rio no solo sonrió: dio toda una voltereta de felicidad. Y es que vio a alguien que salía con paso dubitativo por la puerta de llegadas, alguien a quien reconoció al momento. Alguien que llevaba un pañuelo con los colores del pavo real y que cargaba con un estuche de violín en la mano izquierda. Alguien que no paró de mirar de un lado a otro entre la multitud hasta posar su vista en él.

—¡MAMÁ!

Y Rio corrió, haciendo molinetes con los brazos, hasta lanzarse a los brazos de su madre.

Nota de la autora

Las ballenas tienen algo que siempre me ha fascinado, quizá desde que tenía veintipocos años y fui con mi mejor amiga a Baja, México, donde vi mi primera ballena gris. No fue casi nada: un trocito de lo que parecía una cola y una larga exhalación.

Años más tarde, antes de la pandemia, volví a Baja, esta vez con mi marido y con la intención específica de avistar ballenas, para llevar a cabo la investigación que utilizaría para escribir este libro. Viajamos hasta las lagunas protegidas y pasamos cuatro días en unas pequeñas barquitas que nos cambiaron la vida. Vimos cientos de ballenas grises: espectaculares salidas a la superficie, espionajes a pocos metros de la barca y, lo mejor de todo, arcoíris con forma de corazón suspendidos en su aliento. Vimos machos, hembras y crías. Algunas se pegaban a nuestra barca durante mucho tiempo; parecían tan fascinadas por nosotros como nosotros por ellas. Hubo un momento que nunca olvidaré: la primera vez que vi una que me miraba desde debajo del agua. Nos contemplamos fijamente. Si nunca has visto una de estas criaturas en libertad, espero haber conseguido capturar algo de su magnificencia y lo maravillosas que son.

Las ballenas grises están consideradas como «amistosas», y algo en aquel momento me afectó mucho. Después de haber sido cazadas casi hasta la extinción en dos períodos diferentes, siguen mostrándose increíblemente curiosas por los humanos, y a menudo parecen querer jugar con nosotros.

Por desgracia, una de las cosas tristes que aprendí en el viaje fue los muchos problemas a los que se enfrentan las ballenas grises. Junto con otros muchos animales marinos, son las principales víctimas del aumento de las temperaturas de los océanos, la polución del plástico, el exceso de pesca, la extracción de petróleo y gas bajo las aguas, las colisiones con barcos y toda la miríada de formas en que los humanos parecemos decididos a acabar con el mundo natural. Y esto, de hecho, resulta toda una ironía, ya que las ballenas son algunas de las mejores salvadoras que existen; hasta puede que hayas oído que hay quienes las llaman «árboles flotantes». Según el Fondo Monetario Internacional, atrapan y almacenan cantidades de carbono equivalentes a las de miles de árboles. ¡Así que nos conviene hacer cuanto podamos por protegerlas!

Aunque he tenido que tomarme algunas libertades artísticas en esta historia, especialmente en cuanto a la duración de las migraciones de

las ballenas grises, la base de datos Happywhale mencionada en *La ballena perdida* existe de verdad, y miles de personas normales como tú y yo registran en ella sus avistamientos. Estos datos son usados por científicos y biólogos marinos para monitorizar el impacto del cambio climático y de la actividad humana en el océano. Tal y como dice Birch, el conocimiento proporciona el poder de cambiar.

Si no vives cerca del océano, lo bueno es que hay muchas más criaturas que contar que las ballenas. Existen proyectos similares con aves, mariposas, abejas, murciélagos, insectos… ¡hasta hongos! Vivas donde vivas del mundo, sea en la ciudad, en el campo o en la costa, puedes ser un superhéroe del planeta. Puedes averiguar las necesidades de tu fauna local e implicarte en ello. Quizá desees hacerlo junto a tu familia, tus amigos o tus compañeros de clase. ¡Y, te lo prometo por el océano, estoy segura de que, al igual que Rio y Marina, descubrirás que monitorizar la vida salvaje y ser un científico ciudadano es muy divertido y proporciona grandes satisfacciones!

La verdad es que pasar tiempo en la naturaleza es una de las mayores alegrías que conozco. Este libro fue escrito en gran parte durante la pandemia, y me hizo apreciar de verdad el mundo exterior y todo lo que puede ofrecernos. En mi caso, mi lugar favorito del mundo es el océano. Mi corazón se ha sentido siempre inmensamente atraído por él, y es adonde acudo en primer término cuando necesito ánimos.

Ojalá lo hubiese sabido de más joven. Cuando tenía dieciocho años, alguien en mi familia más cercana sufrió una crisis muy seria. Aún recuerdo muy vívidamente el miedo que me dio aquel suceso tan abrupto y repentino. Por entonces, y aunque estaba rodeada de personas que me cuidaban y me apoyaban, no sabía hasta qué punto el hecho de pasar tiempo en la naturaleza puede calmar mis preocupaciones.

Así, en *La ballena perdida*, he intentado imaginar una situación en la que, al contrario de lo que me sucedió a mí, Rio no tuviese a nadie que le protegiera de lo peor, y todo el peso de la responsabilidad recayera en sus pequeños hombros. Por suerte, él descubre la conexión que le une al océano y comprueba que estar en la naturaleza es una de las mejores curas que existen. Y, aunque no sea capaz de rescatar a su madre, en cierto sentido acaba rescatándose a sí mismo.

No es ningún secreto que pasar tiempo en el mundo natural mejora nuestra salud y nuestro bienestar, aunque solo salgamos unos minutos al día. Y esto es lo más interesante: cuanto más apreciamos y queremos algo, más probable resulta que lo demos todo por protegerlo.

Como nota final, sé que a veces el peso de salvar el mundo puede parecer una carga para los hombros jóvenes. Durante mis visitas a

colegios conozco a niños maravillosos como tú a los que les importa muchísimo, y a veces les da miedo, lo que está sucediendo con nuestro planeta. Confío en que la historia de Rio te muestre el poder de lo que puedes llegar a hacer, y que, si unimos nuestras fuerzas con otras personas que piensen como nosotros, podemos marcar una verdadera diferencia, no solo en cuanto al mundo que nos rodea sino también en nuestro propio mundo interior.

Con amor y esperanza en forma de arcoíris,

Hannah x

Recursos

Base de datos Happywhale

La verdadera web Happywhale es un poco diferente a mi versión, pero su objetivo es exactamente el mismo: alentar a la gente a convertirse en ciudadanos científicos. Cargar los avistamientos de ballenas permite crear un mundo en el que los océanos sean mejor comprendidos y, más lo importante, estén mejor protegidos.
https://happywhale.com/home

Ruta de migración de las ballenas grises

Este mapa muestra la ruta que siguen las ballenas grises por la costa del océano Pacífico hasta las lagunas y desde ellas. El pueblo ficticio de Ocean Bay se encontraría en algún lugar entre los círculos seis y siete empezando por abajo. https://journeynorth.org/tm/gwhale/annual/map.html

Recursos sobre salud mental

Según Mental Health First Aid England («Primeros auxilios en salud mental de Inglaterra»), una de cada cuatro personas sufre trastornos de salud mental, como la madre de Rio. Algunos de estos pueden ser muy serios y necesitar medicación o incluso hospitalización, pero otros son mucho menos graves y ni siquiera se notan a simple vista.

Si este es tu caso o el de alguien cercano a ti, lo primero que tienes que saber es que no estás solo. Es normal que a veces te sientas sobrepasado, triste, asustado o ansioso; todas estas son emociones humanas totalmente normales. Pero si alguna vez sientes que no puedes con ellas, hablarlo con gente que se preocupe por ti puede ayudarte muchísimo.

Si alguna vez necesitas más ayuda, puedes llamar al 900 20 20 10. Es el teléfono gratuito y confidencial de la Fundación Anar para ayudar a niños y adolescentes.

No estás solo.

Agradecimientos

Escribir este libro, casi todo durante el confinamiento, ha sido un verdadero viaje de descubrimiento, y a veces, igual que Morro Blanco, me he sentido un poco perdida. Al igual que los animales en libertad, los libros no siempre quieren obedecerte.

Por ello, quiero dar unas gracias inmensas a mis maravillosas editoras, Harriet Wilson y Erica Sussman, por ayudarme a llegar a salvo a las lagunas, por mantener la fe en el corazón de este libro y por convertir *La ballena perdida* en algo de lo que tan orgullosa estoy. De verdad, sois las mujeres más amables, mejores y más generosas, y estoy extraordinariamente agradecida por teneros a ambas en mi equipo.

Un libro nunca es trabajo de una sola persona, y no puedo expresar todo mi agradecimiento al equipo entero de Children's Books de HarperCollins en el Reino Unido por todo lo que habéis hecho por mi Oso y todo lo que estáis haciendo ahora por mi Ballena. Habéis conseguido que mis libros sean tan bellos que a veces me dejan sin aliento. A Ann-Janine Murtaugh, Nick Lake, Val Braithwaite, Alex Cowan, Jo-Anna Parkinson, Carla Alonzi, Victoria Boodle, Kirsty Bradbury, Geraldine Stroud, Elorine Grant, Kate Clarke, Hannah Marshall, Jasmeet Fyfe, Deborah Wilton, Nicole Linhardt-Rich, Jane Tait, Mary O'Riordan, Sarah Hall, Laure Gysemans y Samantha Stewart. Y a Lucy Rogers, por subirse a bordo de este barco y llevarlo a nuevas aguas. Igualmente, mi agradecimiento tamaño ballena al equipo entero de HarperKids en EE. UU., por todo vuestro trabajo y vuestro empeño al otro lado del Atlántico.

Un reconocimiento superespecial a mi publicista, Tina Mories, que soporta mis preguntas constantes y trabaja duro entre bambalinas con sus ideas deslumbrantes. De verdad, eres una entre un millón. Y esto me da una excusa para enviarle un gran ladrido a Ripley.

Levi Pinfold no es solo un genio total, sino que tiene el don de crear cubiertas alucinantes. Tus ilustraciones elevan mis palabras y las convierten en algo bello y único, y estoy extraordinariamente orgullosa de contar con tu nombre en la cubierta.

Estoy encandilada con mi increíble agente, Claire Wilson. No solo tiene un talento excepcional para lo que hace (¡todas esas cosas misteriosas que hacen los agentes!) sino que además es la calidez y la amabilidad personificadas. Siempre estás cuando te necesito, y eso significa mucho para mí. Gracias también a Safae El-Ouahabi.

Con *El último oso* ya suelto en el mundo, aprovecho esta ocasión para dar las gracias a todos los increíbles blogueros de libros, bibliotecarios, otros autores, críticos, organizadores de ferias y libreros que hicieron que mi año de debut fuese tan espectacular. Lanzarlo en pleno confinamiento no fue lo ideal, pero a pesar de ello conseguisteis hacer volar a mi Oso, y por ello os estaré eternamente agradecida.

Resulta casi imposible destacar a un librero en concreto porque todos habéis sido increíbles, pero tengo que dar abrazos de oso especiales a Nick y a Mel de The Rabbit Hole en Brigg, Helen de Wonderland Bookshop, Ben y Alison de Our Bookshop en Tring, y a todos en Waterstones, Peterborough.

Agradecimientos especiales también a todos los profesores en todas partes por todo lo que hacéis y seguís haciendo a favor de los nuevos autores y para llevar la alegría de leer a las aulas. Sois indispensables, y espero que lo sepáis. No puedo mencionar a uno en particular (por miedo a cometer una metedura de pata enorme), pero confío en que sepáis cuánto significáis todos para mí.

En lo que hace a mi navegación por los diferentes borradores de este libro, un «gracias» colectivo a Sharon Hopwood, Polly Crosby, Carlie Sorosiak y Alison Bond, por leer las primeras versiones y darme ánimo y consejos tan amables.

Siempre recordaré mi viaje a las lagunas, así que un gran saludo a mi propia Manada de Ballenas: Ben, Julianne, Stuart (Sherbet) y Lucie, por compartir la experiencia de mi vida. Algún día regresaremos allí con los corazones llenos de alegría. Un aleteo de ballena a Sharon, Barbara, Jackson y Rusty, y también a Lisa, por enviarme las señas de la base de datos Happywhale. Gracias a la familia Jasper, de la que tomé prestados los nombres Rio y Marina. Gracias también a Orlando, Andrea y Earnie por hacer tan especiales nuestras vacaciones en Baja. ¡Siempre querremos a Loreto!

Gracias infinitas a todos los cuidadores del océano que hacen cuanto pueden por proteger los mares, y a todos los avistadores de ballenas de la costa del Pacífico y del mundo entero: aplaudo vuestra dedicación, compromiso y pasión. Este libro es para vosotros.

Abrazos a mis amigos, a mi familia y a mis padres, que siempre me han dado todo su apoyo. Ha sido maravilloso compartir con vosotros las celebraciones de más o menos este último año. ¡Gracias por vuestro apoyo constante a mí, a Oso y ahora a Ballena!

Y, por supuesto, a mi marido, Chris, que es mi mayor defensor y animador, y que siempre está a mi lado en las aventuras de la vida. Sigues siendo el mejor, o, si contamos al océano, el segundo mejor.

Por último y más importante, os doy las gracias, mis queridos lectores. No podría apreciar más vuestras críticas y ánimo, vuestras cartas y vuestro amor. Vuestro entusiasmo me llega de verdad al

corazón y hace mi vida más brillante. Espero que disfrutéis con la historia de Morro Blanco, Rio y Marina, que los dejéis entrar en vuestros corazones y los abracéis muy fuerte. Y si alguna vez veis una ballena gris en la naturaleza… ¡no os olvidéis de mirar su arcoíris!

«Inolvidable.»
Michael Morpurgo

«Una lectura fascinante. Mi libro del año.»
Nizrana Farook

«¡No puedes perdértelo!»
Annabel Steadman

«Tierno, sincero y esperanzador.
¡Una historia preciosa!»
Sophie Kirtley

«Una historia poderosa y profundamente
conmovedora.»
Daily Mail

«Una aventura animal inolvidable.»
The Bookseller

«Amantes del océano: esta historia es irresistible.»
The Times

«La pasión de la autora por el mundo natural, y su amenaza actual,
hace que
este libro sea excepcional.»
New Statesman

Título de la edición original: *The Lost Whale*

© 2022, del texto, Hannah Gold
© 2022, de las ilustraciones del interior y de la cubierta, Levi Pinfold
© 2023, de la traducción, Marcelo E. Mazzanti
© de esta edición, 2023 por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán
Traducido gracias al acuerdo con Harper Collins Publishers Ltd.
El autor hace valer los derechos morales que lo reconocen como el autor de este libro.

Primera edición en formato digital: enero de 2023

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.
www.duomoediciones.com
Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.
www.maurispagnol.it
Impresión: Grafica Veneta S.p.A. (Italia)

ISBN: 978-84-19521-54-5
Código IBIC: FA
Depósito legal: B 23.008-2022

Composición de interiores:
Endoradisseny

Conversión a formato digital:
www.acatia.es

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telepático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos